

**Siempre
nos quedará
Paris**



Bradbury

Lectulandia

En *Siempre nos quedará París*, una colección de veintiún relatos y un poema nunca antes publicados, el inimitable Ray Bradbury logra de nuevo lo que pocos escritores han hecho tan bien: nos deleita con una prosa que sorprende e inspira, a la vez que revela verdades y da pie a pensamientos profundos. Sus relatos nos emocionan en su reflexión acerca de las flaquezas y debilidades humanas, y lo hacen con la magia de siempre. Ya sea explorando las innumerables maneras de renacer, las circunstancias que pueden convertir a un hombre en un asesino, o llevándonos de nuevo a Marte, Bradbury nos abre su mundo.

Un mundo que nos absorbe y nos conmueve.

Lectulandia

Ray Bradbury

Siempre nos quedará París

ePub r1.0

Titivillus 20.03.16

Título original: *We'll always have Paris: stories*

Ray Bradbury, 2009

Traducción: Miguel Antón

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

*Con amor a mi amigo de toda la vida Donald Harkins,
que está enterrado en París*

INTRODUCCIÓN: OBSERVAR Y ESCRIBIR

Los relatos que componen esta colección son la creación de dos personas: el yo que observa y el yo que escribe.

Estas dos personas que viven en mi interior lo han hecho bajo un letrero que ha colgado sobre mi máquina de escribir durante setenta años: *No pienses, haz.*

Ninguna de estas historias está meditada; todas ellas son explosiones o impulsos. A veces son grandes explosiones de ideas que no puedo resistir, otras pequeños impulsos persuadidos para crecer.

Mi favorito es «Massinello Pietro» porque me pasó hace mucho tiempo, cuando tenía veintipocos años y vivía de alquiler en el centro de Los Ángeles. Massinello Pietro era un amigo a quien intenté proteger de la policía y a quien ayudé cuando acudió al juzgado. El cuento inspirado en esta amistad es básicamente fiel a la verdad y no tuve más remedio que escribirlo.

El resto de los relatos, uno tras otro, me los ha inspirado la vida, desde mi juventud hasta la mediana edad y estos últimos años. Todos y cada uno de ellos han sido una pasión. Los escribí porque tuve que hacerlo. Para mí escribir historias es como respirar. Observo: tengo una idea, me enamoro de ella y procuro no pensar mucho en ella. Luego escribo: procuro volcar la historia en el papel en cuanto tengo ocasión.

Tiene entre manos la obra de los dos seres vivos que viven bajo mi piel. Algunas de los cuentos le sorprenderán. Y eso está bien. Cuando se me ocurrieron, cuando pidieron nacer, muchos de ellos también me sorprendieron a mí. Procure no darles muchas vueltas, intente únicamente amarlos tanto como yo.

Son todo suyos.

RAY BRADBURY

Agosto de 2008

MASSINELLO PIETRO

Dio de comer a los canarios, a los gansos, a los perros y a los gatos. Después puso en marcha el oxidado fonógrafo y canturreó acompañando la sibilante *Cuentos de los bosques de Viena*:

*La vida sube, la vida baja,
Pero, por favor, sonríte, ¡no suspires, no frunzas las cejas!*

Bailando, oyó al coche frenar ante su modesta tienda. Vio al hombre del sombrero gris mirar de arriba abajo el escaparate, leer el letrero que con letras grandes, azules y desiguales rezaba «EL COMEDERO. ¡Todo gratis! ¡Amor y caridad para todo el mundo!».

El hombre se detuvo a medio camino de la puerta abierta e inclinó el cuerpo.

–¿Señor Massinello Pietro?

Pietro, sonriente, asintió con teatralidad.

–Adelante. ¿Ha venido a arrestarme? ¿Quiere meterme en prisión?

El hombre consultó sus notas.

–¿También conocido como Alfred Flonn? –Se quedó mirando los cascabeles de plata que lucía Pietro en las mangas.

–¡El mismo! –Los ojos de Pietro relampaguearon.

El hombre estaba incómodo. Miró alrededor de la estancia atestada de jaulas de pájaro y cajas. Los gansos entraron apresuradamente por la puerta trasera, le dirigieron una mirada furibunda y se marcharon por donde habían llegado. Cuatro loros parpadeaban ausentes en lo alto de sus perchas. Se oía el suave arrullo de dos loros inseparables. Tres perros salchicha hacían cabriolas a los pies de Pietro, esperando a que su amo hiciese ademán de acariciarlos. Llevaba en un hombro un mainate con pico en forma de banana, y en el otro un pinzón cebra.

–¡Siéntese! –canturreó Pietro–. Estaba escuchando un poco de música, ¡es una buena manera de empezar el día! –Se apresuró hacia el fonógrafo y recolocó la aguja.

–Lo sé, lo sé. –El hombre rió, intentando mostrarse tolerante–. Soy Tiffany y trabajo para el fiscal del distrito. Hemos recibido un montón de quejas. –Abarcó el interior de la tienda con un gesto–. Seguridad pública. Todos esos patos, los mapaches, las musarañas. Una zona poco adecuada, el vecindario erróneo. Va a tener que hacer limpieza.

–Ya van seis personas que me dicen lo mismo. –Pietro las contó orgulloso con los dedos–. Dos jueces, tres policías y el mismísimo fiscal del distrito.

–Hace un mes le avisaron de que tenía treinta días para poner fin a estas actividades o que afrontaría penas de cárcel –dijo Tiffany, imponiendo la voz al volumen de la música–. Hemos tenido mucha paciencia.

–Aquí el único paciente he sido yo –repuso Pietro–. He esperado a que el mundo aparcase su memez. He esperado a que cesaran las guerras. He esperado a que los políticos se mostraran honestos. He esperado, oh, la, la, la, a que los agentes inmobiliarios se comportaran como buenos ciudadanos. Pero ¡mientras espero, bailo! –Y ofreció una demostración a Tiffany.

–Pero ¡mire este lugar! –protestó Tiffany.

–¿No le parece estupendo? ¿Ve mi altar a la Virgen María? –Pietro lo señaló–. Y aquí, en la pared, una carta enmarcada del secretario del arzobispo, nada menos, alabando las cosas que he hecho en favor de los pobres. Hubo un tiempo en que fui rico, tenía propiedades, un hotel. Un hombre me arrebató todo eso, a mi mujer incluida, ay, hace veinte años. ¿Sabe qué hice? Invertí lo poco que me quedaba en perros, gansos, ratones y loros porque no cambian de opinión, son tus amigos para siempre. ¡También compré el fonógrafo, que nunca se pone triste y jamás deja de cantar!

–Ésa es otra –dijo Tiffany, torciendo el gesto–. Los vecinos se quejan de que a las cuatro de la madrugada, usted y el fonógrafo...

–¡La música es mejor que el agua y el jabón!

Tiffany cerró los ojos con fuerza y recitó el discurso que se conocía al dedillo.

–Si no saca usted de aquí todos estos conejos, el asno, los periquitos, todo, al atardecer, no habrá más remedio que llamar a la perrera.

El señor Pietro cabeceó en sentido afirmativo al son de cada palabra, sonriente, alerta.

–¿Qué delito he cometido? ¿Acaso he asesinado a alguien? ¿He dado una patada a un niño? ¿He robado el reloj de alguien? ¿No he pagado las letras de un crédito? ¿He bombardeado una ciudad? ¿He apretado el gatillo de un arma? ¿He contado una mentira? ¿He engañado a un cliente? ¿He dado la espalda al buen Dios? ¿He aceptado un soborno? ¿He fumado hierba? ¿Trafico con mujeres inocentes?

–No, claro que no.

–Entonces, dígame qué he hecho. Señálemelo, ponga la mano encima. Mis perros, son terribles, ¿eh? Y los pájaros, su canto es espantoso. Mi fonógrafo... Supongo que también eso lo es, ¿no? De acuerdo, métame en la cárcel y extravíe la llave. No nos separará.

La música alcanzó un espléndido *crescendo*, momento en que Pietro sumó su voz.

*¡Tiffa-nero! ¡Atiende mi ruego!
Sonríe, hombre; atiende, hombre.
¿Por qué no ser amigos?*

Los perros brincaron entre fuertes ladridos.

El señor Tiffany volvió al coche y se marchó.

Pietro sintió un dolor agudo en el pecho. Dejó de bailar sin dejar de sonreír. Los gansos entraron anadeando a la carrera y le picotearon los zapatos mientras

permanecía de pie, inclinado, con la mano en el pecho.



A la hora de comer, Pietro destapó una olla de estofado húngaro casero. Hizo una pausa y se tocó el pecho, pero el dolor familiar había desaparecido. Al terminar de comer, fue a mirar por encima de la valla de madera que había en el patio trasero.

Allí estaba ella. Allí estaba la señora Gutiérrez, muy gorda, y con el vozarrón de una gramola, hablando con los vecinos que tenía en el patio contiguo.

–¡Encantadora dama! –voceó el señor Massinello Pietro–. ¡Esta noche me encarcelan! Acaba de ganar usted la guerra que ha librado. ¡Le entrego mi sable, mi corazón, mi alma!

La señora Gutiérrez recorrió pesadamente el patio de tierra.

–¿Qué? –dijo como si no pudiera verle u oírle.

–Ha hablado con la policía, la policía ha hablado conmigo, y yo me he partido de risa. –Gesticuló con la mano al tiempo que agitaba rápidamente los dedos–. ¡Espero que eso le haga muy feliz!

–¡Yo no he llamado a la policía! –protestó ella, indignada.

–Ay, señora Gutiérrez, ¡compondré una canción para usted!

–Habrán sido los demás –insistió ella.

–Y cuando hoy me lleven a la cárcel, le haré un regalo. –Inclinó la cabeza ante ella.

–¡Ya le he dicho que no he sido yo! –insistió ella–. Hay que ver cómo se ha puesto.

–Felicidades –dijo él con sinceridad–. Es la ciudadana más cívica que conozco. Toda la mugre, todo el ruido, todas las cosas diferentes tienen que desaparecer.

–¡Usted, usted! –gritó ella–. ¡Ay, usted! –No tuvo más palabras.

–¡Bailaré para usted! –canturreó él mientras volvía, bailando, al interior de su casa.



A última hora de la tarde se puso el pañuelo de seda roja en la cabeza y los enormes pendientes de oro, además del fajín rojo y el chaleco azul con ribete dorado. Se calzó los zapatos de hebilla y los calzones.

–¡Vamos allá! Un último paseo, ¿qué os parece? –propuso a los perros.

Salieron de la tienda, Pietro con el fonógrafo portátil bajo el brazo, torciendo el gesto por el peso, porque su estómago y su cuerpo llevaban maltrechos un tiempo y algo malo pasaba; no era capaz de levantar pesos con facilidad. Los perros caminaban a su lado, los periquitos chillaban como locos sobre sus hombros. El sol estaba bajo y el ambiente era fresco. Deseó buenas noches a todo el mundo, saludando con la mano.

Al alcanzar el puesto de hamburguesas, puso en marcha el fonógrafo sobre un taburete. La gente se volvió para mirarle cuando sumó su voz a la melodía y finalizó con una risotada. Chascó los dedos, flexionó las piernas, silbó con dulzura, los ojos cerrados, mientras la orquesta sinfónica surcaba los cielos junto a Strauss. Ordenó a los perros sentarse en fila mientras bailaba. Hizo que los periquitos dieran saltos en el suelo. Atrapó al vuelo las resplandecientes monedas de diez centavos que le arrojó la alarmada pero agradecida audiencia.

–¡Lárguese de aquí! –protestó el dueño del puesto de hamburguesas–. ¿Qué demonios se ha creído que es esto?, ¿la ópera?

–¡Gracias, amigos míos! –Los perros, la música, los periquitos y Pietro se adentraron en la noche entre el lejano y suave repicar de campanas.

En la esquina de una calle cantó al cielo, a las estrellas que asomaban y a la luna de octubre. Se alzó una brisa nocturna. Rostros sonrientes le miraban desde las sombras. De nuevo Pietro guiñó ojos, sonrió, silbó y giró sobre sí.

*¡Los pobres, por caridad!
¡Ay, dulzura, ay, recato!*

Y vio los rostros, las miradas. Vio las casas silenciosas, con su gente silenciosa. Y, en su canto, se preguntó por qué era la última persona que cantaba en el mundo. ¿Por qué nadie más bailaba, por qué no abrían la boca, pestañeaban o caminaban pavoneándose entre ademanes ostentosos? ¿Por qué el mundo era un lugar tan silencioso, tan callados los hogares, tan inexpresivas las caras? ¿Por qué la gente se limitaba a mirar en lugar de a bailar? ¿Por qué eran todos espectadores y él era el único artista? ¿Qué habían olvidado ellos que él siempre, siempre, recordaba? Sus casas, pequeñas y cerradas y silenciosas, insonoras. ¡Su casa, su comedero, su tienda... Diferentes! Llenos de chillidos, de batir de alas y del runrún del canto de los pájaros, puntuado por el susurro de las plumas y los murmullos de los pasos que anadeaban y por el pelaje y el quedo campanilleo de los animales que parpadeaban en la oscuridad. Su casa, con las velas votivas que la encendían y las imágenes de los santos que alzaban el vuelo, el brillo de los medallones. El fonógrafo girando a medianoche, a las dos, a las tres, a las cuatro de la mañana, y él cantando, la boca bien abierta, abierto el corazón, los ojos prietos y el mundo apagado al otro lado; nada más que el sonido. Y ahí estaba ahora, entre las casas cuyas puertas se cerraban a las nueve, que dormían a las diez y no despertaban hasta después de haber disfrutado de un largo sueño a la mañana siguiente. Gente en las casas, a las puertas sólo les faltaba el adorno de una corona fúnebre.

A veces, cuando pasaba por su lado, la gente recordaba por unos instantes. A veces entonaban una o dos notas, o seguían el ritmo con un pie, cohibidos, pero la mayor parte del tiempo el único movimiento que hacían al son de la música consistía en hundir la mano en el bolsillo en busca de una moneda de diez centavos.

«Una vez –pensó Pietro–, una vez tuve tantas monedas de diez centavos, tantos

dólares, tanta tierra, tantas casas. Y todo lo perdí, y lloré hasta convertirme en estatua. Durante una larga temporada fui incapaz de moverme. Me habían convertido en un cadáver, me habían arrebatado, arrebatado todo. Y pensé que jamás permitiría que nadie volviera a matarme. Pero ¿cómo? ¿Qué poseo yo que pueda permitir que otros me arrebaten sin perjuicios? ¿Qué puedo dar que pueda conservar?».

Y la respuesta era, por supuesto, su talento.

«¡Mi talento! –pensó Pietro–. Cuanto más das, mejor es, más tienes. Quienes poseen talento deben pensar en el mundo».

Miró a su alrededor. El mundo estaba repleto de estatuas muy parecidas a la que él había sido. Había tantas que ya no podían moverse, que no podían siquiera echar a caminar hacia ningún lado, atrás, adelante, arriba o abajo, porque la vida los había agujoneado, mordido y aturdido y golpeado hasta que adoptaron un silencio marmóreo. Entonces, si no podían moverse, alguien debía hacerlo por ellos. «Tú, Pietro, tienes que moverte –pensó–. Además, al moverte no tienes que volver la vista atrás al lugar donde estabas, o a lo que te pasó o a la estatua en la que te convertiste. Sigue corriendo y mantente tan ocupado como para poder compensar a todos los demás que, aun teniendo los pies sanos, han olvidado cómo correr. Corre entre los monumentos de sí mismos con pan y flores. Tal vez se muevan lo bastante para inclinarse, tocarlas y llevarse un pellizco de pan a la boca seca. Y si gritas y cantas es posible que puedan hablar de nuevo algún día, que algún día te acompañen cuando cantes. ¡Eh!, gritas, y ¡La la!, cantas, y bailas también, y al bailar cabe la posibilidad de que les crujan los dedos de los pies, que se contraigan, que se extiendan, que pasen a seguir el ritmo y tiemblen y llegue el día, mucho después, que, a solas en sus cuartos, gracias al hecho de que bailaras, ellos bailen a solas ante el espejo de su propia alma. Recuerda que hubo un día en que tú también estabas esculpido en hielo y piedra, como ellos, hecho para posar ante el cristal del acuario. Pero entonces gritaste y cantaste y tus entrañas y uno de tus ojos pestañeó. ¡Después pestañeó el otro! Luego aspiraste con fuerza y exhalaste un grito vital. Uno de tus dedos tembló, moviste un pie y te viste arrojado de cabeza a la explosión de la vida.

»Desde entonces, ¿has dejado de correr?

»jamás».

Entró en un edificio y dejó botellas de leche junto a puertas de extraños. Una vez fuera, dejó un billete doblado de un dólar en la taza levantada de un mendigo ciego, y lo hizo en un silencio tal que ni siquiera los dedos delgados del anciano repararon en la limosna. Pietro siguió corriendo, pensando: «Tiene vino en la copa, y ni siquiera lo sabe... ¡Ja! Pero ¡luego beberá!». Y corriendo con sus perros y sus pájaros aleteando en sus hombros, con los cascabeles cascabeleando en la camisa, puso flores al pie de la puerta de la anciana viuda Vilanazul, y de vuelta a la calle hizo una pausa en el escaparate de la panadería.

La propietaria de la panadería reparó en él, lo saludó y salió por la puerta con una rosca recién horneada en la mano.

–Amigo –dijo–. Ya querría yo tener su vigor.

–Señora –confesó él, dando un mordisco a la rosca mientras inclinaba la cabeza como gesto de agradecimiento–, ¡sólo el dominio de la mente sobre la materia me permite cantar! –Le besó la mano–. Adiós. –Inclinó el sombrero, dio unos pasos de baile y, de pronto, cayó redondo al suelo.



–Debería pasar uno o dos días más en el hospital.

–No, estoy consciente, y usted no puede ingresarme sin mi consentimiento –le recordó Pietro–. Debo volver a mi casa. Hay gente esperándome.

–De acuerdo –dijo el médico residente.

Pietro sacó del bolsillo los recortes de periódico.

–Mire esto. Son fotografías mías en el juzgado, con mis mascotas. ¿Están mis perros aquí? –gritó, preocupado de pronto, mirando como loco a su alrededor.

–Sí.

Los perros rebulleron bajo la camilla. Los periquitos miraban al residente cada vez que acercaba la mano al pecho de Pietro.

El médico leyó los recortes de prensa.

–Vaya, vaya, no está mal.

–Canté para el juez, ¡no pudieron impedirlo! –dijo Pietro con los ojos cerrados, disfrutando del viaje, del rumor, de la velocidad. Sacudió un poco la cabeza. El sudor que resbalaba por su rostro hizo que se le corriese el maquillaje, el pigmento negro que descendía ramificándose desde sus cejas y sienes, y que dejaba al descubierto el pelo blanco que había debajo. Sus brillantes mejillas se escurrieron como riachuelos, delatando su palidez. El rastro de color rosa retirado con algodón.

–¡Ya hemos llegado! –avisó el conductor.

–¿Qué hora es? –Cuando la ambulancia frenó y se abrieron de par en par las puertas traseras, Pietro tomó la muñeca del residente para echar un vistazo al reloj de oro–. ¡Las cinco y media! ¡No tengo mucho tiempo, están a punto de llegar!

–Tómeselo con calma, haga el favor. –El médico le ayudó a recorrer la calle sucia frente a El Comedero.

–Estupendo, estupendo –dijo Pietro, pestañeando. Pellizcó el brazo del residente–. Gracias.

Cuando se fue la ambulancia, abrió El Comedero y le invadió el cálido olor de los animales. Otros perros, bolas de lana, se acercaron a él para lamerle. Los gansos anadearon en su dirección, le picotearon los tobillos hasta que el dolor le hizo bailar, y acto seguido se alejaron anadeando al son de graznidos que eran como bocinazos.

Miró hacia la calle vacía. En cualquier momento. Sí, en cualquier momento. Tomó a los inseparables de las perchas. Afuera, en el patio oscuro, gritó vuelto hacia la reja:

–¡Señora Gutiérrez! –Cuando la mujer se situó bajo la luz de la luna, confió los

loros inseparables a sus manos regordetas—. ¡Tenga, para usted, señora Gutiérrez!

—¿Cómo? —Miró con ojos entornados a los loros que tenía en las manos—. Ay, por favor —dijo, indefensa.

Le dio unas palmadas en el brazo.

—Sé que usted los tratará bien.

La puerta trasera de El Comedero se cerró con un portazo.

A lo largo de la siguiente hora regaló uno de los gansos a la señora Gómez, otro a Felipe Díaz, un tercero a la señora Florianna. Obsequió un loro al señor Brown, dueño de la tienda de alimentación que había calle arriba. Y confió a los perros, por separado, a niños que pasaban por delante de su negocio.

A las siete y media pasó un vehículo dos veces por delante de la puerta antes de detenerse. finalmente el señor Tiffany se acercó a la puerta y asomó por ella.

—Bueno —dijo—. Veo que se está librando de ellos. Ya se ha deshecho de la mitad, ¿eh? Puesto que está cooperando le daré una hora más. Buen chico.

—No —dijo el señor Pietro, de pie, mirando las cajas vacías—. No voy a dar ninguno más.

—Ya, pero mire usted. No querrá ir a la cárcel por estos pocos que quedan. Deje que mis hombres se lleven los que quedan...

—¡Enciérreme! —dijo Pietro—. ¡Estoy listo!

Se agachó para recoger el fonógrafo y cargarlo bajo el brazo. Se retocó el maquillaje en el espejo resquebrajado. El pigmento negro cubrió de nuevo sus canas, desaparecidas. El espejo flotó en el espacio, ardiente, deformado. Empezaba a perder la conciencia, los pies apenas en contacto con el suelo. Tenía fiebre y la boca pastosa. Se oyó decir: «Vamos».

Tiffany extendió los brazos, mostrándole las palmas de las manos, como si quisiera impedir que Pietro fuese a ningún lado. Pietro dobló las rodillas, tambaleándose. El último perro salchicha se enroscó alrededor de su brazo, como un neumático de bicicleta, lamiéndole con la lengua rosa.

—No puede llevarse al perro —le advirtió Tiffany, incrédulo.

—Aunque sólo sea a la comisaría, en el viaje en coche —pidió Pietro. Estaba cansado; le pesaba el cansancio hasta en los dedos, en las articulaciones, en el cuerpo, en la cabeza.

—De acuerdo —dijo Tiffany—. Dios mío, cómo nos dificulta las cosas.

Pietro salió del negocio, con el perro y el fonógrafo bajo los brazos. Tiffany tomó la llave que le tendió Pietro.

—Más tarde sacaremos a los animales —dijo.

—Gracias por no hacerlo en mi presencia —dijo Pietro.

Todo el mundo estaba en la calle, observando. Pietro levantó al perro como quien acaba de ganar una batalla y crispó el puño en señal de victoria.

—¡Adiós, adiós! No sé adónde voy, pero ¡estoy en camino! Este hombre está muy enfermo, pero volveré. Allá voy —dijo, riendo y saludando con aspavientos.

Subieron al coche de la policía. Puso al perro a su lado y el fonógrafo sobre el regazo. Dio vueltas a la manivela. Al arrancar el vehículo, el fonógrafo tocaba *Cuentos de los bosques de Viena*.



Esa noche, a ambos lados de El Comedero, reinaba el silencio a la una de la mañana, reinó el silencio a las dos, y también lo hizo a las tres. Tal era el estruendoso silencio que había a las cuatro de la madrugada que todo el mundo permanecía incorporado en la cama, pestañeando. Escuchando.

LA VISITA

Ray Bradbury
20 de octubre de 1984
9.45-10.07 h

(Tras leer la noticia del fallecimiento de un actor joven y el trasplante la pasada noche de su corazón al cuerpo de otro hombre).



Le había llamado y se produciría una visita.

Al principio el joven se mostró reticente, dijo que no, que no gracias, que lo sentía; lo entendía, pero no.

Pero luego, cuando fue consciente del silencio de ella al otro lado del auricular, de la ausencia total de sonido, exceptuando la clase de dolor que se oculta a los demás, había esperado un buen rato hasta que finalmente dijo que sí, de acuerdo, ven, pero, por favor, no te quedes mucho rato. Es una situación rara y no sé cómo manejarla.

Ella tampoco. Cuando acudió al apartamento del joven, tuvo tiempo de preguntarse qué le diría, cómo reaccionaría él y cuáles serían sus palabras. Temía reaccionar de forma emocional, que llegara un punto en que acabase echándola del piso y dando un portazo.

Porque no conocía al joven de nada. Era un completo extraño. No sólo no se conocían, sino que hasta el día anterior ni siquiera sabía su nombre; lo había averiguado tras preguntar, desesperada, a las amistades de un hospital local. Ahora, antes de que fuese demasiado tarde, tenía que visitar a un completo desconocido por los motivos más inverosímiles de toda su vida o, para el caso, de todas las vidas de las madres del mundo desde el inicio de los tiempos.

–Espere, por favor.

Dio un billete de veinte dólares al taxista para asegurarse de encontrarlo allí si salía antes de lo que esperaba, y permaneció en la entrada del edificio de apartamentos un buen rato antes de aspirar con fuerza, abrir la puerta, entrar y tomar el ascensor hasta la tercera planta.

Cerró los ojos ante la puerta, llenó de aire los pulmones y llamó. No hubo respuesta. Un pánico repentino hizo que llamase con más fuerza. Finalmente, en esta ocasión, se abrió la puerta.

El joven, que tendría entre veinte y veinticuatro años, la miró con timidez y dijo:

–¿Señora Hadley?

–No te pareces en nada a él –dijo ella sin poder evitarlo–. Me refiero a... –Guardó silencio, se sonrojó y a punto estuvo de darse la vuelta para marcharse.

–No esperaría que lo hiciera, ¿verdad?

Abrió la puerta y se hizo a un lado. Había una cafetera en una mesilla situada en mitad del apartamento.

–No, no, bobo. No sé ni lo que me digo.

–Siéntese, por favor. Soy William Robinson. Bill para usted, supongo. ¿Solo o con leche?

–Solo. –Le observó mientras él servía el café.

–¿Cómo me ha encontrado? –preguntó el joven, tendiéndole la taza.

La tomó con pulso tembloroso.

–Tengo contactos en el hospital. Hicieron algunas averiguaciones a petición mía.

–No tendrían que haberlo hecho.

–Sí, lo sé. Pero les insistí. Verás, voy a mudarme un año a Francia, tal vez más. Ésta es mi última oportunidad de visitar a mi... Es decir...

Guardó silencio, la vista clavada en la taza de café.

–Unieron la línea de puntos, a pesar de que supuestamente los archivos estaban bajo llave –concluyó él en voz baja.

–Sí –confirmó ella–. Todo encajaba. La noche que falleció mi hijo es la misma en que te ingresaron en el hospital para el trasplante de corazón. Tenías que ser tú. No hubo otra operación de esa clase ni esa noche ni en toda la semana. Supe que cuando te dieron el alta, mi hijo, o al menos su corazón... –Tuvo dificultades para decirlo– se fueron contigo. –Dejó la taza de café en la mesilla.

–No sé qué hago aquí –dijo.

–Sí lo sabe –dijo él.

–No, de veras, no tengo ni idea. Es todo tan raro y triste y terrible y, al mismo tiempo, no sé, como un regalo de Dios. ¿Tiene sentido?

–Para mí, sí. Estoy vivo gracias a ese regalo.

Entonces fue él quien guardó silencio, se sirvió café, revolvió el azúcar y tomó un sorbo.

–¿Adónde irá cuando se marche? –preguntó el joven.

–¿Adónde? –preguntó ella, indecisa.

–Quiero decir... –Su propia torpeza hizo que el joven torciera el gesto. Sencillamente las palabras no acudían a sus labios–. Quiero decir si tiene otras visitas pendientes. ¿Hay más...?

–Comprendo. –La mujer asintió varias veces, recuperó las riendas al envarar el cuerpo, se miró las manos en el regazo y, finalmente, se encogió de hombros–. Sí, hay otros. Mi hijo... donaron sus ojos a alguien en Oregón. Y en Tucson hay una persona que...

–No tiene que seguir –dijo el joven–. No he debido preguntar.

–No, no. Todo es tan raro, tan ridículo. Es tan nuevo. Hace unos años, no hubiera pasado nada semejante. Ahora vivimos en una nueva era. No sé si reír o llorar. A veces empiezo a hacer una cosa y acabo haciendo otra. Me despierto confundida. Me pregunto a menudo si él está confundido. Pero eso es incluso más absurdo porque no

está en ninguna parte.

–Está en alguna parte –dijo el joven–. Aquí. Y yo estoy vivo porque él está aquí en este preciso momento.

A la mujer se le empañó la mirada, pero no derramó una sola lágrima.

–Sí. Gracias.

–No, gracias a él y a usted por permitirme vivir.

La mujer se levantó de pronto, empujada por una emoción incontenible. Miró a su alrededor en busca de la puerta, perfectamente visible, pero fue como si no la viera.

–¿Adónde va a ir?

–Yo...

–Pero ¡si acaba de entrar!

–¡Esto es una estupidez! –protestó–. Es muy incómodo. Estoy depositando mucho peso sobre ti, sobre mí misma. Voy a irme antes de que todo se vuelva tan absurdo que acabe perdiendo la razón.

–Quédese –pidió el joven.

Obediente, estuvo a punto de sentarse.

–Termine el café.

Permaneció de pie, pero tomó de nuevo la taza con pulso tembloroso. El imperceptible tintineo de la taza fue el único sonido que hubo cuando que la devolvió al platillo y dijo:

–Tengo que marcharme. Me siento algo indispuesta. Como si fuera a desmayarme en cualquier momento. Estoy avergonzada de mí misma por haber venido. Qué Dios te bendiga, joven, y que tengas una larga vida.

Se volvió hacia la puerta, pero él se interpuso en su camino.

–Haga lo que ha venido a hacer.

–¿Qué? ¿Qué?

–Ya lo sabe. Lo sabe perfectamente. No me importa. Hágalo.

–Pero...

–Adelante –dijo él, bajando el tono de voz. Cerró los ojos, los brazos a los costados, esperando.

Le miró la cara y luego el pecho, donde bajo la camisa había un leve temblor.

–Ahora –dijo él en voz baja.

Ella casi se movió.

–Ahora –repitió.

Dio un paso hacia él. Volvió la cabeza y acercó la oreja derecha, agachándose un poco, centímetro a centímetro, hasta tocar con ella el pecho del joven.

Podría haberse echado a llorar, pero no lo hizo. Podría haber exclamado algo, pero no lo hizo. Cerraba los ojos con fuerza y estaba escuchando. Movié los labios, diciendo algo, tal vez un nombre, una y otra vez, casi al ritmo del latido que oía bajo la camisa, bajo la piel, en el interior del cuerpo del paciente joven.

El corazón seguía latiendo allí.

Escuchó.

Los latidos del corazón eran regulares, constantes.

Pasó un rato escuchando. Poco a poco recuperó el aliento, sus mejillas recuperaron su color.

Escuchó.

Los latidos del corazón.

Entonces levantó la cabeza, miró por última vez a la cara al joven, y rozó fugazmente con los labios su mejilla, se dio la vuelta y recorrió apresuradamente el trecho que la separaba de la puerta, todo ello sin dar las gracias, puesto que no era necesario darlas. Abrió la puerta sin volverse siquiera, salió y la cerró con suavidad.

El joven esperó unos instantes. Levantó la mano derecha y la deslizó por la camisa, por su pecho, para palpar lo que había dentro. Seguía con los ojos cerrados y el rostro vacío de toda emoción.

Después de volverse, tomó asiento sin mirar dónde se había sentado, alcanzó la taza y apuró el café.

LOS CAMPOS CREPUSCULARES

Se hacía tarde, pero pensó que aún había suficiente luz para hacer nueve hoyos rápidos antes de dejarlo.

Sin embargo, llegó el atardecer cuando conducía hacia el campo de golf. La bruma proveniente del océano se abatió como una cortina borrando la luz.

Estaba a punto de dar la vuelta cuando algo le llamó la atención.

Al dirigir la mirada hacia las pistas lejanas, reparó en la presencia de media docena de golfistas que jugaban en los campos en sombras.

Los jugadores no formaban grupos de cuatro, sino que caminaban en solitario, llevando los palos por la hierba, moviéndose entre los árboles.

«Qué extraño», pensó. En lugar de marcharse, sin embargo, condujo hasta el aparcamiento situado tras la sede del club y salió del vehículo.

Algo le empujó a quedarse unos instantes de pie, contemplando al puñado de hombres que se encontraban en el campo de prácticas, golpeando las bolas para fundirlas con el atardecer.

Pero eran los solitarios caminantes quienes despertaban una intensa curiosidad en él. La escena estaba revestida de cierta melancolía.

Casi sin pensar, recogió la bolsa y llevó los palos de golf hasta al primer *tee*, donde había otros tres hombres que parecían esperarlo.

«Mayores», pensó. No exactamente; no eran ancianos, pero él tenía treinta años y ellos hacía tiempo ya que lucían canas.

Al llegar observaron su rostro de piel bronceada y sus ojos claros.

Uno de los hombres mayores le saludó.

–¿Cómo va? –preguntó el joven, a quien le extrañó la manera en que se había dirigido a ellos.

Observó los campos y a los solitarios golfistas que se alejaban en las sombras.

Señaló la calle con la cabeza y dijo:

–Parece que siguen adelante. Dentro de diez minutos no se verán ni los pies.

–Verán perfectamente –dijo uno de los hombres mayores–. Es más, nosotros vamos a empezar. Nos gusta jugar a última hora, así tenemos oportunidad de pasar un rato a solas y pensar en nuestras cosas. Empezamos en grupo y luego cada uno va por su cuenta.

–Pues menudo plan –dijo el joven.

–Así es. Tenemos nuestros motivos. Acompáñenos si quiere, pero lo más probable es que a los cien metros se encuentre a solas.

Tras meditarlo, el joven cabeceó en sentido afirmativo.

–Trato hecho –dijo.

Uno tras otro se acercaron al *tee* y golpearon la bola blanca que desapareció en la

penumbra.

Se adentraron en silencio en la luz crepuscular.

El hombre mayor caminaba junto al joven, a quien miraba a veces de reojo. Los otros dos se limitaban a mirar al frente sin decir nada. Cuando pararon el joven contuvo el aliento.

–¿Qué pasa? –preguntó el hombre mayor.

–¡Dios mío, la he encontrado! –exclamó el joven–. Con la poca luz que hay, ¿cómo es posible que supiera dónde estaba?

–Esas cosas pasan –respondió el hombre mayor–. Llámelo destino, suerte o zen. Llámelo simple y pura necesidad. Adelante.

El joven miró la bola de golf en la hierba y dio un paso hacia atrás.

–No, ustedes primero –dijo.

Los dos hombres que también habían localizado sus bolas de golf blancas en la hierba se turnaron. Uno dio un fuerte golpe y echó a andar a solas. El otro hizo lo propio y también se adentró en el anochecer.

El joven los observó mientras iban cada uno por su lado.

–No lo entiendo –dijo–. Nunca había jugado así por parejas.

–Es que en realidad no jugamos por parejas –dijo el hombre mayor–. Podría decirse que se trata de una variante. Al terminar nos encontraremos en el hoyo diecinueve. Le toca a usted.

El joven golpeó la bola que se alzó hacia el cielo de color púrpura. Creyó oír cómo golpeaba la hierba a unos cien metros.

–Adelante –dijo el hombre mayor.

–No –dijo el joven–. Le acompañaré, si no le importa.

El hombre mayor asintió, se situó y golpeó su bola. Después anduvieron juntos en silencio.

Al cabo, el joven, sin dejar de mirar al frente, intentando acostumar la vista a la oscuridad, dijo:

–Nunca había jugado así. ¿Quiénes son los demás y qué hacen aquí? Ya puestos, ¿quién es usted? Y, por último, me pregunto qué diablos hago yo aquí. No encajo.

–No del todo –dijo el hombre mayor–. Pero es posible que lo haga algún día.

–¿Algún día? –preguntó el joven–. Ahora no encajo, ¿por qué?

El hombre mayor siguió caminando, mirando al frente en lugar de mirar al joven que caminaba a su lado.

–Es demasiado joven –dijo–. ¿Cuántos años tiene?

–Treinta.

–Eso sí es ser joven. Espere a tener cincuenta o sesenta. Entonces es posible que pueda jugar en los campos crepusculares.

–¿Así los llaman?

–Sí –respondió el hombre mayor–. A veces los tipos como nosotros salimos a jugar muy tarde y no volvemos hasta las siete o las ocho; tenemos la necesidad de

golpear la bola, echar a caminar y golpearla de nuevo, antes de volver cuando estamos cansados de verdad.

–¿Cómo sabe uno que está preparado para jugar en los campos crepusculares?

–Verá, nosotros somos viudos –dijo el hombre mayor sin dejar de caminar–. No del montón. Todos hemos oído hablar de las viudas del golf, las mujeres que se quedan en casa cuando sus maridos se pasan el domingo jugando a golf en el club, a veces los sábados también, en ocasiones incluso durante la semana; se obsesionan de tal modo que no pueden dejarlo. Se convierten en máquinas de golf y sus mujeres se preguntan a dónde delante se han ido sus maridos. Pues en este caso somos nosotros quienes nos denominamos viudos; las mujeres siguen en casa, pero las casas están frías, nadie enciende el fuego de la chimenea, se preparan comidas, aunque no muy a menudo, y las camas están medio vacías. Los viudos.

–¿Viudos? –preguntó el joven–. Sigo sin comprender. Nadie ha muerto, ¿verdad?

–No –dijo el hombre mayor–. Cuando se habla de las viudas de golf, nos referimos a las mujeres que se quedan en casa cuando los hombres van a jugar a golf. En este caso, «viudo» hace referencia a aquellos hombres que han decidido enviudar de sus hogares.

El joven meditó unos instantes la respuesta.

–Pero ¿hay gente en casa? Las mujeres se quedan allí, ¿verdad?

–Ah, sí –respondió el hombre mayor–. En efecto. Allí están. Pero...

–Pero ¿qué? –lo interrumpió el joven.

–Mírelo de este modo –propuso el hombre mayor, que caminaba tranquilamente contemplando los campos crepusculares–. Sea por el motivo que sea, hemos acudido aquí al atardecer. Puede que se deba a que en casa hay poco de lo que hablar, o demasiado. Mucha charla íntima de pareja, o muy poca. Muchos niños, no los suficientes, o ninguno. Toda clase de excusas. Más dinero de la cuenta, o dificultades económicas. Sea cual sea el motivo, de pronto estos hombres solitarios que ve aquí han descubierto que están a gusto en este lugar, en mitad de la calle, jugando a solas, golpeando la bola y siguiéndola a la luz menguante.

–Comprendo –dijo el joven.

–No estoy muy seguro de que lo haga.

–No –insistió el joven–. De veras lo entiendo. Pero no creo que vuelva a estas horas.

El hombre mayor le miró, asintiendo.

–No, no creo que lo haga. Al menos durante un tiempo. Puede que dentro de veinte o treinta años. Tiene un bronceado estupendo y camina demasiado rápido, por no mencionar que da la impresión de vivir demasiado deprisa. A partir de ahora venga a mediodía y juegue de verdad con otros tres compañeros. No tendría que estar aquí, caminando en los campos crepusculares.

–Nunca volveré de noche –dijo el joven–. Todo eso nunca me pasará.

–Espero que no –dijo el joven.

–Me aseguraré de ello. Creo que he caminado tan lejos como necesitaba hacerlo. El último golpe ha alejado demasiado la bola y con lo oscuro que está no creo que pueda encontrarla.

–Bien dicho –dijo el hombre mayor.

Caminaron de vuelta mientras la noche cerraba de verdad sobre ellos y eran incapaces de oír sus propios pasos en la hierba.

A su espalda, los caminantes solitarios seguían adelante en diversas direcciones en torno a los hoyos del campo.

Cuando alcanzaron la sede del club, el joven se volvió hacia el hombre mayor, quien de pronto se le antojó un anciano, y el anciano miró al joven, quien de pronto parecía muy, muy joven.

–Pero si vuelve –dijo el anciano–, al atardecer, quiero decir, si alguna vez siente la necesidad de iniciar la ronda con otros tres y terminar a solas, hay algo de lo que debo advertirle.

–¿De qué se trata? –preguntó el joven.

–Hay una palabra que nunca debe pronunciar cuando converse con toda la gente que vagabundea al anochecer por estas calles verdes.

–¿Qué palabra es? –preguntó el joven.

–Matrimonio –susurró el anciano.

Estrechó la mano del joven, cargó con los palos de golf y se alejó caminando.

En la distancia, en los campos crepusculares, había anochecido tanto que no se distinguía a los hombres que seguían jugando.

El joven, con su rostro de piel bronceada y los ojos claros, se dio la vuelta, anduvo hasta el coche y condujo lejos de allí.

EL ASESINATO

–Hay personas que jamás cometerían un asesinato –aseguró el señor Bentley.

–¿Quién, por ejemplo? –preguntó el señor Hill.

–Por ejemplo yo, y muchos otros como yo –dijo el señor Bentley.

–¡Paparruchas! –protestó el señor Hill.

–¿Paparruchas?

–Ya ha oído lo que he dicho. Todo el mundo es capaz de asesinar, usted incluido.

–No tengo ningún motivo, estoy satisfecho con las cosas, mi mujer es buena gente, tengo dinero de sobras y un buen empleo, ¿por qué iba a matar a alguien? –preguntó el señor Bentley.

–Yo podría hacerle cometer asesinato –aseguró el señor Hill.

–De ninguna manera.

–Podría. –El señor Hill contempló meditabundo el hermoso y pequeño pueblo vacacional.

–No puede convertir en asesino a alguien que no lo es.

–Sí puedo.

–¡No, no puede!

–¿Cuánto está dispuesto a apostar?

–No he apostado en la vida. No creo en eso.

–Por Dios, hombre, hablamos de una apuesta entre caballeros –dijo el señor Hill–. Un dólar. Un dólar contra una moneda de diez centavos. Vamos, ¿no me dirá que no apostaría diez centavos? Tendría que ser escocés de pura cepa para no hacerlo y, además, no tener la menor fe en su propia tesis. ¿No vale la pena apostar diez centavos para demostrar que no es un asesino?

–Está de broma.

–Ambos bromeamos y, al mismo tiempo, no bromeamos. Lo único que me interesa es demostrar que nada le diferencia de cualquier otro hombre. Tiene un botón que hay que presionar, y si lo encuentro y lo hago usted cometerá un asesinato.

El señor Bentley rió con desenfado y cortó el extremo del cigarro, que giró en los labios carnosos al tiempo que se recostaba en la mecedora. A continuación rebuscó en el bolsillo del chaleco desabotonado, encontró una moneda de diez centavos y la dejó ante él, al pie del poste del porche.

–De acuerdo –dijo, y, pensando, depositó en el mismo lugar otra moneda idéntica–. Aquí van veinte centavos a que no soy un asesino. ¿Cómo se propone usted demostrar que lo soy? –Rió entre dientes y cerró los ojos con fuerza, complacido–. Voy a pasar aquí sentado unos cuantos años.

–Por supuesto habrá un límite de tiempo.

–¿Ah, sí? –Bentley rió con más ganas.

–Sí. Dentro de un mes, a contar a partir de hoy, será un asesino.

–Dentro de un mes, ¿eh? ¡Vaya! –Y rió porque la idea le parecía absolutamente ridícula. Una vez se hubo recuperado, recobró la compostura–. Hoy es primero de agosto, ¿verdad? Así que el uno de septiembre usted me deberá un dólar.

–No, usted me deberá dos monedas de diez centavos.

–Hay que ver lo tozudo que es.

–No lo sabe usted bien.

Era una agradable noche veraniega con la brisa justa, la ausencia de mosquitos y el humo de dos cigarros que se consumían como debe ser, mientras que a lo lejos, en la cocina, se oía el ruido de la enjabonada vajilla de la mujer del señor Bentley. En las calles del pueblo, la gente asomaba a los porches y se saludaba con inclinaciones de cabeza.

–Es una de las conversaciones más absurdas que he tenido en mi vida –aseguró el señor Bentley, aspirando con fuerza, consciente del olor que despedía la hierba recién segada–. Pasamos diez minutos hablando sobre asesinatos, luego discutimos sobre si cualquier persona era capaz de cometer uno, y, en cuanto quiero darme cuenta hemos hecho una apuesta.

–Pues sí –dijo el señor Hill.

El señor Bentley miró a su huésped. El señor Hill tenía alrededor de cincuenta y cinco años, aunque aparentaba algo más; tenía ojos azules, fríos, y un rostro ceniciento, plagado de arrugas que le conferían el aspecto de un melocotón abandonado al sol. Era totalmente calvo, como un César, y hablaba con intensidad, aferrado a la silla, aferrado al brazo del interlocutor, cuando no con las manos entrelazadas como en plena oración, convenciéndose a sí mismo, o convenciendo a su acompañante, de la verdad de sus aseveraciones. Habían mantenido diversas conversaciones de calidad en los últimos tres meses, desde que el señor Hill se había instalado en el dormitorio del fondo. Habían cubierto un amplio abanico de temas: langostas en primavera, nieve en abril, tormentas estacionales y periodos de frío intenso, viajes a lugares lejanos, la charla habitual, aromatizada con tabaco, cómoda como una comida de cinco platos, y el señor Bentley tenía la sensación de que había crecido con ese extraño, de que ambos se conocían desde los tiempos en que era un niño chillón, a lo largo de toda la adolescencia y la vejez. De hecho, ahora que lo pensaba, ésa era la primera vez que estaban en desacuerdo en algo. Lo mejor de su amistad había sido la ausencia de desacuerdos o asuntos pendientes; habían seguido el camino recto de la Verdad, o lo que ambos consideraban la verdad, «o tal vez –pensó el señor Bentley en ese momento cigarro en mano–, lo que él había considerado la verdad y lo que el señor Hill, por plan o educación, había fingido considerar también la verdad».

–Es el dinero más fácil que habré ganado –dijo el señor Bentley.

–Espere y verá. No olvide llevar encima esos veinte centavos. Puede que no tarde en necesitarlos.

El señor Bentley devolvió las monedas al bolsillo del chaleco con afectada seriedad. Quizá el viento al cambiar de dirección había enfriado un instante la temperatura de sus pensamientos. Hubo un momento en que su mente le dijo: «Entonces, ¿serías capaz de asesinar a alguien?».

–Cerremos el trato con un apretón de manos –propuso el señor Hill.

La fría mano del señor Hill estrechó la suya con fuerza.

–Hecho.

–De acuerdo, bola de sebo. Buenas noches. –El señor Hill se levantó.

–¿Cómo? –exclamó el señor Bentley, sobresaltado, sin considerarse aún insultado, aunque sólo porque no podía creer aquella terrible elección de palabras.

–Buenas noches, cerdo –dijo el señor Hill, mirándole con calma mientras se afanaba por desabotonar la camisa. La piel del estómago quedó al descubierto. Había una antigua cicatriz, fruto de una bala que había atravesado limpiamente su cuerpo.

–¿Ve usted? –preguntó el señor Hill al reparar en la mirada de ojos desmesuradamente abiertos del hombre rollizo que ocupaba la mecedora–. No es la primera vez que hago esta apuesta.

La puerta principal se cerró con suavidad. El señor Hill se había retirado.

A la una y diez de la madrugada la luz seguía encendida en el cuarto del señor Hill. Sentado a oscuras, finalmente el señor Bentley, incapaz de conciliar el sueño, se levantó, entró en la casa, caminó por el pasillo y miró hacia el cuarto del señor Hill, puesto que éste había dejado la puerta abierta. Allí estaba el huésped delante del espejo, tocándose con la punta del dedo, acariciándose, pellizcándose aquí y allí.

Parecía pensar: «Míreme, Bentley, mire esto. ¡Y esto otro!».

Bentley miró.

El señor Hill tenía tres cicatrices redondas en el pecho y el estómago. Reparó en un largo tajo sobre el corazón, y en una cicatriz más pequeña en el cuello. En la espalda, como si un dragón lo hubiese cogido en sus garras, se distribuía una serie de surcos terribles.

El señor Bentley permaneció de pie con la lengua en los labios, las manos abiertas.

–Adelante, pase –dijo el señor Hill.

Bentley no se movió.

–Es tarde y sigue usted despierto.

–Estaba contemplándome. Ay, la vanidad.

–Las cicatrices. Todas esas cicatrices.

–Son unas cuantas, ¿eh?

–Muchas. Dios mío, nunca había visto cicatrices como esas. ¿A qué se deben?

Hill siguió tocándose, palpándose y acariciándose, desnudo de cintura para arriba.

–Tal vez ahora pueda intuirlo. –Guiñó un ojo y esbozó una sonrisa amistosa.

–Pero ¿cómo se las hizo?

–Si sigue subiendo el tono de voz acabará despertando a su mujer.

–¡Cuénteme!

–Use la imaginación, hombre.

Exhaló, llenó de aire los pulmones y volvió a exhalar.

–¿Qué puedo hacer por usted, señor Bentley?

–He venido...

–Hable.

–Quiero que se marche.

–Por favor, Bentley.

–Necesitamos su habitación.

–¿De veras?

–La madre de mi mujer viene de visita.

–Eso es mentira.

Bentley asintió.

–Sí, estoy mintiendo.

–¿Por qué no lo dice? Quiere que me vaya, punto.

–Así es.

–Porque me teme.

–No, no le temo.

–¿Qué me diría si le digo que no pienso marcharme?

–Pues que no puede hacer eso.

–Sí puedo y no lo haré.

–No, no.

–¿Qué hay para desayunar? ¿Huevos con jamón? –Estiró el cuello para examinar una cicatriz imperceptible que tenía.

–Por favor, dígame que va a marcharse.

–No.

–Por favor.

–No tiene sentido seguir rogando. No se rebaje usted más.

–De acuerdo, pero entonces, si se queda, anulemos la apuesta.

–¿Por qué íbamos a hacer tal cosa?

–Porque sí.

–¿Teme lo que pueda llegar a hacer?

–¡No!

–Shh. –Señaló la pared–. No olvide a su esposa.

–Anulemos la apuesta. Tenga. Tenga mi dinero. ¡Usted gana! –Rebuscó en el bolsillo y sacó las dos monedas de diez centavos, que arrojó sobre la cómoda–. ¡Cójalas! ¡Usted gana! Podría cometer asesinato. Podría hacerlo, lo admito.

El señor Hill esperó unos instantes, y sin mirar las monedas tanteó la cómoda y las localizó, para a continuación jugar con ellas antes de ofrecérselas al señor Bentley.

–¡No las quiero! –Bentley retrocedió hacia la puerta.

–Tómelas.

–¡Usted gana!

–Las apuestas son sagradas. Esto no demuestra nada.

Se dio la vuelta, se acercó a Bentley y las introdujo en el bolsillo de la camisa de su anfitrión. Bentley reculó dos pasos hacia el pasillo.

–No hago apuestas en balde –dijo Hill.

Bentley observó las terribles cicatrices.

–¿Con cuánta gente más ha hecho esta apuesta? –preguntó–. ¿Con cuánta otra gente?

Hill rió.

–Huevos con jamón, ¿eh?

–¿Cuánta? ¿Cuánta?

–Nos veremos en el desayuno –dijo el señor Hill.

Cerró la puerta. El señor Bentley permaneció inmóvil, mirándola. Podía ver las cicatrices a través de la puerta, como si su mente y su visión tuvieran la capacidad de convertir la superficie en translúcida. Las cicatrices de navaja. Las de cuchillo. Decoraban la madera de la puerta como los surcos de la corteza.

Se apagó la luz tras la puerta.



Permaneció de pie sobre el cadáver mientras la casa despertaba, los pasos apresurados en la escalera, los gritos, las exclamaciones y las sacudidas. En un abrir y cerrar de ojos habría un puñado de personas a su alrededor. En un abrir y cerrar de ojos verían las luces parpadeantes y oirían la sirena, las puertas se cerrarían con fuerza, el chasquido metálico de las esposas en torno a las muñecas carnosas, las preguntas, las miradas clavadas en su rostro lívido, desconcertado. Pero de momento aguardaba junto al cadáver, titubeando. El arma había caído en la fragante hierba alta. El ambiente seguía cargado de electricidad, pero la tormenta pasaba y poco a poco recuperaba la noción de todo lo que le rodeaba. Y su mano derecha, por si sola, hurgaba y hurgaba como un topo ciego, sin sentido, en el bolsillo de la camisa, hasta encontrar lo que buscaba. Notó la magnitud de su propio peso, dobló la cintura, inclinado, a punto de caer, al arrojarse sobre el cadáver. Extendió la mano ciega para cerrar los ojos del señor Hill, y en cada uno de los párpados arrugados, fríos, puso una reluciente moneda de diez centavos.

La puerta se cerró con fuerza a su espalda. Hatie lanzó un grito.

Se volvió hacia ella con una sonrisa desabrida.

–Acabo de perder una apuesta –se oyó decir.

CUANDO LA RAMA SE QUIEBRA

Era una noche fría, y en torno a las dos de la mañana se alzó algo de viento.

Las hojas de los árboles empezaron a temblar.

A las tres de la madrugada, el viento era constante y murmuraba al otro lado de la ventana.

Ella fue la primera en abrir los ojos.

Entonces, por alguna razón imperceptible, él se movió adormilado.

–¿Estás despierta? –preguntó.

–Sí. He oído algo, una llamada.

Él medio levantó la cabeza.

A lo lejos se oyó un lamento.

–¿Lo has oído? –preguntó ella.

–¿Qué?

–Algo está llorando.

–¿Algo?

–Alguien. Parecía un fantasma.

–Dios mío, pero qué dices. ¿Qué hora es?

–Las tres de la mañana –dijo ella–. La hora terrible.

–¿Terrible?

–Ya sabes que el doctor Meade nos dijo en el hospital que ésa es la hora a la que la gente tira la toalla, cuando dejan de luchar. Es cuando mueren. A las tres de la mañana.

–Prefiero no pensar en ello.

El sonido procedente del exterior se hizo más audible.

–Ahí está otra vez –dijo ella–. Suena como un fantasma.

–A ver, ¿qué clase de fantasma? –susurró él.

–Un bebé. Es el llanto de un bebé.

–¿Desde cuándo los bebés se vuelven fantasmas? ¿Conoces algún bebé que haya fallecido recientemente? –Rió por lo bajo.

–No. –Ella sacudió la cabeza–. Pero puede que no sea el fantasma de un bebé que haya muerto, sino... No sé. Tú escucha.

Prestó atención. El llanto se alzó de nuevo en la distancia.

–¿Y si...?

–¿Qué?

–Y si es el fantasma de un niño...

–Continúa –dijo él.

–El fantasma de un niño que está por nacer.

–¿Eso es posible? Es más, ¿pueden emitir sonidos? Dios mío, ¿a qué viene eso?

Qué cosas más raras dices.

–El fantasma de un niño que aún no ha nacido.

–¿Cómo es posible que tenga voz?

–Puede que no esté muerto, sino que sólo quiera vivir –aventuró ella–. Es tan lejana, tan triste. ¿Cómo podemos responderle?

Ambos prestaron atención mientras proseguía el llanto quedo y el viento aullaba al otro lado de la ventana.

Mientras escuchaba los ojos de ella se cubrieron de lágrimas, y, mientras escuchaba, lo mismo le pasó a él.

–No puedo soportarlo –dijo él–. Me levantaré a comer algo.

–No, no. –Le tomó la mano–. Guarda silencio y presta atención. Quizá obtengamos respuestas.

Ambos permanecieron tumbados mientras el viento seguía murmurando y las hojas temblaban al otro lado del cristal de la ventana.

Lejos, muy lejos, a gran distancia, prosiguió el sonido del llanto.

–¿Quién será? –preguntó ella–. ¿Qué será? No va a parar. Me pone tan triste. ¿Pide que lo dejen entrar?

–¿Cómo?

–Vivir. No está muerto, nunca ha vivido, pero quiere hacerlo. ¿Crees que...? – Titubeó.

–¿Qué?

–Ay, ay. ¿Crees que aquello que hablamos hace un mes...?

–¿A qué conversación te refieres?

–Sobre el futuro. Cuando hablamos de no tener familia. De no tener hijos.

–No me acuerdo –dijo él.

–Haz memoria. Nos prometimos mutuamente no tener familia, no tener hijos. – Titubeó antes de añadir–: Nada de bebés.

–No tener hijos. ¿Nada de bebés?

–¿Crees que...? –Ella levantó la cabeza y escuchó el llanto que continuaba afuera, lejos, muy lejos, a través de los árboles, al otro lado del país–. ¿Podría ser...?

–¿Qué?

–Creo que sé cómo hacer que pare –dijo ella.

Él esperó a que elaborase su teoría.

–Creo que tal vez...

–¿Qué?

–Que si te acercas a este lado de la cama...

–¿Me estás pidiendo que me acerque?

–Sí, por favor, ven.

Él se dio la vuelta, la miró y, finalmente, rodó sobre sí hasta pegar su cuerpo al de ella. A lo lejos el reloj del campanario dio las tres y cuarto, luego las tres y media, luego las cuatro menos cuarto y las cuatro.

Ambos yacieron tumbados, escuchando.

–¿Lo oyes?

–Eso intento.

–El llanto.

–Ha parado –dijo él.

–Sí. Ese fantasma, ese niño, el bebé, el llanto, gracias a Dios que ha parado.

Tomó la mano de ella y dijo:

–Nosotros hemos hecho que pare.

–Sí. Ay, sí. Gracias a Dios, lo hemos logrado.

Reinaba el silencio en la noche. El viento empezó a caer. Cesó poco a poco el temblor de las hojas de los árboles.

Y siguieron tumbados, las manos entrelazadas, escuchando el silencio, el maravilloso silencio que precede al amanecer.

SIEMPRE NOS QUEDARÁ PARÍS

En una calurosa noche de sábado en julio, en París, cerca de la medianoche, me dispuse a salir a dar un paseo por la ciudad, uno de mis pasatiempos favoritos, empezando por Notre Dame y terminando, a veces, en la Torre Eiffel.

Mi mujer se había ido a la cama a las nueve, y cuando me acerqué a la puerta, dijo:

–No importa lo tarde que vuelvas, trae pizza.

–Marchando una pizza –contesté al salir al pasillo.

Crucé el río desde el hotel y anduve en dirección a Notre Dame, pero hice una parada en la librería Shakespeare, luego recorrí el Boulevard Saint-Michel hasta Les Deux Magots, una cafetería al aire libre donde Hemingway, más de una generación atrás, había invitado a sus amistades a Pernod, grapa y África.

Estuve allí sentado un rato, observando a los parisinos, que eran multitud, tomé un Pernod y una cerveza, y después me dirigí de vuelta al río.

La calle que tomé desde Les Deux Magots era muy estrecha y estaba repleta de tiendas de antigüedades y galerías de arte.

La recorrí prácticamente a solas, y me acercaba al Sena cuando sucedió algo curioso, la cosa más extraña que me ha pasado en la vida.

Caí en la cuenta de que me estaban siguiendo. Pero no de una manera convencional.

Al volver la vista atrás no vi a nadie. Al mirar al frente, vi a un joven a unos cuarenta metros vestido con americana de verano.

Al principio no comprendí lo que estaba haciendo. Pero cuando me detuve ante un escaparate y miré de reojo, vi que se había parado a unos veinticinco o treinta metros y que me estaba mirando.

En cuanto vio que lo miraba, se alejó andando por la calle, pero al cabo frenó el paso y se volvió de nuevo.

Después de varios cruces de miradas así, comprendí qué era lo que pasaba. En lugar de seguirme por la espalda, me estaba siguiendo al frente, guiándome y girándose para asegurarse de que yo lo seguía.

El proceso continuó por estos derroteros a lo largo de una manzana, hasta que finalmente llegué a una encrucijada, donde lo encontré esperándome.

Era alto, delgado, rubio y bastante atractivo, y no sé por qué me pareció que era francés; parecía atlético, tal vez un tenista o un nadador.

No sabía qué pensar acerca de la situación. ¿Complacido, halagado, incómodo?

De pronto, al encararme a él en el cruce de calles, dije algo en inglés y él hizo un gesto de negación con la cabeza.

Respondió en francés, y ambos reímos cuando yo imité su gesto anterior.

–¿No francés? –preguntó.

Negué de nuevo con la cabeza.

–¿No inglés? –pregunté yo, momento en que él repitió a su vez el gesto. Ambos reímos porque ahí estábamos, pasada la medianoche en París, en un cruce de calles, incapaces de conversar y sin saber muy bien qué hacíamos allí.

Finalmente, levantó la mano para señalar una calle lateral.

Pronunció un nombre y pensé que se refería a alguien.

–Jim.

Negué con la cabeza, confundido.

–Gimnasio –aclaró después de repetir lo dicho, señalando de nuevo antes de bajar de la acera en dirección a la callejuela. Se dio la vuelta para ver si yo lo seguía.

No muy convencido, esperé a que cruzase la calle, momento en que se dio la vuelta de nuevo para mirarme.

Bajé la acera y lo seguí, preguntándome qué hacía allí.

«¿Qué diablos hago yo aquí?».

Un extraño, un joven, a medianoche, con ese calor, en París, ¿adónde se dirigía? ¿A una especie de gimnasio? ¿Y si no salía de allí con vida? Es decir, en una ciudad extraña, ¿cómo tuve valor para seguir a nadie?

Pero lo hice.

Lo encontré esperándome a media altura de la manzana siguiente.

Señaló con la barbilla un edificio próximo y repitió la palabra «gimnasio». Observé cómo descendía unos peldaños que había en el lateral del edificio, y me apresuré a seguirlo. Bajamos hasta la puerta de un sótano que abrió a continuación, invitándome a entrar en la oscuridad.

Comprobé que en efecto se trataba de un pequeño gimnasio con la equipación que suele haber en esa clase de locales: máquinas para hacer ejercicio, potros y colchonetas.

Pensé que era muy peculiar, y tras entrar él cerró la puerta.

Oí música procedente del techo, y también el rumor de unas voces, y lo siguiente que pasó fue que el joven empezó a desabotonarme la camisa.

Permanecí inmóvil, a oscuras, mientras el sudor me resbalaba por los brazos y la punta de la nariz. Oí cómo él se quitaba la ropa en la medianoche parisina. No cruzamos una palabra.

«¿Qué demonios hago yo aquí?»., pensé de nuevo.

Dio un paso al frente y estaba a punto de tocarme cuando, de pronto, se oyó el ruido de una puerta al abrirse, risas, el ruido de otra puerta que se abría y cerraba, pasos y gente que hablaba muy alto, arriba.

Di un respingo al oírlo y me eché a temblar.

Debió de percibir mi movimiento porque levantó los brazos y me puso una mano en el hombro izquierdo y otra en el derecho.

Ambos parecíamos no saber muy bien qué hacer a continuación, pero seguimos

allí, cara a cara, pasada la medianoche, en París, como un par de actores subidos al escenario que han olvidado sus frases.

Más risas procedentes de arriba, y música también. Incluso me pareció oír que alguien descorchaba una botella.

Vi a la escasa luz que una solitaria gota de sudor le resbalaba por la punta de la nariz.

Era consciente de la película de sudor que me cubría los brazos.

Permanecimos allí de pie un buen rato, sin movernos, hasta que por fin él se encogió de hombros, yo también, y ambos reímos de nuevo.

Él se inclinó hacia delante, me tomó la barbilla en la mano y me besó en la frente. Luego retrocedió, extendió el brazo y me ajustó la camisa sobre los hombros.

–*Bonne chance* –me pareció oírle murmurar.

Seguidamente nos dirigimos en silencio hacia la puerta, donde se llevó un dedo a los labios y dijo:

–Shh.

Salimos a la calle.

Anduvimos juntos de vuelta a la estrecha vía que llevaba en una dirección hacia Les Deux Magots, y en la otra dirección al río, al Louvre y a mi hotel.

–Dios mío –dije–. Llevamos juntos media hora y ni siquiera sabemos nuestros nombres.

Me miró inquisitivamente, y hubo algo en mí que me llevó a levantar la mano para darle un golpecito en el pecho con el pulgar.

–Tú Jane, yo Tarzán –dije.

Esto hizo que rompiese a reír y repitiera lo que acababa de decirle.

–Yo Jane, tú Tarzán.

Y por primera vez desde que nos conocimos, ambos reímos, relajados.

Se inclinó de nuevo y volvió a besarme en la frente, antes de darse la vuelta y alejarse.

Cuando estaba a tres o cuatro metros de distancia, sin volverse, dijo con un inglés titubeante:

–Lo siento.

–Mucho –dije yo.

–¿La próxima vez?

–La próxima vez.

Se alejó a buen paso por la callejuela, sin volver la vista atrás.

Me dirigí al río, pasé de largo junto al Louvre en dirección a mi hotel.

Eran las dos de la madrugada, hacía mucho calor, y cuando entré en la habitación oí el frufrú de las sábanas.

–Antes olvidé preguntarte si habías conseguido los billetes –preguntó mi mujer.

–Ah, sí. Lo del Concorde. Embarque a mediodía, destino Nueva York, el martes que viene.

Oí que se relajaba. Suspiró.

–Adoro París. Espero que podamos volver el año que viene.

–El año que viene –dije.

Me desnudé y me senté en el borde de la cama.

–¿Te has acordado de la pizza? –preguntó ella al otro lado de la cama.

–¿La pizza?

–Pero cómo has podido olvidarte de la pizza.

–No sé.

Sentí un leve picor en mitad de la frente y rocé con los dedos el lugar donde el joven extraño que me había seguido por delante me había dado un beso de buenas noches.

–No sé cómo he podido olvidarlo –dije–. No tengo ni idea.

MAMÁ PERKINS VIENE PARA QUEDARSE

Después de entrar en el apartamento, Joe Tiller se quitó el sombrero y reparó en que la rolliza mujer de mediana edad le miraba mientras desgranaba guisantes.

–Adelante –dijo ella al ver su cara de asombro–. Annie ha salido a comprar para la cena. Siéntese.

–Pero ¿quién...?

–Soy Mamá Perkins. –La mujer rió, meciéndose. No se sentaba en una mecedora, pero de algún modo lograba dar la impresión de mecerse en una. Tiller se sintió aturdido–. Llámame Mamá –dijo con desenfado.

–El nombre me resulta familiar, pero...

–No te preocupes, hijo. No tardaremos en conocernos. Voy a quedarme un año, más o menos, de visita, ya sabes. –Llegado a este punto soltó una risotada mientras seguía desgranando guisantes.

Tiller salió apresuradamente de la cocina, dispuesto a interrogar a su esposa.

–¿Quién demonios es esa molesta y agradable anciana? –preguntó, gritando.

–De la radio. –Su mujer sonrió–. Ya sabes. Mamá Perkins.

–Bueno, ¿y se puede saber qué hace ella aquí? –dijo manteniendo el tono de voz elevado.

–Shh. Ha venido a ayudar.

–¿Con qué? –Miró hacia la otra habitación.

–Con cosas –respondió su mujer con vaguedad.

–Será posible... Pero ¿dónde vamos a meterla? Tendrá que dormir en alguna parte, ¿no?

–Ah, sí –respondió Anna, su esposa, con dulzura–. Pero la radio está ahí mismo. De noche ella, bueno, no sé cómo pero... vuelve.

–¿Por qué ha venido? ¿Le enviaste una carta? Nunca me habías dicho que os conocierais. –Más que una serie de preguntas, parecía una larga protesta.

–No. Siempre he tenido la sensación de que conozco a Mamá casi mejor que a ti –explicó Anna.

«Diez años», pensó él, confundido, inmóvil. Diez años a solas en esta caja de zapato con el rumor de la radio, los tubos de plata al rojo, el murmullo de las voces. Diez años secretos de conspiración monástica, mientras él mantenía a flote su negocio. Decidió mostrarse alegre y razonable.

–Lo que quiero saber es si has escrito a Ma... Mamá o si las has llamado –dijo, tomando la mano de su mujer–. ¿Cómo ha llegado ella aquí?

–Lleva diez años aquí.

–Pero ¡qué bobada!

–Bueno, hoy es especial –admitió su esposa–. Hoy es la primera vez que se

queda.

Llevó a su mujer a la salita para encararse a la anciana.

–Váyase –dijo.

Mamá levantó la vista de las zanahorias que cortaba a dados y le mostró los dientes.

–No puedo, joven. Eso depende de Annie. Tendrás que pedirselo a ella.

Él se volvió hacia su esposa.

–¿Y bien?

La expresión de ella era fría y distante.

–Vamos a sentarnos a cenar. –Se dio la vuelta y abandonó la estancia.

Joe permaneció inmóvil, vencido.

–He ahí una chica con garra –alabó Mamá.

Joe se levantó a medianoche y miró en la salita.

La habitación estaba vacía.

La radio seguía encendida, caliente. Oyó una voz tenue que procedía del interior y que era como la voz de un mosquito diminuto.

–Por el amor de Dios, por el amor de Dios, por el amor de Dios, ¡tierra de Gosén!

Hacía frío en la estancia. Sintió un escalofrío. El calor de la radio le inundó al arrimar la oreja.

–Por el amor de Dios, tierra de Gosén, por el amor de Dios...

La apagó.

Su mujer le oyó tumbarse en la cama.

–Se ha ido –dijo.

–Claro –respondió ella–. Hasta mañana a las diez.

Él no preguntó al respecto.

–Buenas noches, cariño –dijo.

A la hora del desayuno la luz inundaba el salón. Rió al ver lo vacío que estaba. Sintió alivio, como si hubiera tomado un buen trago de vino. Se pasó el rato silbando de camino a la oficina.

A las diez había llegado la hora de tomar el café. Desfilando por la calle, tarareando algo, oyó la radio del escaparate de la tienda de componentes de electrónica.

–Arrastra los pies –dijo la voz–. Por Dios, lo que daría para que no caminara por la casa con los zapatos embarrados.

Detuvo el paso. Se volvió en la calle como una figurita de cera, lentamente, como sobre un eje hecho de hielo.

Prestó atención a la voz.

–La voz de Mamá Perkins –susurró.

Escuchó atentamente.

–Es su voz –dijo–. La mujer que estuvo en casa anoche. Estoy seguro.

Sin embargo, la pasada noche había encontrado el salón vacío.

Pero ¿y la radio que zumbaba a oscuras, caliente, a solas en la sala?, ¿y la voz débil, lejana, que repetía y repetía: «Por el amor de dios, por el amor de Dios, por el amor de Dios...»?

Entró corriendo en una tienda e introdujo una moneda de cinco centavos en la ranura del teléfono público.

Tres llamadas. Una corta espera.

Clic.

–¿Hola, Annie?

–No, soy Mamá –dijo una voz.

–Ah.

Acto seguido, colgó el auricular.



No se permitió el lujo de pensar en ello esa tarde. Era algo imposible, dotado de un horror bajo y sutil. De camino a casa compró un ramo de capullos de rosa para Anna. Lo llevaba en la mano derecha cuando abrió la puerta del apartamento. A esas alturas casi se había olvidado por completo de Mamá.

Dejó caer el ramo en el suelo y no se molestó en recogerlo. Lo único que pudo hacer fue mirar, y seguir mirando, a Mamá, a quien había encontrado sentada, meciéndose, en la silla que no se mecía.

Su voz dulce lo saludó con alegría.

–¡Buenas tarde, Joe, hijo! Qué considerado por tu parte traer flores a casa.

Sin decir una palabra, Joe marcó un número de teléfono.

–¿Hola? ¿Ed? Dime, Ed, ¿tienes algo planeado para esta noche?

La respuesta fue negativa.

–Bueno, pues ¿qué te parece si te dejas caer por aquí, Ed? Necesito que me eches una mano.

La respuesta fue positiva.

A las ocho en punto habían terminado de cenar y Mamá se dispuso a retirar los platos de la mesa.

–Y mañana, de postre, tendremos pastel de sebo... –dijo Mamá.

Sonó el timbre de la puerta, y, al estrecharle la mano, Joe Tiller casi arrancó a Ed Leiber de sus zapatos.

–Eh, tranquilo, Joe –dijo Ed, frotándose la muñeca.

–Ed. Ya conoces a mi mujer –dijo, sentándolo ante una copa de jerez–. Ésta es Mamá Perkins.

Ed rió.

–¿Cómo está usted? ¡Llevo años escuchando su programa de radio!

–Vamos, Ed, esto no es para tomárselo a risa –dijo Joe.

–No quería mostrarme jocosos, señora Perkins –dijo Ed–. Es que su nombre es tan parecido al de ese personaje de ficción...

–Ed –dijo Joe–. Ésta es Mamá Perkins.

–En efecto –asintió Mamá con una sonrisa encantadora, desgranando guisantes.

–Me tomáis el pelo –dijo Ed, mirando a su alrededor.

–No –respondió Mamá.

–Ha venido para quedarse y no hay modo de que se vaya, Ed. Tú eres psicólogo, así que dime: ¿qué hago? Quiero que hables con Annie. Todo esto es fruto de su mente.

Ed carraspeó.

–Esto ha ido demasiado lejos. –Se acercó para tocar la mano de Mamá Perkins–. Es real, no es una alucinación. –Tocó a Annie–. También Annie es real. –Tocó a Joe–. Tú eres real. Todos lo somos. ¿Cómo te va todo en el trabajo, Joe?

–No cambies de tema, que esto es serio. Se ha instalado aquí y quiero que se marche...

–Bueno, supongo que eso debe decidirlo la Oficina de Asuntos Públicos, o la del sheriff, en lugar de un psicólogo...

–Ed, escúchame, Ed, sé que parece una locura, pero es que ella es la auténtica Mamá Perkins.

–Échame el aliento, anda, Joe.

–Yo quiero que viva aquí conmigo –intervino Annie–. Me paso los días sola. Estoy en casa, hago las labores del hogar y necesito compañía. No dejaré que se la lleven. ¡Es mía!

Ed se dio un golpe en la rodilla al tiempo que soltaba un bufido.

–Ahora lo entiendo, Joe. Por lo visto quieres un abogado especialista en divorcios, en lugar de un psicólogo.

Joe lanzó un juramento.

–No puedo largarme y abandonarla en las garras de esta vieja bruja, ¿es que no lo entiendes? La quiero muchísimo. ¡Quién sabe lo que sería de ella si la dejo aquí todo un año sin comunicarse con el mundo exterior!

–Baja el tono, Joe, que estás gritando. Bueno, vamos a ver. –El psicólogo volcó su atención en la anciana–. Qué tenemos aquí. ¿Usted es Mamá Perkins?

–La misma. La de la radio.

El psicólogo se arrugó un poco. Había algo directo, honesto, en la forma en que había respondido. Volvió la cabeza para localizar la puerta, las manos crispadas a la altura de las rodillas.

–He venido aquí porque Annie me necesita –dijo Mamá–. Conozco a esta niña mejor, y ella me conoce mejor, de lo que su propio marido la conoce a ella.

–Ajá –dijo el psicólogo–. Un momento. Acompáñame, Joe. –Salieron al vestíbulo–. Mira, Joe, odio decir esto, pero creo que ninguna está en sus cabales –susurró–. ¿Quién es? ¿Tu suegra?

–Ya te lo he dicho, es Mamá...

–Basta ya, maldita sea, que soy amigo tuyo, Joe. Ya no estamos con ellas. Pase

que les sigas la corriente, pero no hace falta que te esfuerces conmigo –dijo, molesto.

Joe suspiró.

–De acuerdo, lo que tú digas. Pero crees que estoy metido en un lío, ¿verdad?

–Sí. ¿Qué sucede? ¿Es que han pasado demasiado tiempo escuchando la radio? Eso explicaría que las dos tengan la misma idea al mismo tiempo.

Joe iba a explicarse con todo lujo de detalles cuando decidió tirar la toalla. Ed podría llegar a pensar que también él se había vuelto loco.

–¿Me ayudarás? ¿Qué podemos hacer?

–Eso déjalo de mi cuenta. Abordaré con ellas el asunto con lógica. Vamos.

Entraron de nuevo y llenaron las copas de jerez. Una vez se hubieron acomodado, Ed miró a ambas mujeres y dijo:

–Annie, esta señora no es Mamá Perkins.

–Uy, sí, claro que sí –dijo Annie, enfadada.

–No, porque si lo fuera no sería capaz de verla, sólo tú podrías hacerlo. ¿Lo entiendes?

–No.

–Si fuese Mamá Perkins, podría hacerla desaparecer convenciéndote de lo ilógico que es pensar que ella es una persona de verdad. Te diría que no es más que un personaje radiofónico inventado por alguien que...

–Jovencito –lo interrumpió Mamá–. La vida es la vida. Una forma de vida es tan válida como cualquier otra. Nací, tal vez, en la cabeza de alguien, pero nací y aquí me tienen, viva y coleando, y cada año que pasa me vuelvo más y más real. Tú, usted y usted también, cada vez que escuchan mi programa hacen que me vuelva más real. Si falleciese mañana, todo el mundo en este país lamentaría mi muerte, ¿o no?

–Bueno...

–¿O no? –insistió ella.

–Sí, pero sólo por la idea, no por algo real.

–Por algo que ellos creen que es real. Y pensar es ser, jovenzuelo –dijo Mamá.

–Esto no sirve de nada –se lamentó Ed, volviéndose de nuevo hacia la esposa de Joe–. Mira, Annie, ésta es tu suegra. En realidad no se llama Mamá Perkins. Es tu suegra. –Pronunció lentamente las sílabas de la última frase.

–Eso sería estupendo –admitió Annie–. Me encantaría.

–Yo tampoco pondría objeciones al respecto –dijo Mamá–. Peores cosas me han pasado en la vida.

–Entonces, ¿estamos todos de acuerdo? –preguntó Ed, sorprendido ante lo repentino de su éxito–. ¿Es tu suegra, Annie?

–Sí.

–Y usted no es Mamá Perkins, ¿verdad, señora?

–¿Es un plan, un juego, un secreto? –preguntó Annie, mirando a Mamá.

Mamá sonrió.

–Si quieres expresarlo de ese modo, sí.

–Pero, vamos a ver una cosa... –objetó Joe.

–Cierra la boca, Joe, o lo echarás todo a perder. –Y volviéndose hacia ellas, añadió–: Muy bien, repitámoslo: Ella es tu suegra, se llama Mamá Tiller.

–Mamá Tiller –repitieron ambas.

–Quiero hablar contigo un momento –dijo Joe, empujando a Ed fuera de la habitación hasta que lo arrinconó contra la pared. Una vez allí, le amenazó con el puño en alto–. ¡Serás idiota! No quiere que esa mujer se quede, quiero librarme de ella. Ahora, por tu culpa, Annie está incluso peor. ¡Le has hecho creer en esa vieja bruja!

–Serás chiflado, ¿peor, dices? Pero si la he curado. A las dos. ¡Vaya forma de darme las gracias! –Ed forcejeó para liberarse–. Mañana por la mañana te enviaré la minuta. –Recorrió el vestíbulo en dirección a la puerta.

Joe titubeó un momento antes de entrar de nuevo en la sala. «Ay, Dios mío, ayúdame», pensó.

–Hola –dijo Mamá, que levantó la vista del frasco de pepinillos.



A medianoche, y de nuevo a la hora del desayuno, encontró vacío el salón. Joe entornó los ojos y esbozó una sonrisa malévola. Miró la radio y acarició la parte superior con pulso tembloroso.

–¡Ni se te ocurra acercarte! –le advirtió su mujer.

–Hmm. Es aquí donde se esconde de noche, ¿eh? –dijo–. Es su ataúd, aquí es donde ese maldito vejestorio de vampira duerme hasta la mañana siguiente, que es cuando su patrocinador la deja salir.

–Apártate –insistió ella, histérica.

–Bueno, bastará con esto para hacer que se calle. –Levantó la radio sobre su cabeza–. ¿Cómo se mata a una bruja de su especie? ¿Con una bala de plata en el corazón? ¿Con un crucifijo? ¿Con acónito? ¿O haces la señal de la cruz subido a un pedestal? ¿Eh? ¿Es eso?

–¡Dámela! –Su mujer se abalanzó sobre él para recuperar la radio. Ambos forcejearon en una lucha titánica por aquel ataúd eléctrico.

–¡Cuidado! –gritó él.

Arrojó la radio al suelo. Dio saltos sobre el aparato, aplastándolo. Luego descargó varias patadas sobre los restos. Levantó los tubos y arrancó los filamentos de plata. Luego embutió las entrañas rotas en el cubo de la basura, mientras su mujer iba de un lado a otro hecha un manojo de nervios, sollozando, gritando.

–Ha muerto –dijo–. ¡Está muerta, maldita sea! Le he dado su merecido.

Su mujer se durmió entre llantos. Intentó tranquilizarla, pero su nerviosismo era tal que ni siquiera pudo tocarla. En su vida, la muerte era un acontecimiento terrible.

A la mañana siguiente no dijo una palabra. Joe desayunó en la frialdad de la casa dividida, confiando que la situación mejorase esa tarde.

Llegó tarde al trabajo. Anduvo entre las hileras que formaban los escritorios de las mecanógrafas, desfiló por el largo vestíbulo y abrió la puerta de la oficina de su secretaria.

La encontró de pie, inclinada sobre el escritorio, pálida y con las manos en los labios.

–Ay, señor Tiller, me alegro tanto de que haya venido –dijo–. Ahí. –Señaló la puerta del despacho–. ¡Esa vieja y horrible meticona! Acaba de entrar y... Y... –Se apresuró hacia la puerta, que abrió de par en par–. ¡Será mejor que la vea!

Se le hizo un nudo en el estómago. Recorrió el espacio que lo separaba de su despacho y cerró la puerta. A continuación se dispuso a encararse a la anciana que había encontrado allí sentada.

–¿Cómo ha llegado usted aquí? –preguntó.

–Vaya, buenos días tenga usted también. –Mamá Perkins rió, pelando patatas sentada en su silla giratoria, con los zapatos negros, relucientes a la luz del sol–. Pase, pase. He decidido que su negocio anda necesitado de cierta reorganización. Así que acabo de empezar. Ahora somos socios. Tengo mucha experiencia en estos asuntos. He salvado muchos negocios que estaban al borde de la quiebra, muchas relaciones sentimentales fallidas, muchas vidas. Usted es justo lo que necesito.

–Salga de aquí –dijo sin más, prietos los labios.

–Vamos, vamos, joven, levante ese ánimo. Solucionaremos lo de su negocio en un abrir y cerrar de ojos. Usted permita a esta anciana filosofar un poco y decirle...

–Ya me ha oído –la interrumpió, bronco–. ¿No basta con los problemas que me ha dado en casa?

–¿Quién? ¿Yo? –Negó con la cabeza–. Por el amor de Dios, si nunca he estado en su casa.

–¡Mentirosa! ¡Ha intentado romper la paz de mi hogar!

–Si apenas llevo seis meses en esta oficina –protestó ella.

–Es la primera vez que la veo.

–Ah, pues he estado aquí, observándole. He comprobado lo mal que va este negocio, y pensé que podía darle algún que otro consejo.

Entonces comprendió lo que pasaba. Había dos Mamás. Una allí y otra en su casa. ¿Dos? No, un millón. Una distinta en cada hogar. Ninguna de ellas era consciente de las vidas de las demás. Todas eran diferentes, moldeadas por las mentes individuales de quienes escuchaban y vivían en sus hogares remotos.

–Comprendo –dijo–. Así que va a hacerse con todo, incluso va a instalarse en mi casa, ¿no es así, vieja bruja?

–Eh, eh, ese lenguaje. –Rió mientras preparaba un pastel en el secante de escritorio, enrollando la masa amarilla con dedos regordetes.

–¿Quién es? –preguntó él.

–¿Cómo?

–¿Quién es? ¿Quién es el traidor de la oficina? –gritó–. ¿El que escucha su

programa a escondidas, en horas de trabajo?

–Usted no pregunte si no quiere que le mientan –dijo, espolvoreando canela del tintero en la capa superior de la masa.

–¡Un momento! –Abrió la puerta y pasó junto a su secretario hasta llegar a la sala–. ¡Atención! –Agitó los brazos. Dejaron de escribir. Las diez mecanógrafas y secretarias levantaron la vista de sus brillantes máquinas de escribir negras–. Presten atención –dijo–. ¿Hay alguna radio en la oficina?

Silencio.

–Ya me han oído. –Acompañó el tono de exigencia con una mirada encendida–. ¿Dónde está la radio?

Un silencio expectante.

–Premiaré con un extra y garantizaré el puesto de trabajo a quienquiera que me diga dónde está la radio –anunció.

Una de las menudas mecanógrafas rubias levantó la mano.

–En el lavabo de señoras –gimoteó–. Cuando vamos ahí a fumar la ponemos bajita.

–¡Qué Dios la bendiga!

Ya en el vestíbulo, llamó a la puerta del lavabo.

–¿Hay alguien ahí? –Silencio. Abrió la puerta. Entró.

La radio se encontraba en el alféizar de la ventana. La alcanzó y dio un tirón para arrancarla del enchufe. Tuvo la sensación de revolver los intestinos de un animal horrible. Abrió la ventana y la arrojó al vacío. Se oyó un grito. La radio explotó en el tejado de abajo.

Cerró la ventana con fuerza y volvió a su despacho.

Que encontró vacío.

Una vez dentro, tomó el tintero y lo sacudió hasta verter...

Tinta.



De camino a casa en el coche, pensó en lo que había dicho a sus trabajadores. Jamás volvería a entrar una radio allí, les había dicho. Quienquiera que fuese responsable de la entrada en la oficina de otra radio acabaría despedida sin más. Despedida. ¿Se había explicado con claridad?

Subió el tramo de escalera y se detuvo.

Había una fiesta en su apartamento. Oyó reír a su mujer, el tintineo de las copas, la música, las voces.

–¿Mamá? ¿Es usted esa Mamá?

–Pepper, ¿dónde estás?

–¡Estoy aquí, papá!

–Fluffly, ¡juguemos a la botella!

–Henry, Henry Aldrich, deja esa ensaladera antes que la rompas.

–¡John, oh, John, John!
–Helen, qué buen aspecto tienes...
–Y dije al doctor Trent...
–Quiero que conozcas al doctor Christian y...
–Sam, Sam Spade, éste es Philip Marlowe...
–Hola, Marlowe.
–¡Hola, Spade!
Estallido de risas. Jolgorio. Tintineo de copas.
Voces.

Joe se recostó en la pared. Las gotas de sudor le resbalaban por el rostro. Se llevó las manos a la garganta y quiso gritar. Esas voces. Familiares. Familiares. Todas ellas familiares. ¿Dónde las había oído antes? ¿Amigos de Annie? Pero si no tenía amigos. Ninguno. No recordaba ninguna de las voces de sus pocas amistades. ¿Y esos nombres, esos nombres que le resultaban tan familiares...?

Tragó con dificultad. Acercó la mano a la puerta.
Clic.

Las voces desaparecieron. La música se interrumpió. Cesó el tintineo de copas. Fue como si un ventarrón arrastrase las risas consigo.

Cuando franqueó el marco de la puerta, fue como entrar en una sala después de que la hubiese barrido un huracán. flotaba en la atmósfera una sensación de pérdida, de vacío, una ausencia, un vasto silencio. Las paredes se lamentaban.

Annie estaba sentada, mirándole.

–¿Adónde han ido? –preguntó.
–¿Quiénes? –Intentaba mostrarse sorprendida.
–Tus amigos.
–¿Qué amigos? –Enarcó ambas cejas.
–Ya sabes a qué me refiero.
–No.

–¿Qué has hecho? ¿Has comprado una radio nueva?

–¿Y qué si lo he hecho?

Joe dio un paso al frente, haciendo aspavientos.

–¿Dónde está?

–No pienso decírtelo.

–La encontraré.

–Pues compraré otra y otra –prometió ella.

–Annie, Annie –dijo, deteniéndose–. ¿Cuánto tiempo vas a seguir comportándote como una loca? ¿No ves lo que está pasando?

Recorrió la pared con la vista.

–Lo único que sé es que has sido un mal marido, que me has ignorado, que me has abandonado. Tú te vas, y cuando estás fuera tengo a mis amigos, y mis amigos y yo tenemos nuestras fiestas, y los veo vivir y morir y hacer cosas, y tomamos una

copa y tenemos líos, ¡ah, sí, no te lo creerías, tenemos relaciones, mi querido Joseph! ¡Y tomamos martinis y daiquiris y manhattans, mi buen Joseph! Y nos sentamos para charlar y hacer punto, o cocinamos o incluso viajamos a Bermudas o a cualquier otro lado, Río, la Martinica, París... Y ahora, esta noche, disfrutábamos de lo lindo de una fiesta hasta que has llegado para ahuyentarnos.

–¡Ahuyentarnos! –gritó con los ojos abiertos como platos.

–Sí –susurró ella–. Es casi como si tú no fueras real, como si fueses el fantasma de otro mundo que acude siempre dispuesto a aguaros la fiesta. Joseph, ¿por qué no te largas?

–Estás loca –dijo él, lentamente–. Qué Dios te proteja, Annie, pero estás loca.

–Lo esté o no he tomado una decisión –dijo ella, finalmente–. Esta noche te dejo. ¡Me voy a vivir con mi madre!

Joe rió, cansado.

–No tienes madre. Falleció.

–De todos modos me voy a vivir a casa, a casa de mi madre –insistió.

–¿Dónde está esa radio?

–No. No sería capaz de volver a casa si me la quitaras. No puedo dártela.

–¡Maldita sea!

Alguien llamó a la puerta.

Se acercó dispuesto a abrirla. Era el casero.

–Tendrían que dejar de gritar –dijo–. Los vecinos se han quejado.

–Lo siento –dijo Joe, que dio un paso fuera y entornó la puerta–. Procuraremos hablar más bajo.

Entonces oyó ruido de pasos a la carrera. Antes de que pudiera volverse, la puerta se cerró de un portazo y alguien giró la llave al otro lado. Oyó que Annie lanzaba un grito triunfal, y Joe golpeó la puerta.

–¡Annie, déjame entrar, insensata!

–Vamos, vamos, tómeselo con calma, señor Tiller –le advirtió el casero.

–La muy idiota... Tengo que entrar.

Oyó voces de nuevo, las graves y las aflautadas, el aullido del viento y la música de baile y el tintineo de las copas. Una voz que dijo:

–Dejadlo entrar, que haga lo que quiera. Le cambiaremos. Así no podrá volver a hacernos daño.

Dio una patada a la puerta.

–Deje de hacer eso –dijo el casero–. Llamaré a la policía.

–¡Pues hágalo!

El casero se marchó en busca del teléfono.

Joe echó la puerta abajo.

Annie estaba sentada en un extremo de la sala. La habitación estaba a oscuras, iluminada tan sólo por la luz que despedía una pequeña radio de diez dólares. Había un montón de gente allí, aunque tal vez no fuesen más que sombras. Y en mitad de la

sala, sentada a una mecedora, vio a la anciana.

–Mira quién está aquí –dijo, encantada.

Él se acercó para rodearle el cuello con las manos.

Mamá Perkins intentó librarse, gritó, forcejeó, pero no pudo.

Joe la estranguló.

Cuando hubo terminado con ella, dejó caer su cadáver al suelo, y el cuchillo y los guisantes se desparramaron por doquier. Estaba fría. Su corazón se había parado. Estaba muerta.

–Eso era precisamente lo que queríamos que hicieras –dijo Annie con un tono carente de inflexión, sentada a oscuras.

–Encended la luz –dijo él, sin aliento. Reculó con torpeza por la sala. ¿De qué se trataba? ¿Era una intriga? ¿Planeaban entrar en otras casas, alrededor del mundo? ¿Había muerto Mamá Perkins, o sólo lo había hecho allí? ¿Estaba viva en otros lugares?

La policía acudió al domicilio, seguida por el casero. Los agentes iban armados.

–¡Muy bien, amigo, arriba las manos!

Se inclinaron sobre el cuerpo sin vida que yacía en el suelo. Annie sonreía.

–Yo lo he visto todo –dijo–. Él la ha asesinado.

–Ya vemos que está muerta –dijo uno de los policías.

–No es real, no es real –sollozaba Joe–. Ella no es real, tienen que creerme.

–Pues a mí me parece muy real –dijo el policía–. Tiesa como la mojama.

Annie sonrió.

–Pero, escúcheme, no es real. ¡Es Mamá Perkins!

–Sí, claro, y yo soy tía Charlie. ¡Venga, vamos!

De pronto comprendió con horrible claridad cómo serían las cosas a partir de ese momento. Después de esa noche, con él entre rejas, ella de vuelta en su casa, con la radio, a solas en su cuarto durante los siguientes treinta años. Y toda la gente solitaria, y la demás gente, las parejas y grupos de personas de todo el país en los próximos treinta años, escuchando y escuchando. Y las luces transformándose en niebla, y la niebla en sombras, y las sombras en voces, y las voces en formas, y las formas en realidades, hasta que, por fin, tanto aquí como en todo el país habría habitaciones con personas, algunas reales, otras no, unas controladas por irrealidades, hasta que todo fuese una pesadilla, irreconocibles unas personas de otras. Diez millones de habitaciones con diez millones de ancianas llamadas Mamá Perkins que pelarían patatas, riendo, filosofando. Diez millones de estancias en las que algún joven llamado Aldrich jugaría con canicas en el suelo. Diez millones de habitaciones inundadas por el fragor de los disparos y el paso de las ambulancias. Dios, Dios, qué enorme y envolvente intriga. El mundo estaba perdido, y él lo había perdido por ellos. Lo había hecho antes de empezar. ¿Cuántos maridos más iniciarían esa misma lucha aquella noche, condenados a perder, igual que él, porque una diabólica y electrónica cajita negra había distorsionado las reglas de la lógica?

Oyó el chasquido de las esposas que acababa de ponerle el policía.

Annie sonreía. Y Annie seguiría allí, noche tras noche, con sus fiestas desenfundadas y su risa y sus viajes, mientras él estuviese lejos.

–¡Escúchenme! –gritó.

–¡Usted está loco! –dijo el policía, arreándole un golpe.

De camino al vestíbulo se oyó una radio.

A la cálida luz de la estancia, cuando atravesaron la puerta, Joe echó un rápido vistazo, apenas fue un instante. Allí, junto a la radio, meciéndose, había una anciana, desgranando unos guisantes.

Oyó un portazo lejano mientras se dejaba llevar.

Contempló a la espantosa anciana, ¿o era un anciano?, que ocupaba la silla en mitad del salón limpio, reluciente y cálido. ¿Qué estaba haciendo? ¿Calceta, depilándose, pelando patatas? ¿Desgranando guisantes? ¿Tenía sesenta, ochenta, cien o diez millones de años?

Reparó en que apretaba con fuerza la mandíbula y notó la lengua fría, distante, en su boca.

–Entre –dijo la anciana-anciano–. Annie está preparando la comida en la cocina.

–¿Quién es usted? –preguntó con corazón tembloroso.

–Ya me conoce –dijo la persona, que acompañó sus palabras con una risa aguda–. Soy Mamá Perkins. Ya sabe, ya sabe, ya sabe.

En la cocina, mantuvo la espalda pegada a la pared, y su esposa se volvió hacia él con un rallador de queso en la mano.

–¡Cariño!

–¿Quién...? ¿Quién? –Se sintió ebrio, la lengua de trapo–. ¿Quién esa persona que está en el salón? ¿Cómo ha entrado aquí?

–Pero si es Mamá Perkins, ya la conoces, la de la radio –respondió su mujer como si fuese lo más normal del mundo. Le dio un beso suave en los labios–. ¿Tienes frío? Estás temblando.

Sólo tuvo tiempo de ver cómo esbozaba una sonrisa antes de que se lo llevaran a rastras.

DOBLES

Bernard Trimble jugaba a tenis con su mujer. Cuando ganaba era infeliz, y cuando ella ganaba se lo llevaban los demonios y su infelicidad rayaba la locura, por expresarlo suavemente.



Un verano, en un camino rural de la verde Santa Bárbara, Bernard Trimble conducía con una hermosa dama compatible a quien había conocido recientemente, sentada a su lado, con el cabello ondeando al viento y la bufanda gualdrapeando a su aire, y una expresión de cansancio filosófico en el rostro debida a recientes ejercicios placenteros, cuando un deportivo descapotable pasó por su lado en sentido opuesto, con una mujer al volante y un joven sentado a su lado.

–¡Dios mío! –exclamó Timble ante la velocidad que llevaba el otro vehículo.

–¿Por qué acabas de gritar «Dios mío»? –quiso saber la tentadora preciosidad sentada junto a él.

–Acabamos de cruzarnos con mi mujer, que tenía la expresión más terrible que le he visto jamás.

–¿Qué clase de expresión?

–Como la tuya ahora –dijo Timble.

Y aceleró camino rural arriba.



Esa noche, durante una cena temprana en el club de tenis, con el sonido de las pelotas volando de un lado a otro como suaves palomas, Trimble se sentó entre dos velas encendidas, tragando con avidez el contenido de una botella de vino. Gruñó al ver llegar por fin a su mujer, que se había dado una larga ducha y que se sentó ante él cubierta por una mantilla de ganchillo española y el aliento fosforescente, como el de un bosque crepuscular, que exhalaban sus labios.

Se inclinó hacia delante para examinar su barbilla, las mejillas, los ojos.

–No, no está ahí.

–¿Qué no está? –preguntó ella.

«La expresión –pensó–, de quien recuerda un esfuerzo placentero».

Ella a su vez se inclinó también, mirándole a los ojos.

Él recostó la espalda y, por fin, reunió el coraje necesario para decir:

–Esta tarde ha sucedido algo muy raro.

Su esposa tomó un sorbo de vino y respondió:

–Qué curioso, iba a decirte lo mismo.

–Tú primero.

–No, adelante. Dime qué es eso tan raro.

–Bueno –dijo–. Conducía por un camino rural a las afueras de la ciudad, cuando me crucé con un coche que circulaba en sentido contrario. Lo conducía una mujer que se parecía mucho a ti. En el asiento, a su lado, con un traje blanco de elegancia algo extravagante y el pelo al viento, con aspecto de estar muy, muy cansado, tanto como complacido, iba el millonario magnate jugador de tenis Charles William Bishop. En un abrir y cerrar de ojos el coche pasó de largo. Después de todo íbamos a sesenta kilómetros por hora.

–Ciento veinte –corrigió su mujer–. Dos vehículos que se cruzan en direcciones opuestas a sesenta kilómetros hora suman ciento veinte.

–Ah, claro. Bueno, qué me dices. ¿No te parece raro?

–Por supuesto –admitió su esposa–. Ahora deja que te cuente eso que me parecía tan curioso. Iba en coche esta tarde por un camino rural, cuando me crucé con un coche a unos ciento veinte kilómetros hora entre ambos, y me pareció ver a un hombre que se parecía mucho a ti. A su lado, en el asiento, iba la hermosa heredera española Carlota de Vega Montenegro. Todo sucedió en un abrir y cerrar de ojos, me quedé un poco alelada y seguí conduciendo. Dos sucesos peculiares, ¿no te parece?

–Toma un poco más de vino –dijo él en voz baja. Le sirvió un poco más de la cuenta y permanecieron sentados largo rato, sin perder detalle el uno del otro, tomando vino.

Escucharon el sonido suave de las pelotas de tenis que volaban como palomas al atravesar el firmamento al anochecer. Daba la impresión de que había mucha gente en las pistas, pasándolo en grande.

Carraspeó, tomó el cuchillo y empezó a trazar un dibujo con el filo en el mantel.

–Creo que éste es el modo en que vamos a solucionar nuestros dos curiosos problemas –dijo.

Trazó un largo rectángulo con el cuchillo, dibujando en él una metafórica pista de tenis entre ambos.



Trimble y su mujer miraron a través de la red a Charles William Bishop y Carlota de Vega Montenegro que se alejaban andando, sacudiendo la cabeza, hundidos de hombros al sol de mediodía.

Su esposa levantó una toalla para tocarle la mejilla, y él hizo lo propio con la mejilla de ella.

–¡Bien hecho! –exclamó él.

–¡En plena diana! –aplaudió ella.

Y se miraron a la cara, en busca de aquella expresión de satisfactorio cansancio debido a un placentero esfuerzo reciente.

PATER CANINUS

El joven padre Kelly se abrió paso hasta el despacho del padre Gilman, donde hizo un alto, se dio la vuelta como quien se plantea marcharse, y finalmente se volvió.

El padre Gilman levantó la vista de unos documentos y dijo:

–¿En qué puedo ayudarle, padre Kelly?

–No estoy muy seguro –respondió el padre Kelly.

–Bueno, ¿viene o va? Por favor, pase, pase y siéntese –dijo el padre Gilman.

El padre Kelly dio dos pasos medidos y finalmente se sentó, antes de mirar al anciano.

–¿Y bien?

–Verá, todo esto es muy absurdo y extraño, y es posible que ni siquiera deba comentárselo –explicó el padre Kelly, que llegado a este punto calló.

El padre Gilman dejó pasar unos instantes.

–Tiene que ver con ese perro, padre.

–¿Qué perro?

–Ya sabe, el del hospital. Cada martes y jueves vemos a ese perro del pañuelo rojo en la cabeza que acompaña en sus rondas al padre Riordan, patrullando las dos primeras plantas, arriba y abajo, dentro y fuera. Ese perro es el ojito derecho de esos pacientes. Los hace felices.

–Ah, sí, ya sé a qué perro se refiere –dijo el padre Gilman–. Qué suerte tener animales como ese en el hospital. Pero ¿qué le preocupa respecto a ese perro en particular?

–¿Tiene unos minutos para venir a verlo? Porque ahora mismo está haciendo algo muy, muy peculiar –propuso el padre Kelly.

–¿Peculiar? ¿A qué se refiere?

–Padre, ese perro ha vuelto al hospital en dos ocasiones esta semana, por su propia cuenta, y ahora está otra vez aquí.

–¿No lo acompaña el padre Riordan?

–No, padre. A eso iba. El perro está haciendo las rondas, él solito, sin que el padre Riordan lo guíe.

El padre Gilman rió.

–¿Es eso todo? Está claro que hablamos de un perro muy listo. Como el caballo que tiraba del carro de la leche cuando yo era pequeño, sabía exactamente ante qué casas debía detenerse y esperar, sin que el lechero pronunciase una palabra.

–No, no. Trama algo. Pero no estoy seguro de qué se trata, por eso quiero que me acompañe a verlo.

El padre Gilman se levantó, exhalando un suspiro, y dijo:

–De acuerdo, vamos a ver a este animal tan peculiar.

–Por aquí, padre –dijo el padre Kelly, que lo llevó al pasillo y, de allí, a la escalera que conducía a la segunda planta–. Creo que debe de estar por aquí. Ah, sí. Ahí está.

En ese momento, el perro del pañuelo rojo salió al trote de la habitación 17 y pasó a la número 18 sin siquiera mirarlos.

Permanecieron ante la puerta, atentos al perro que se sentaba junto a la cama como dispuesto a esperar.

El paciente que yacía en la cama empezó a hablar, y mientras el padre Gilman y el padre Kelly escuchaban, le oyeron susurrar mientras el perro seguía sentado, paciente.

Finalmente, cesaron los susurros y el perro extendió una pata, tocó la cama, esperó unos instantes y, luego, salió trotando hacia la siguiente habitación.

El padre Kelly se volvió hacia el padre Gilman.

–¿Qué le parece eso? ¿Qué estaría haciendo?

–Dios mío –dijo el padre Gilman–. Creo que el perro...

–¿Qué, padre?

–Creo que el perro lo estaba confesando.

–Eso no puede ser.

–En efecto. No puede ser, pero es.

Ambos sacerdotes permanecieron expectantes en la penumbra, atentos a la voz de otro paciente que hablaba en susurros. Se acercaron a la puerta y echaron un vistazo al interior de la habitación. El perro estaba sentado, inmóvil, mientras el penitente aliviaba el peso de su alma.

Finalmente vieron que el perro extendía la pata para tocar la cama, se daba la vuelta y salía al trote de la habitación sin dar muestras de reparar en la presencia de los sacerdotes.

Estos no permitieron que se alejase mucho antes de seguirlo.

En la siguiente habitación, el perro fue a sentarse junto a la cama. Al cabo de un momento, el paciente vio al can, le sonrió y dijo con voz débil:

–Ay, bendíceme.

Una vez sentado el perro, el paciente empezó a susurrar.

Siguieron al can por el pasillo, de habitación en habitación.

Por el camino, el joven sacerdote miró al veterano y reparó en que el rostro del padre Gilman empezaba a fruncirse y enrojecer, hasta que las venas se perfilaron perfectamente en la frente.

Al cabo, el perro terminó las rondas y echó a andar hacia la escalera.

Los sacerdotes lo siguieron.

Cuando llegaron a la puerta del hospital, el perro se disponía a salir al atardecer; no había nadie allí esperándolo.

En ese momento, el padre Gilman perdió la paciencia y exclamó:

–¡Eh! ¡Eh, tú, perro! Ni se te ocurra volver por aquí, ¿me oyes? Si vuelvo a verte

pediré a Dios que te parta un rayo. ¿Me has oído, perro? ¡Vamos, vete ya, fuera!

El perro, espantado, giró sobre sí y se alejó.

El sacerdote veterano permaneció inmóvil, jadeando, con los ojos cerrados y el rostro carmesí.

El joven padre Kelly se quedó mirando la negrura.

–Padre, pero ¿qué ha hecho? –preguntó finalmente.

–¡Maldición! –exclamó–. ¡Ese terrible, horrible, animal pecador!

–¿Horrible, padre? –preguntó el padre Kelly–. ¿No ha oído lo que se decía?

–Claro que lo he oído –dijo el padre Gilman–. ¡Arrogándose del perdón, de ofrecer penitencia, de atender los ruegos de esos desdichados pacientes!

–Pero padre –protestó el padre Kelly–. ¿No es eso lo que nosotros hacemos?

–Pero es que es cosa nuestra. Nuestra y sólo nuestra.

–¿Es eso cierto, padre? ¿No son los demás como nosotros? –preguntó el padre Kelly–. Por ejemplo, en un buen matrimonio, cuando las parejas hablan en la cama en plena noche, ¿no es eso una especie de confesión? ¿No es así cómo se perdonan y siguen adelante? ¿No se parece eso a lo que nosotros hacemos?

–¡Hablar en la cama! –exclamó el padre Gilman–. ¡Hablar en la cama, los perros y los animales pecaminosos!

–Padre, ¡quizá no vuelva!

–Pues qué le vaya bien. ¡No pienso tolerar la presencia de ese perro en mi hospital!

–Dios mío, señor, ¿pero es que no lo ha visto? Es un golden retriever, pariente del perro labrador. ¡Labrador! Qué nombre. Después de una hora de escuchar a sus penitentes, de preguntar y perdonar, ¿no le gustaría oírme llamarlo de ese modo?

–¿Labrador?

–Sí. Piénselo, padre –dijo el joven sacerdote–. Vamos, acompáñeme. Volvamos a ver si ese animal, como usted lo llama, ha obrado algún mal.

El padre Kelly regresó al interior del hospital. Al cabo de unos instantes, lo siguió el veterano sacerdote. Anduvieron por el pasillo y asomaron al interior de las habitaciones para echar un vistazo a los pacientes que yacían en sus camas. Un sonido peculiar flotaba en el ambiente.

En una de las habitaciones reinaba una paz absoluta.

En otra oyeron susurros. Al padre Gilman le pareció escuchar el nombre de María, aunque no pudo estar seguro.

Siguieron yendo de habitación en habitación en aquella noche especial, y a cada paso que daba el veterano sacerdote sintió que se desprendía de su propia piel: la de la ignorancia, una capa de desprecio y también la subdermis del abandono, de tal modo que al llegar a su despacho tuvo la sensación de haber mudado una piel invisible.

El padre Kelly le deseó buenas noches y se retiró.

Sentado, el padre Gilman se cubrió los ojos, los codos apoyados en la superficie

del escritorio.

Tras unos instantes de silencio, oyó un ruido y levantó la vista.

En el umbral vio al perro, aguardando; había vuelto solo al hospital. Apenas se le oía respirar, no lloriqueaba ni ladraba o suspiraba. Se acercó al sacerdote sin hacer ruido, y se subió a la silla que había al otro lado del escritorio.

El sacerdote miró al perro a la cara, y el perro le devolvió la mirada.

–Bendíceme... ¿Cómo llamarte? No se me ocurre nada. Pero bendíceme, por favor, porque he pecado.

El sacerdote mencionó a continuación su arrogancia, el pecado de orgullo y el resto de los pecados que había cometido ese día.

Y sentado al otro lado del escritorio, el perro escuchó sus palabras.

LLEGADA Y SALIDA

No hubo día en toda la eternidad que arrancase con tan noble corazón o espíritu más vivaz. No hubo mañana tan verde como aquella, con su descubrimiento de la primavera en todos y cada uno de los aspectos y de los alientos posibles. Volaban los pájaros, ebrios, y los topos y todas las cosas agujereaban la tierra y la piedra, y seguían adelante, olvidando que se podía renunciar a la vida. El cielo era propio del Pacífico, del Caribe, del Índico, y colgaba como un oleaje sobre una ciudad que ahora exhalaba el polvo invernal a través de millares de ventanas. Golpeaban las puertas. Como un oleaje que se abatiera sobre la ciudad que ahora exhalaba el polvo invernal a través de millares de ventanas. Las puertas cerraban con fuerza. Como una oleada que cerraba sobre la playa, ola tras ola de cortinas blanqueadas que rompían sobre las cuerdas de piano tras las casas.

Y por fin la armonía de aquella jornada en particular reunió a dos almas cual invernales miniaturas de un reloj suizo, hipnotizadas, en el porche. El señor y la señora Alexander, veinticuatro meses encerrados en su anticuado hogar, sintieron que las alas olvidadas hacía tiempo temblaban en sus omóplatos cuando el sol prendió en sus huesos.

–¡Huele eso!

La señora Alexander tomó un sorbo de aire y se volvió para culpar a la casa.

–¡Dos años! ¡Ciento sesenta y cinco botellas de melaza! ¡Cinco kilogramos de sulfuro! ¡Doce cajas de somníferos! ¡Cinco metros de franela para nuestros pechos! ¿Cuánta mostaza? ¡Atrás! –Empujó a la casa. Volvió la vista hacia el día primaveral con los brazos abiertos. El sol hizo que se le saltaran las lágrimas.

Esperaron porque aún no estaban preparados para distanciarse de los dos años de cuidarse mutuamente, enfermando una y otra vez, aceptando, pero sin disfrutarlo, la perspectiva de otra velada juntos después de otras seiscientas sin ver a otro ser humano.

–Aquí somos un de par de extraños. –El marido señaló con la cabeza las calles ensombrecidas.

Recordaban cómo habían dejado de responder a la puerta y habían mantenido las persianas bajadas, temerosos de sufrir un encuentro abrupto, de que entrase un rayo de sol capaz de convertirlos en fantasmas polvorientos.

Pero en ese instante, en ese día que era como una fuente espléndida, por fin recuperaron milagrosamente la salud, y los ancianos señor y señora Alexander bajaron los peldaños para adentrarse en la ciudad, como turistas salidos de las entrañas de la tierra.

Cuando alcanzaron la calle mayor, el señor Alexander dijo:

–No somos tan mayores; sólo nos sentimos mayores. Después de todo yo sólo

tengo setenta y dos y tú setenta. Iré a hacer un par de compras especiales, Elma. Nos vemos aquí en dos horas.

Se separaron, mutuamente libres por fin.



Ni a media manzana, al pasar junto a una sastrería, el señor Alexander vio a un maniquí en el escaparate y se quedó petrificado. ¡Ahí, ay, ahí! La luz del sol calentó sus mejillas sonrosadas, los labios de cereza, los ojos de laca azul, el pelo rubio. Estuvo parado ante el escaparate un minuto entero, hasta que una mujer viva apareció de pronto dispuesta a arreglarlo. Cuando ella levantó la vista, encontró allí al señor Alexander, sonriendo como un bobo. Ella le devolvió la sonrisa.

«¡Vaya día! –pensó–. Podría atravesar una puerta de un puñetazo. ¡Podría arrojar a un gato por encima del tejado del juzgado! ¡A un lado, anciano! ¡Un momento! ¿Eso era un espejo? Da igual. ¡Por Dios! ¡Qué vivo me siento!».

El señor Alexander se vio en el interior de la tienda.

–¡Quiero comprar algo! –anunció.

–¿Qué? –preguntó la preciosa vendedora.

Miró como un tonto a su alrededor.

–Pues un pañuelo mismo. Eso, un pañuelo.

Pestañeó al reparar en los numerosos pañuelos que ella le mostró, sonriéndole de tal modo que el corazón arrancó a correr y a cabecear y balancearse como un giroscopio, logrando que el mundo perdiese el equilibrio.

–Escoja el pañuelo que compraría usted para sí misma y me lo llevaré.

Ella escogió uno del color de sus ojos.

–¿Es para su mujer?

Le tendió un billete de cinco dólares.

–Póngase el pañuelo.

Ella obedeció. Intentó imaginar la cabeza de Elma asomando sobre la tela, pero fracasó.

–Quédese! –dijo–. Es suyo. –Salió por la puerta inundada de sol con una canción en las venas.

–¡Señor! –lo llamó la vendedora. Pero ya se había marchado.



Lo que más quería la señora Alexander eran unos zapatos, y tras despedirse de su marido entró en la primera zapatería que encontró. Antes, sin embargo, introdujo un penique en una máquina de perfumes y se roció el pecho de paloma con la vaporosa fragancia de una verbena. Seguidamente, con una nube a su alrededor como una bruma matinal, entró en la zapatería, donde un elegante joven con inocentes ojos castaños, cejas negras y arqueadas y un pelo brillante como charol le pellizcó los

tobillos, le acarició el empeine y los dedos, y cuidó de tal modo de sus pies que sus mejillas se cubrieron de un leve y cálido rubor.

–La señora tiene los pies más pequeños que he calzado este año. Extraordinariamente pequeños.

La señora Alexander era un enorme corazón allí sentada, latiendo tan fuerte que el vendedor tuvo que gritar para imponer la voz al ruido.

–¡Si la señora quiere hacer fuerza hacia abajo!

–¿Querría la señora probárselos en otro color?

Saludó con la mano izquierda al salir con tres pares de zapatos, dotando a sus dedos de lo que se antojaba una valoración positiva. Lanzó una risa peculiar cuando olvidó mencionar que no llevaba puesto el anillo de casada; la enfermedad le había hinchado tanto los dedos durante años que ahora el anillo yacía entre el polvo. En la calle se encontró de nuevo con la máquina de perfumes y pellizcó otra moneda de cobre.



El señor Alexander recorrió las calles de arriba abajo a paso muy, muy vivo, soltando una risilla cuando se encontraba con determinadas personas, haciendo por fin un alto, algo cansado, pero sin querer admitirlo, ante el estanco United Cigar. Allí, como si no se le hubieran evaporado en torno a siete mil mañanas, se hallaban los señores Bleak y Grey, Samuel Spaulding y el indio de madera, quienes se apresuraron a hacer presa del señor Alexander, a quien propinaron algunos golpecitos cómplices.

–Pero, John, ¡si has vuelto de entre los muertos!

–¿Te apuntas esta noche a la reunión?

–¡Claro!

–¿Vendrás mañana por la noche a la reunión de Tipos Raros?

–¡Allí estaré! –Las invitaciones llovían a su alrededor, llevadas por un cálido viento–. Viejos amigos, ¡cuánto os he echado de menos! –Quiso abrazar a todos, incluso al indio. Le encendieron el puro gratis y lo colmaron de espumeantes cervezas provenientes de más allá de las mesas de billar, con aquel verde intenso propio de una jungla.

–Dentro de una semana –anunció el señor Alexander–. En una semana abriré las puertas de mi casa. Mi mujer y yo queremos invitaros a todos, mis buenos amigos. ¡Barbacoa! ¡Bebidas y diversión!

Spaulding le apretó con fuerza la mano.

–¿Le molestará a su mujer lo de esta noche?

–No, a Elma no.

–Iré a recogerle a las ocho.

–¡Perfecto!

Y el señor Alexander se alejó como una bola de musgo español llevada por el viento.



Tras salir de la tienda, la señora Alexander fue descubierta en las calles de la ciudad por una marea de mujeres. Se convirtió en el centro de una venta de saldos, las mujeres apretujadas por parejas y tríos que no paraban de hablar entre risas, invitaciones y las consiguientes y veloces aceptaciones.

–Elma, esta noche. El Club Dedal.

–¡Pasa a recogerme!

Sin aliento, sonrojada, se abrió paso a través de la multitud hasta alcanzar la esquina y volvió la vista como quien mira el mar por última vez antes de adentrarse en el interior, y apretó el paso por la calle, contando con los dedos las citas que había contraído la semana entrante en la Sociedad Elm Street, la Liga Patriótica Femenina, el Cesto de la Costura y el Club Teatral Elite.

Las horas alcanzaron su final. El reloj de la plaza dio una campanada.

El señor Alexander se encontraba en la esquina de la calle, mirando dubitativo el reloj antes de darle una sacudida, mascullando algo ininteligible. Una mujer se hallaba en la esquina opuesta, y después de esperar unos diez minutos, el señor Alexander cruzó la calle hacia ella.

–Le ruego que me perdone, pero creo que mi reloj se ha parado –dijo al tiempo que se acercaba–. ¿Podría decirme exactamente qué hora es?

–¡John! –exclamó la mujer.

–¡Elma!

–Llevo aquí de pie una eternidad.

–Pues yo estaba allí enfrente.

–¡Te has comprado un traje nuevo!

–¡Y tú has estrenado un vestido!

–Y un sombrero también.

–Igual que tú.

–Zapatos nuevos.

–¿Qué tal caminas con los tuyos?

–Me duelen.

–Los míos también.

–He sacado entradas para que vayamos a ver la función del sábado por la tarde, Elma. Y he hecho una reserva para el picnic de Green Town del mes que viene. ¿Qué perfume llevas?

–¿Qué colonia te has puesto?

–¡No me extraña que no nos hayamos reconocido!

Se miraron durante un buen rato.

–Bueno, vamos a casa. ¿No crees que hace un día estupendo?

Anduvieron con dificultad con su calzado nuevo.

–Sí, es precioso. –Ambos de acuerdo, con una sonrisa en los labios. Pero entonces

se miraron otra vez por el rabillo del ojo y rehuyeron la mirada, nerviosos.

Reinaba una luz azul marino en la casa; era como entrar en una cueva después de una tarde verde y fresca de primavera.

–¿Qué te parece si preparo algo de comer?

–No tengo apetito, ¿y tú?

–Yo tampoco.

–Me encantan mis zapatos nuevos.

–A mí también los míos.

–Bueno, ¿qué vamos a hacer el resto del día?

–Ah, podemos ir a ver algo, quizá.

–Después de que descansemos un rato.

–Después de descansar un rato.

–Pero ¡tan cansada no estás!

–No, no, no –se apresuró ella a responder–. ¿Y tú?

–¡No, no! –respondió él con idéntica premura.

Se sentaron conscientes de la cómoda oscuridad y frescura que reinaba en la estancia tras la deslumbrante mañana.

–Creo que voy a aflojarme un poco los cordones –dijo él–. Sólo un poco el nudo.

–Yo haré lo mismo.

Aflojaron los nudos y lazos del calzado.

–Ya puestos podríamos quitarnos el sombrero.

Y se quitaron el sombrero, allí sentados como estaban.

La miró y pensó: «Cuarenta y cinco años. Llevo casado con ella cuarenta y cinco años. Vaya si recuerdo... Y aquella vez en Mills Valley... Y también aquel otro día... Cuarenta años hace que fuimos en coche a... Sí... Sí. Sacudió la cabeza. Mucho, mucho tiempo».

–¿Por qué no te quitas la corbata? –sugirió ella.

–Creo que lo haré, pero ¿y si salimos enseguida? –preguntó él.

–Un rato sólo.

Ella le observó mientras se quitaba la corbata y pensó: «Ha sido un matrimonio estupendo. Nos hemos apoyado el uno en el otro; me ha dado de comer, me ha vestido y lavado cuando estuve enferma, ha cuidado de mí... Hace cuarenta y cinco años, y la luna de miel en Mills Valley... Da la impresión de que eso sucedió anteayer».

–¿Por qué no te libras de los pendientes? –sugirió él–. Son nuevos, ¿verdad? Parece que pesan lo suyo.

–Pesan un poco, sí. –Los dejó a su lado.

Permanecieron sentados en los cómodos sillones junto a las mesas de gamuza verde donde descansaban los botellines de tintura de árnica, las cajas de pastillas y grageas, los jarabes, los remedios antitusivos, los remedios para los pies, las pomadas y ungüentos, las tiritas, almohadillas y lociones, los inhaladores y aspirinas, la

quinina, el talco, los mazos de naipes gastados tras un millón de partidas de blackjack, y los libros que se habían leído con voz queda en la pequeña, oscura, estancia, a la débil luz de una solitaria bombilla, sus voces como el aleteo imperceptible de una polilla que perfora las sombras.

–Tal vez debería quitarme los zapatos –dijo él–. Ciento veinte segundos, antes de que salgamos otra vez a enfrentarnos a todo ese ajeteo.

–No está bien tener los pies embutidos ahí dentro.

Ambos se descalzaron.

–¿Elma?

–Dime. –Ella levantó la vista.

–Nada.

Siguieron atentos el tictac del reloj de sobremesa. Se sorprendieron atentos a la esfera del reloj. Las dos de la tarde. Tan sólo quedaban seis horas para las ocho.

–¿John?

–¿Sí?

–Nada, nada.

Siguieron sentados.

–¿Y si nos ponemos las zapatillas de lana? –se preguntó él en voz alta.

–Iré a buscarlas.

Fue a por ellas.

Se las pusieron, no sin exhalar la frescura del tejido.

–¡Ahhh!

–¿Por qué llevas puesto aún el abrigo y el chaleco?

–Ya sabes, la ropa nueva es como una armadura. –Se libró del abrigo y, al cabo de unos instantes, del chaleco.

Los sillones emitieron un gruñido.

–Vaya, pero si son las cuatro –anunció ella más tarde.

–El tiempo vuela. Tarde ya para salir, ¿no?

–Demasiado tarde. Descansemos un rato más. Podríamos llamar a un taxi para que nos acerque a un restaurante para cenar.

–Elma. –Se humedeció los labios.

–Dime.

–Ay, lo he olvidado. –Dirigió la mirada hacia la pared.

–¿Por qué no me quito la ropa y me pongo la bata? –preguntó él al cabo de cinco minutos–. Tiempo habrá más tarde para vestirse en un abrir y cerrar de ojos cuando nos dispongamos a ir andando a por ese filete que sirven en el centro.

–Eso es muy sensato –admitió ella–. ¿John?

–¿Qué quieres?

Ella miró los zapatos nuevos que descansaban en el suelo. Recordó el pellizco suave en el empeine, la caricia lenta en los dedos de los pies.

–No –respondió.

Escucharon atentos los latidos de sus respectivos corazones en la sala. Sentados ambos con la bata puesta, suspirando.

–Estoy un poco más cansada de la cuenta. No demasiado, entiéndeme –dijo ella–. Sólo un poco.

–Es normal. Ha sido un día ajetreado. Vaya día.

–No se puede ir por ahí corriendo de un lado a otro, ¿no crees?

–Hay que tomárselo con calma. Ya no somos jóvenes.

–Eso mismo.

–Yo también estoy un poco agotado –admitió él con un tono con el que quería restar importancia a sus palabras.

–Tal vez... –Ella miró el reloj–. Tal vez podríamos cenar aquí esta noche. Siempre podemos salir a cenar mañana.

–Es una propuesta muy inteligente –alabó él–. De todos modos no tengo mucha hambre.

–Qué raro porque yo tampoco.

–Pero ¿iremos luego al cine?

–¡Por supuesto!

Permanecieron sentados, comiendo un poco de queso y unas galletitas saladas un poco secas, como un par de ratones a oscuras.

Las siete en punto.

–¿Sabes una cosa? Empiezo a sentirme algo indispuesto –dijo él.

–¿Cómo?

–Me duele la espalda.

–¿Quieres que te dé un masaje?

–Gracias, Elma, tienes unas manos mágicas. Sabes cómo debe darse un masaje; ni demasiado fuerte, ni demasiado suave. La presión adecuada.

–A mí me están matando los pies –dijo ella–. No me veo capaz de salir luego al cine.

–Ya iremos cualquier otra noche.

–Me pregunto si el queso estaba en buen estado. Tengo ardor de estómago.

–¿Tú también?

Miraron los frascos que había encima de la mesa.

Las siete y media. Las ocho menos cuarto.

–Ya son casi las ocho.

–¡John!

–¡Elma!

Habían exclamado sus respectivos nombres al unísono.

Rieron, sorprendidos.

–¿Qué pasa?

–Tú primero.

–No, tú primero.

Guardaron silencio, atentos, observando el reloj, con los corazones más y más acelerados. Estaban pálidos.

–Creo que tomaré un poco de aceite esencial de menta para el estómago –dijo el señor Alexander.

–Alcánzame la cuchara cuando termines.

Se sentaron chascando la lengua en la penumbra que tan sólo rompía la solitaria bombilla.

Clipclop, clipclop, clop, clop, clop.

Oyeron los pasos en la acera frente a la casa. Subiendo las escaleras del porche. Se oyó el timbre de la puerta.

Ambos se sentaron tiesos en el sillón.

Volvió a sonar el timbre de la puerta.

Permanecieron sentados a oscuras.

El timbre de la entrada sonó seis veces.

–Mejor no abramos –acordaron ambos. Se miraron de nuevo, sobresaltados, conteniendo el aliento.

Se miraron fijamente a los ojos.

–No puede ser nadie importante.

–Nadie importante. Querrán hablar. Y estamos cansados, ¿no?

–Bastante –afirmó ella.

El timbre sonó de nuevo.

Se oyó un crujido cuando el señor Alexander tomó otra cucharada de aceite esencial de menta. Su mujer tomó un sorbo de agua, acompañado por una pastilla blanca.

El timbre de la puerta sonó, intenso, por última vez.

–Voy a echar un vistazo –propuso él–. Por la ventana delantera.

Abandonó a su esposa y fue a mirar. Allí, en el porche delantero de la casa, vuelto de espaldas y bajando los escalones que daban a la acera, estaba Samuel Spaulding. El señor Alexander no pudo recordar las facciones de su rostro.

La señora Alexander se encontraba en la otra habitación que daba al porche, mirando por una ventana con disimulo. Vio a una mujer del Club Dedal que pasaba por la calle en ese momento y encaraba la escalera que llevaba al porche, en el preciso instante en que el hombre que había llamado a la puerta bajaba por ella. Se encontraron. Murmuraron unas palabras en la tranquila noche primaveral.

Los dos extraños levantaron la vista hacia la casa a oscuras. Era evidente que hablaban de ella.

De pronto ambos extraños rompieron a reír.

Miraron de nuevo la casa en penumbras. Seguidamente, ambos bajaron la escalera que daba a la acera y se alejaron juntos por la calle bajo las copas de los árboles, iluminadas por la luz de la luna, riendo, sacudiendo la cabeza y charlando hasta que los perdieron de vista.

De vuelta al salón, el señor Alexander vio que su mujer había llenado una palangana con agua caliente donde ambos podrían aliviar el dolor de pies. También había sacado otra botella de árnica. La oyó lavarse las manos. Al volver de su cuarto de baño, le olían las manos y la cara a jabón en lugar de perfume.

Una vez sentados pusieron los pies en remojo.

–Creo que sería mejor que devolviésemos aquellas entradas que sacamos para la función del sábado –dijo–, y las entradas para la función benéfica de la semana entrante. Nunca se sabe.

–De acuerdo –dijo ella.

La tarde primaveral parecía remontarse a un millón de años atrás.

–Me pregunto quién ha llamado a la puerta –dijo.

–A saber –dijo él, estirando el brazo para alcanzar el aceite esencial de menta y tomar un sorbo–. ¿Te apetece jugar al blackjack, querida?

Ella recostó la espalda en el sillón con un mínimo rebullir de su cuerpo.

–Pues no te diré que no.

RISAS POSTRERAS

Se llamaba Andrew Rudolph Gerald Vesalius y era un auténtico genio mundial, experto en dialéctica, estadística, compositor de óperas italianas, letrista, poeta del *lieder* alemán, ponente del Vedanta Temple, intelectual participante de las tormentas de ideas de Santa Bárbara y gran amigo.

Esto último parece increíble, porque cuando nos conocimos, yo, escritor de ciencia ficción para publicaciones populares, a dos centavos la palabra, no podía estar más seco.

Pero Gerald, con el atrevimiento de llamarlo por su apellido, me descubrió, y avisó a ciertas personas de que yo tenía ojo para el futuro, advirtiéndoles que debían vigilarme.

Me instruyó y permitió que lo acompañase de perrito faldero en sus viajes cuando visitaba a conocidos de Einstein, Jung y Freud.

Durante años transcribí sus conferencias, tomé el té con Aldous Huxley y anduve sin habla por salas de arte en compañía de Christopher Isherwood.

Pero, de pronto, Vesalius había desaparecido.

Bueno, casi. Corrían rumores de que escribía un libro sobre aquellos platillos volantes que habían flotado sobre el puesto de perritos calientes de Palomar antes de desaparecer.

Averigüé que ya no impartía conferencias en Vedanta Temple, sino que sobrevivía en París o Roma; la promesa de una novela muy retrasada.

Llamé por teléfono a su casa de Malibú dos docenas de veces.

Finalmente, su secretario, William Hopkins Blair, admitió que Gerald había contraído una especie de misteriosa dolencia.

Pedí permiso para visitar a mi santo amigo. Pero Blair me colgó.

Llamé de nuevo y Blair gritó, con frases pronunciadas en *stacatto*, que Vesalius había cancelado nuestra amistad.

Aturdido, intenté imaginar cómo disculparme por pecados que yo era consciente de no haber cometido.

Entonces, una medianoche sonó el teléfono.

–¡Ayuda! –exclamó una voz ahogada.

–¿Qué?

Repitieron la petición de auxilio.

–¡Ayuda!

–¿Vesalius?

Hubo un largo silencio.

–Me ha parecido que era usted. ¿Gerald? –dije.

Silencio. Murmullo de voces, seguido por el pitido que daba por finalizada la

llamada.

Aferré el auricular con fuerza mientras sentía que las lágrimas se me agolpaban. Era la voz de Vesalius. Después de semanas de ausencia, era a mí a quien había llamado para pedir ayuda, acosado por un peligro que iba más allá de mi comprensión.

La noche siguiente, llevado por un impulso, vagabundeeé por las calles con nombres italianos de la parte alta de Malibú, hasta llegar por fin a la casa de Vesalius.

Llamé al timbre de la puerta.

No hubo respuesta.

Llamé de nuevo.

El silencio reinaba en la casa.

Llevaba veinte minutos llamando al timbre y golpeando la puerta cuando, de pronto, ésta se abrió. La curiosa persona del mayordomo de Gerald, Blair, se me quedó mirando.

—¿Sí?

—Llevo aquí media hora, ¿eso es lo único que se le ocurre decir?

—¿Es usted aquel escritorzuelo de novelas baratas amigo de Gerald? —me preguntó.

—Ya sabe la respuesta —respondí—. Y no sólo escribo novelas baratas. He venido a ver a Gerald.

—No se encuentra aquí. Está en Rapallo —se apresuró a responder Blair.

—Sé que está aquí —mentí—. Anoche mismo me llamó.

—¡Eso es imposible! ¡Está en Italia!

—No —mentí de nuevo—. Me pidió que le buscara otro médico.

Blair palideció. Se puso blanco como una sábana.

—Está aquí —dije—. Conozco su voz.

Miré en dirección al vestíbulo que se extendía a espaldas de Blair.

De pronto se hizo a un lado.

—Apresúrese —dijo.

Eché a correr por el vestíbulo en dirección al dormitorio, y entré.

Allí, tendido como una figura de mármol blanca y delgada sobre la tapa de un sarcófago se encontraba mi viejo amigo Vesalius.

—¡Gerald! —exclamé.

La pálida figura, avejentada y dolorida, permaneció en silencio, pero sus ojos se movían con frenesí en el rostro macilento.

Blair, a mi espalda, dijo:

—Ya ve usted. No se encuentra bien. Diga lo que haya venido a decir y márchese.

Di un paso hacia delante.

—¿Qué le pasa, Gerald? —pregunté—. ¿Qué puedo hacer para ayudarle?

Los labios delgados de Gerald experimentaron un leve temblor interrumpido, pero no hubo respuesta, sólo el movimiento fugaz, frenético, de sus ojos, que recalaron

primero en mí y luego en Blair, antes de volver a hacerlo en mí.

Presa del pánico, pensé en tomarlo en brazos y huir, pero eso era imposible.

Me incliné sobre mi amigo, a quien susurré al oído, tuteándole:

–Volveré. Te lo prometo, Gerald. Volveré.

Me di la vuelta y abandoné apresuradamente la estancia. En la puerta principal, Blair, a mi espalda, dijo:

–No, nada de visitas. Vesalius lo prefiere así.

Y cerró la puerta.

Permanecí largo rato debatiendo si debía llamar de nuevo al timbre, golpear la puerta; golpear la puerta, llamar al timbre. Pero, al cabo, me di la vuelta.

Pasé una hora en la calle. Era incapaz de marcharme.

A la una de la madrugada se apagaron todas las luces de la casa.

Anduve con sigilo por el lateral de la vivienda, en dirección a la parte trasera, donde encontré abiertas al fresco aire nocturno las puertas acristaladas que daban al dormitorio de Gerald.

Gerald Vesalius seguía tal como yo lo había dejado, con los ojos cerrados.

Pronuncié su nombre sin levantar mucho la voz.

–Gerald.

Abrió los ojos como platos.

Estaba tan blanco como antes, tieso, pero movía los ojos con frenesí.

Entré en la habitación y me incliné sobre la cama para susurrar:

–¿Qué pasa, Gerald?

No halló fuerzas para responder, pero finalmente ahogó una exclamación y me pareció oírle decir:

–Soli. –Seguido de–: Tario. –A lo que añadió–: Enci. –Que remató con–: Erro.

Di un respingo tras unir aquellos elementos.

–Pero ¿por qué, Gerald? –pregunté con un tono de voz tan bajo como me fue posible–. ¿Por qué?

No pudo hacer más que señalar con la barbilla el pie de la cama.

Tras retirar las sábanas, abrí los ojos desmesuradamente.

Tenía los pies atados al borde de la cama con cinta adhesiva.

–Así que –dijo, entre jadeos–. No pude –añadió–. ¡Teléfono!

Había un teléfono a su derecha, fuera de su alcance.

Corté la cinta adhesiva, dispuesto a interrogarlo.

–¿Me oyes?

Movió la cabeza como pudo.

–Sí. Blair –respondió con apremio contenido– quiere –añadió– casarse. –Contuvo una nueva exclamación–. El anciano... sacerdote. –Siguió un torrente de palabras–: ¡filósofo entre filósofos!

–¿Perdón?

–Casar –exclamó el hombre, levantando de pronto la voz–: Nos.

–¡Cómo! –Me sentía aturdido–. ¿Casaros?

Asintió con vigor, antes de soltar una inesperada risotada.

–Yo –susurró Gerald Vesalius–. Él.

–¡Santo Dios! ¿Tú y Blair? ¿Casaros?

–Eso es. –La voz de Gerald se me antojó más clara, más fuerte–. Eso mismo.

–¡Imposible!

–¡Lo es, lo es!

Me acometió una inusitada necesidad de reír, pero me contuve.

–Querrás decir...

–Baja la voz –me rogó Gerald, que hablaba ya con un tono más fluido–. Nos oirá y te echará de aquí –me advirtió entre jadeos.

–Gerald, eso no es legal –protesté bajando la voz.

–Legal –susurró, tragando saliva con fuerza–. Qué más da. ¡Titulares, noticias!

–Dios mío.

–Sí, Dios mío.

–Pero ¿por qué?

–No le importa –me explicó Gerald–. ¡La fama! Cree que cuanto más quiera casarse conmigo, más fama tendrá y más le daré.

–Pero insisto, ¿por qué, Gerald?

–Quiere tenerme por completo. Dice que es su –respiró con dificultad antes de continuar– naturaleza.

–¡Por Dios! Sé de matrimonios en los que un hombre posee a la mujer, o la mujer posee por completo al hombre.

–Sí –dijo Gerald–. ¡Eso es lo que pretende! Él ama, pero esto es una locura.

Gerald se puso muy rígido, los ojos cerrados, y entonces, con un hilo de voz que ganaba y perdía intensidad, dijo:

–Quiere poseer mi mente.

–¡No puede hacer tal cosa!

–Lo intentará, lo intentará. Quiere ser el mayor filósofo del mundo.

–¡Menudo lunático!

–¡Sí! Quiere escribir, viajar, impartir conferencias, quiere ser yo. Si me posee, cree poder ocupar mi lugar.

Un ruido. Ambos contuvimos el aliento.

–Una locura –susurré–. ¡Por Dios!

–Dios –resopló Gerald– no tiene nada... que ver con esto. –Vesalius me sorprendió al soltar una risilla.

–Pero...

–Shh –me advirtió Vesalius.

–¿Era así cuando empezó a trabajar para ti?

–Supongo. No tan malo.

–¿Pasable?

–Sí, bi. –Hubo una pausa–. En.

–Pero...

–Con el paso de los años se ha vuelto más y más co... co... codicioso.

–¿De tu dinero?

–No. –Esbozó una sonrisa burlona–. De mi mente.

–¿Estaría dispuesto a arrebatártela?

Gerald aspiró a través de los dientes y expulsó el aire que contuvo unos instantes.

–¡Supongo!

–¡Eres único en tu especie!

–Díselo... Díselo... Díselo tú.

–¡Hijo de perra!

–No, celoso, envidioso, codicioso, lleno de admiración, parte monstruo, ahora monstruo a tiempo completo –aclaró Gerald en un puñado de instantes de claridad.

–Dios mío –dije de nuevo–. ¿Qué hacemos aquí hablando?

–¿Qué otra cosa podemos hacer? –susurró Vesalius–. Ayúdame. –Sonrió.

–¿Cómo voy a poder sacarte de aquí?

Vesalius rió.

–Déjame hacer un listado exhaustivo de alternativas.

–¡No es momento para bromear, maldita sea!

Gerald Vesalius tragó saliva con fuerza.

–Tengo un peculiar... humor. –Hizo una pausa–. Sentido del... ¡Atención!

Ambos nos quedamos petrificados. Se oyó el crujido de una puerta. Pasos.

–¿Llamo a la policía?

–No. –Una pausa. Gerald torció el gesto–. ¡Acción, drama, prevaleceremos!

–¿Acción?

–Haz lo que yo te digo o todo está perdido.

Me incliné un poco más cerca de él mientras me susurraba febril.

Susurro. Y otro susurro. Y otro.

–¿Entendido? ¿Lo intentarás?

–¿Intentarlo? Ay, maldición, maldición, maldición.

Pasos en el pasillo. Me pareció oír un grito.

Aferré el teléfono. Marqué un número.

Salí por la puerta acristalada que daba al porche, y di la vuelta a la casa hasta el acceso a la puerta principal.

Se oyó una sirena, seguida por otra y por una tercera.

Tres vehículos de bomberos y del servicio de urgencias médicas invadieron la acera sin que nada se les hubiera perdido por ahí a esas horas de la noche. Nueve bomberos saltaron con prisas de los vehículos, anhelando aparcar el aburrimiento.

–Blair –grité–. ¡Soy yo! Maldita sea, me he quedado fuera. ¡Por el lateral! Hay un hombre moribundo ahí dentro, síganme.

Eché a correr. Los hombres vestidos con uniforme oscuro me siguieron.

Una vez abierta de par en par la puerta acristalada, señalé a Vesalius.

–¡Llévenselo! –ordené–. Hospital Brotman. ¡Aprisa!

Tumbaron a Gerald en una camilla y lo sacaron corriendo por la puerta acristalada.

A nuestra espalda oímos los gritos de histeria de Blair.

Gerald Vesalius también le oyó, y saludó alegre, levantando la mano al tiempo que gritaba: «¡Tachán, adiós, adiós muy buenas, hasta la vista, hasta nunca!», y nos llevaban sin pausa hacia la ambulancia aparcada.

Gerald rompió a reír.

–¿Joven?

–¿Gerald?

–¿Tú me quieres?

–Sí, Gerald.

–¿Y no deseas tenerme en propiedad?

–No, Gerald.

–¿Mi mente?

–No.

–¿Ni mi cuerpo?

–No, Gerald.

–¿Hasta que la muerte nos separe?

–Hasta que la muerte nos separe.

–Estupendo.

Corriendo, corriendo, aprisa, aprisa por el jardín, por la acera, hacia la ambulancia que nos aguardaba.

–Joven.

–¿Sí?

–¿Vedanta Temple?

–Sí.

–¿El año pasado?

–Sí.

–¿La conferencia sobre la Risa que Todo lo Abarca?

–Allí estuve.

–¡Ha llegado la hora!

–Ah, sí, sí.

–A carcajearse a mandíbula batiente.

–Con afán y deleite, ¿eh?

–Afán. Deleite. ¡Dios mío!

En ese momento una bomba explotó en el pecho de Gerald y la explosión escapó por sus labios. Jamás en la vida había oído semejante explosión de jovialidad, y no pude contenerme mientras corría junto a Gerald tendido en su camilla, llevado a toda prisa hacia el vehículo.

Aullamos, gritamos, voceamos y engullimos bocanadas de aire que expulsamos como petardeantes explosiones de hilaridad, como unos jovenzuelos desvergonzados en plena mañana de verano, caímos retorcidos en el suelo, en la acera, presa de fingidos a la par que cómicos ataques de corazón, acompañados por convulsiones desaforadas, asfixiados, faltos de aire, los ojos prietos y peticiones de por Dios para, basta que no puedo ni respirar, Gerald, ja ja ja, ay, Dios, ja ja ja, y venga, vuelta a empezar con los ja ja jas y los balbuceos.

–¿Joven?

–¿Qué?

–La momia del rey Tut.

–¿Sí?

–Hallada en su tumba.

–Ajá.

–Sonriente.

–¿Por qué?

–En los dientes, atrapado...

–¿Sí?

–Un solitario pelo negro.

–¿Cómo?

–El hombre, moribundo, disfrutó de un succulento manjar. ¡Ja, ja, ja!

Ja, ja, ja, ay, Dios mío, corriendo y corriendo, aprisa y aprisa.

–Y ahora, una última cosa.

–¿Qué?

–¿Te fugarás conmigo?

–¿Adónde?

–¡Fúgate conmigo y convirtámonos en piratas!

Estábamos en la ambulancia, abiertas las puertas de par en par por las que habían introducido a Gerald.

–¡Piratas! –repitió con júbilo.

–Ay, Dios, sí, Gerald. ¡Me fugaré contigo!

Se cerró la puerta de un portazo, encendieron la sirena y el motor.

–¡Piratas! –exclamé.

VERANIEGA PIETÀ

–¡Ya falta menos!

–¿Por qué no cierras la boca? –replicó mi hermano.

–Soy incapaz de pegar ojo –dije–. Es increíble lo que se nos viene encima mañana. ¡Dos circos en un solo día! Los Hermanos Ringling llegarán en ese enorme tren a las cinco de la mañana, y los Hermanos Downey lo harán en camión dos horas después. No puedo soportarlo.

–Te propongo algo –dijo mi hermano–: Duérmete. Tenemos que levantarnos a las cuatro y media.

Me di la vuelta en la cama, pero no podía dormir porque oía el rumor de ambos circos recorriendo el trecho que los separaba de nosotros desde el extremo opuesto del mundo para llegar a la salida del sol.

Antes de darme cuenta siquiera eran las cuatro y media de la madrugada y mi hermano y yo estábamos en pie en la fría negrura, vistiéndonos, tomando una manzana por desayuno y echando seguidamente a correr a la calle en dirección a la colina donde estaba la estación de ferrocarril.

Con la salida del sol llegó el enorme tren de noventa y nueve vagones de los Hermanos Ringling, Barnum y Bailey cargado de elefantes, cebras, caballos, leones, tigres y acróbatas: la imponente locomotora humeaba al alba, expulsando nubarrones de humo negro, y del interior de los vagones de carga salieron los caballos, seguidos por los elefantes, que descendieron con gran cuidado, y las cebras, una ingente manada a rayas congregada en la penumbra, y mi hermano y yo ahí de pie, temblando, esperando el comienzo del desfile, porque habría un desfile en el que los animales atravesarían la población dormida hacia los lejanos terrenos donde las tiendas, montadas, susurrarían a las estrellas.

Por supuesto que mi hermano y yo anduvimos con el desfile colina arriba y que atravesamos la población que no sabía de nuestra presencia allí. Pero ahí estábamos, caminando con noventa y nueve elefantes, un centenar de cebras y doscientos caballos, además de un carro gigantesco y silencioso, hasta el prado que de no ser nada en absoluto se cubrió en un abrir y cerrar de ojos de tiendas que florecieron hacia el cielo.

Nuestra emoción fue en aumento cada instante porque allí donde no había nada apenas hacía unas horas, ahora había todo lo que podía desearse en el mundo.

A las siete y media, los Hermanos Ringling, Barnum y Bailey habían montado las tiendas, y por tanto había llegado la hora de que mi hermano y yo volviéramos corriendo al lugar donde los vehículos descargaban el diminuto circo de los Hermanos Downey. Una versión en miniatura del milagro mayor brotaba de camiones en lugar de hacerlo de vagones, cargados únicamente con diez elefantes en

lugar de casi un centenar, apenas unas pocas cebras y los leones, que dormitaban en sus celdas individuales con aspecto viejuno, sarnoso y exhausto. Lo mismo podía decirse también de los tigres y de los camellos, que parecían haber caminado durante un siglo y a los que se les empezaba a caer la piel.

Aquella mañana, mi hermano y yo trabajamos cargando de un lado a otro cajas de Coca-Cola, con sus botellines de cristal de verdad en lugar de los envases de plástico, por lo que cada una al menos pesaba veinticinco kilos. A las nueve de la mañana estaba agotado debido a que al menos habría cargado unas cuarenta cajas o más, cuidando en todo momento de no acabar aplastado por alguno de los imponentes elefantes.

A mediodía corrimos de vuelta a casa a por un sándwich, después de lo cual volvimos al modesto circo para disfrutar de dos horas de explosiones, acróbatas, trapecistas, leones sarnosos, payasos y una función de monta en el Salvaje Oeste.

Una vez concluida la función en el primero de los circos, volvimos corriendo a casa e intentamos descansar, tomamos otro sándwich, y a las ocho anduvimos hasta el gran circo acompañados por nuestro padre.

Siguieron otras dos horas de ruidosas secciones de metal, aludes de sonido y caballos al galope, tiradores expertos y una jaula llena de leones muy peligrosos y más jóvenes e irritables. Hubo un punto en que mi hermano se marchó entre risas con unos amigos, pero yo no me separé del lado de mi padre.

A las diez las avalanchas y explosiones cesaron por completo de forma inesperada. El desfile que había presenciado al alba se produjo al revés, y las tiendas cayeron con suspiros para descansar como pieles en la hierba. Observamos desde la distancia cómo exhalaba el circo, desplomadas las tiendas, y cómo empezaba a alejarse en la noche, en una oscuridad llena por la procesión de elefantes que regresaban lentos hacia la estación de tren. Mi padre y yo permanecemos de pie, silenciosos, atentos.

Adelanté el pie derecho, dispuesto a emprender la larga caminata a casa, cuando, de pronto, sucedió algo muy extraño. Me quedé dormido de pie. No caí al suelo. No me invadió el terror, sencillamente no podía moverme. Cerré con fuerza los ojos mientras iniciaba la caída, cuando repentinamente sentí unos brazos fuertes que me cogieron y levantaron en el aire. Me alcanzó el cálido aroma a nicotina del aliento de mi padre, que me sostuvo en brazos, se dio la vuelta y echó a caminar hacia casa.

Increíble, todo aquello me lo pareció. Estábamos a más de kilómetro y medio de casa, era muy tarde y el circo prácticamente había desaparecido con todas sus gentes.

Mi padre marchaba a solas por el paseo, llevándome en brazos todo ese trecho, algo imposible puesto que, después de todo, yo tenía trece años y pesaba cincuenta y tantos kilos.

Aunque era consciente de la respiración trabajosa, no era capaz de despertar. Me esforcé para abrir los ojos y mover los brazos, pero no tardé en quedar completamente dormido, y durante la siguiente media hora no tuve manera humana

de saber que me llevaban a cuestas, extraña carga, a través de una población que apagaba sus luces.

Oí vagamente a lo lejos a alguien que decía:

–Ven y siéntate, descansa un rato.

Hice un esfuerzo para escuchar, consciente de que mi padre se había sentado y rebullía en su asiento. Percibí que en algún punto del camino de vuelta habíamos pasado por casa de un amigo de mi padre, y que aquella voz le había invitado a descansar en el porche.

Pasamos unos cinco minutos allí, tal vez más. Mi padre me había sentado en el regazo, y yo seguía adormilado, escuchando la risa suave del amigo de mi padre, comentando nuestra extraña odisea.

Finalmente la risa cesó. Mi padre se levantó con un suspiro. Mi sopor prosiguió. Con un pie dentro y otro fuera del sueño, fui consciente de que me llevaba a cuestas el último trecho que nos separaba de casa.

La imagen que conservo, setenta años después, es la de mi espléndido padre, que no hizo el más leve comentario, llevándome a través de las calles en plena noche; probablemente sea el recuerdo más hermoso que un hijo pueda tener de alguien que ha cuidado de él y que lo ha querido, y a quien no importó dar el largo paseo nocturno en plena noche.

A menudo me he referido a este episodio de forma algo rocambolesca al llamarlo nuestra *pietà*, el amor de un padre hacia su hijo, la caminata por el largo paseo, rodeados de casas a oscuras mientras los últimos elefantes se evaporaban en la avenida principal hacia la estación de ferrocarril, donde silbaba la locomotora y humeaba el tren, dispuesta a echar a rodar, transportando el tumulto de sonido y luz que sobreviviría intacto para siempre en mi recuerdo.

Al día siguiente me salté el desayuno, me pasé durmiendo toda la mañana, me salté la comida, dormí toda la tarde y, por fin, desperté a las cinco y cubrí con paso incierto el trecho que me separaba de la mesa para cenar con mi hermano y mis padres.

Mi padre permanecía sentado en silencio, atacando el filete, y yo estaba sentado delante de él, examinando el plato.

–Papá –exclamé de pronto mientras los ojos se me llenaban de lágrimas–. Gracias, papá. ¡Gracias!

Mi padre cortó el filete y pinchó un trozo antes de levantar la vista hacia mí. Había en sus ojos un brillo muy intenso.

–¿Por?

LEJOS DE CASA

–Tened cuidado. De eso se trata. De eso.

El cargamento era extraordinariamente valioso. Lo habían ensamblado y desensamblado con sumo cuidado aquí mismo, en el puerto de cohetes, para entregarlo a continuación a los operarios en inmensas cajas de carga, cajas grandes como habitaciones, envuelto, vuelto a envolver, acolchado y rodeado de terciopelo y virutas para impedir posibles fracturas. A pesar del cuidado y las preocupaciones derivadas de efectos, paquetes y cajas ensobrados, empaquetados y envueltas, todo el mundo iba acelerado.

–¡Al paso ligero! ¡Vamos, vamos, rápido!

Era el Segundo Cohete. El Cohete de Rescate. El Primer Cohete había saltado rumbo a Marte el día anterior. Se adentraba en los negros e inmensos pastos del espacio, tan lejos que ya no se veía a simple vista. Este Segundo Cohete debía seguirlo, cual sabueso por una marisma encantada, atento al olor imperceptible del hierro y el átomo y el fósforo quemados. Este Segundo Cohete, grueso, rebosante en tamaño y forma, poblado por una inverosímil y ridícula cantidad de gente a bordo, no debía retrasarse.

El Segundo Cohete estaba lleno a rebosar. Tembló, sufrió sacudidas y se encogió sobre sí como un mastín antes de dar un salto ágil hacia el firmamento. Expulsó avalanchas de fuego que trazaron su estela. Llovieron llamas y trozos de carbón como en una caldera súbitamente aerotransportada. Cuando las cenizas se posaron en el asfalto, el cohete había desaparecido.

–Espero que llegue a salvo –dijo una auxiliar de psicólogo, atenta al cielo.



El Primer Cohete llegó caído del cielo oscuro y aterrizó en el planeta Marte. Se produjo como un grito contenido cuando la maquinaria absorbió el aire frío. Después de husmear a través de sus pulmones y fosas nasales mecánicas, el cohete concluyó que la atmósfera pertenecía a la mejor cosecha, diez millones de años de antigüedad, tan embriagadora como pura.

Los hombres del cohete pisaron la superficie.

Estaban solos.

Treinta hombres y su capitán en una tierra donde el viento soplaba por toda la eternidad entre océanos de polvo y ciudades que llevaban muertas desde antes de que la Tierra se abriese como una flor tropical a sesenta millones de kilómetros de distancia. El cielo era inmensamente claro, como una tina de alcohol cristalizado donde las estrellas resplandecieran sin titilar. La atmósfera cortaba la garganta y los

pulmones. Te doblaba por la cintura tras ahogar una protesta. Era muy fina, un espectro, y cuanto más anhelabas su presencia antes desaparecía. Los hombres se sentían mareados y doblemente solos. La arena gemía en torno a su cohete. Con el tiempo, decía el viento nocturno, si seguís quietos acabaré por enterraros a todos, tal como hice con las ciudades y las gentes momificadas que ocultan sus piedras; os enterraré como una aguja y unas hebras de hilo, antes de que tengáis ocasión de hacer ganchillo.

—¡Muy bien! —espetó el capitán al viento.

Pero éste se llevó consigo su voz, de principio a fin, como si fuera un mero trozo de papel.

—¡Formemos aquí en línea! —ordenó para combatir la soledad.

Los hombres se movieron en una serie de movimientos aletargados. Toparon unos con otros y deambularon hasta hallar por fin sus posiciones.

El capitán los encaró. El planeta estaba a sus pies y a su alrededor. Se encontraban en las profundidades de un mar seco. Una marea de años y siglos se abatía sobre ellos y los aplastaba. Eran los únicos seres vivos allí. Marte estaba muerto y tan lejos de todo que acusaron un temblor imperceptible.

—Bueno —dijo el capitán levantando la voz—. ¡Pues aquí estamos!

—Aquí estamos —dijo una voz espectral.

Los hombres dieron un respingo. A su espalda, las paredes de una población semienterrada, una población cubierta de polvo y arena y hiedra reseca, una población cuyas torres más altas se habían ahogado, devolvió el eco de sus palabras. Las paredes negras temblaron como tiembla el agua que corre por la arena.

—¡Todos tienen trabajo que hacer! —les recordó el capitán.

—Que hacer —dijeron las paredes de la ciudad—. Que hacer.

El capitán no se mostró irritado. Esta vez los hombres no se sobresaltaron, pero experimentaron un frío intenso en la nuca mientras se les erizaba la piel.

—Sesenta millones de kilómetros —susurró de nuevo entre dientes Anthony Smith, volviéndose. En el frío y oscuro firmamento, arriba en lo alto, la Tierra resplandecía como una estrella, como si no fuera más que una estrella, distante, hermosa, pero sólo una estrella. No había nada en su forma o su luz que pudiera sugerir la forma de un océano, un continente, un estado o una ciudad.

—¡Será mejor que guardemos silencio! —gritó el capitán furioso, sorprendido por su ira.

Los hombres se volvieron hacia el lugar que Smith ocupaba en la línea.

Smith observaba el cielo. Siguió la dirección de su mirada y repararon en la presencia de la Tierra, infinitamente lejana a una distancia de seis meses en el tiempo, y millones de millones de kilómetros de distancia. La cabeza les daba vueltas. Hace años, se viajaba a las regiones árticas en barcos, globos y aviones, acompañados por los hombres más valientes, escogidos uno a uno entre los psicológicamente limpios, alerta, los que nunca flaqueaban, los que mejor se adaptaban. Pero por bien que

escogieran había algunos que flaqueaban, otros se perdían en la blancura inmensa del Ártico, en las largas noches de locura de aquellas jornadas que no conocían la noche más que una vez cada mes. Era tan solitario. Tan solitario. Y a los hombres del rebaño, separados de la vida, de las mujeres, de los hogares y las ciudades, se les fundía la mente. Todo era malo, todo era soledad.

–¡Sesenta millones de kilómetros! –exclamó Anthony Smith, levantando el tono de voz.

Luego toma a treinta hombres. Dales forma y volumen; encaja, empaquétales. Vacúnalos, cuerpo y mente, purifícalos y psicoanalízalos, introdúcelos en la boca de un cañón y apunta con ella a un objetivo. Al final, al pasar cuentas, ¿qué tienes? Tienes a treinta hombres que forman una línea, a uno que empieza a hablar entre dientes, y luego más alto, a treinta hombres que levantan la mirada hacia el cielo, pendientes de una estrella lejana, conscientes de que Illinois, Iowa, Ohio y California han desaparecido. Desaparecido con ciudades, mujeres, niños, con todo lo que es bueno, confortable y querido para ellos. Aquí estás, por Dios, en un mundo terrible donde el viento nunca cesa, donde todo está muerto, donde el capitán intenta mostrarse animado. De pronto, como si nunca antes lo hubieras pensado, te dices a ti mismo:

–¡Dios mío, estoy en Marte!

Anthony Smith lo dijo en voz alta.

–No estoy en casa. No estoy en la Tierra. ¡Estoy en Marte! ¿Dónde está la Tierra? ¡Allí está! ¿Veis esa maldita mota de luz? ¡Eso es la Tierra! Vaya bobada, ¿no os parece? ¿Qué estamos haciendo aquí?

Los hombres irguieron la espalda. El capitán señaló con un gesto a Walton, el psiquiatra. Recorrieron la línea a paso vivo, intentando caminar como si no sucediera nada.

–Veamos, Smith, ¿se puede saber qué le pasa?

–No quiero estar aquí. –Smith estaba lívido–. Santo Dios, ¿por qué he venido? Esto no es la Tierra.

–Hizo todos aquellos exámenes, sabía a qué nos íbamos a enfrentar.

–No, no lo sabía. Lo había bloqueado.

El capitán se volvió hacia el psiquiatra con una expresión mezcla de odio e irritación, como si el doctor hubiese fracasado. El doctor se encogió de hombros.

Todo el mundo comete errores, quiso decir. Pero se interrumpió.

El joven cabo se había echado a llorar.

El psiquiatra se volvió de inmediato.

–¡Todos a sus labores! ¡Hagan un fuego! ¡Monten las tiendas! ¡A paso ligero!

Los hombres rompieron filas, mascullando. Anduvieron tiesos, volviendo la vista atrás.

–Temer esto –dijo el psiquiatra–. Yo tuve miedo. Maldita sea, el viaje espacial es algo tan nuevo. No hay manera de saber cómo sesenta millones de kilómetros afectan

a las personas. –Alcanzó al joven cabo–. Henos aquí. No pasa nada. Será mejor que se ponga manos a la obra con lo suyo, cabo. Manténgase ocupado. Vamos, al trabajo.

El cabo se había llevado las manos al rostro.

–Es una sensación terrible. Saber que estamos tan lejos de todo. Y que todo el planeta está muerto. Aquí no hay nada a excepción de nosotros.

Lo pusieron a descargar cajas de comida congelada.

El psiquiatra y el capitán se quedaron unos instantes en una colina cercana, atentos a los movimientos de los hombres.

–Tiene razón, eso está claro –admitió el psiquiatra–. A mí tampoco me gusta. Realmente te cala bien. Con fuerza. Aquí no hay más que soledad. Está muerto y bien muerto, y encima está muy lejos. Y este viento. Las ciudades vacías. Me siento fatal.

–Tampoco yo me siento muy bien que digamos –dijo el capitán–. ¿Qué le parece? Me refiero a Smith. ¿Permanecerá a este lado del precipicio, o se arrojará al vacío?

–Voy a pegarme a él. Ahora necesita amigos. Si se arroja al vacío, me temo que se llevará a unos cuantos consigo. Estamos asegurados con cuerdas, aunque no pueda verlas. Confío en que el segundo cohete lo logre. Hablamos más tarde.

El psiquiatra se alejó y el cohete permaneció en el fondo del mar, en la negrura que se extendía en el planeta Marte, mientras las dos lunas blancas se alzaron de pronto, como terrores y recuerdos, para cruzar corriendo el firmamento. El capitán se quedó mirando el cielo y la Tierra que ardía recortada contra él.



Durante la noche, Smith perdió la cabeza. Se arrojó a la negrura, pero sin llevarse a nadie consigo. Tiró con fuerza de las cuerdas, causó terribles ataques de pánico nocturnos, acompañados por gritos, voces, advertencias de horrores y muertes. Pero los demás permanecieron con firmeza posicionados en la oscuridad, trabajando, sudando. Nadie se vio arrojado con él a su lugar secreto en el fondo del largo despeñadero. Cayó durante toda la noche. Alcanzó el fondo al amanecer. Sedado, con los ojos cerrados con fuerza, hecho un ovillo, lo llevaron a la nave, donde sus gritos se transformarían en susurros. Reinaba el silencio, pues sólo se oía el trasiego de los hombres y el gemido del viento. El psiquiatra hizo circular raciones adicionales de comida, chocolate, cigarrillos, brandy. Permaneció atento. El capitán vigilaba a su lado.

–No sé. Empiezo a pensar...

–¿Qué?

–El hombre no está hecho para viajar solo tan lejos. El viaje espacial es demasiado exigente. El aislamiento, condición completamente antinatural, es una forma de locura, el propio espacio, si quiere usted saber mi opinión... –continuó el capitán–. Pero qué digo. También yo me estoy enfriando.

–Siga hablando –le recomendó el doctor.

–¿Qué opina usted? ¿Saldremos adelante?

–Aguantaremos. Admito que los hombres tienen mal aspecto. Si no mejoran en veinticuatro horas, y si nuestra nave de refuerzo no aparece, mejor será que volvamos al espacio. El solo hecho de saber que viajamos de vuelta a casa bastaría para animarlos.

–Qué desperdicio, por Dios. Qué vergüenza. Se han gastado mil millones de dólares para enviarnos a este lugar. ¿Qué diremos a los senadores cuando nos pregunten? ¿Que fuimos unos cobardes?

–Hay momentos en los que la cobardía es lo único que nos queda. Un hombre puede aguantar hasta cierto punto antes de emprender la huida, a menos que pueda dar con alguien que huya por él. Veremos qué pasa.



Salió el sol. Las dos lunas desaparecieron. Pero Marte era tan poco acogedor de día como de noche. Uno de los hombres abrió fuego con un arma sobre un animal que vio a su espalda. Otro dejó de trabajar aquejado por un fuerte dolor de cabeza, y se retiró a la nave. Aunque durmieron durante buena parte del día, fue un sueño incómodo, con muchas llamadas al doctor pidiendo tranquilizantes y tragos de brandy. De noche, el doctor y el capitán se reunieron para comentar la situación.

–Será mejor que nos marchemos –dijo Walton–. Este hombre, Sorenson, es otro caso. Le doy veinticuatro horas. Lo mismo que Bernard. Es una lástima. Son buenos elementos, los dos lo son. De los mejores. Pero no había manera de replicar Marte en nuestras instalaciones de la Tierra. No disponíamos de un test capaz de replicar lo ignoto. Casos importantes de aislamiento, de soledad. En fin, ha sido un intento loable. Mejor será conformarnos con cobardes felices en lugar de locos de atar. ¿Que qué opino? Odio este lugar. Como alguien ha dicho antes, quiero volver a casa.

–Entonces, ¿debo dar la orden? –preguntó el capitán.

El psiquiatra asintió.

–Dios mío, odio darme por vencido sin pelear.

–Aquí no hay nada a lo que enfrentarse, exceptuando el viento y el polvo. Podríamos plantar cara si contásemos con la nave de refuerzo, pero ése no parece ser el...

–¡Capitán, señor! –gritó alguien.

–¿Qué pasa? –El capitán y el psiquiatra se volvieron.

–¡Mire allí, señor! ¡En el cielo! ¡Es el cohete de refuerzo!

No era más que la verdad. Los hombres salieron corriendo de la nave y de las tiendas. El sol brillaba en lo alto y soplaba un viento frío, pero allí se plantaron, aguzando la vista, atentos a cómo el fuego se hacía cada vez mayor, más y más. Con fuerte estruendo, el Segundo Cohete expulsó una larga llamarada de color rojo. Aterrizó. Se enfrió. Los hombres del Primer Cohete corrieron por el fondo del mar hacia el vehículo, gritando.

–Bueno –dijo el capitán–. ¿Qué le parece? ¿Nos vamos o nos quedamos?

–Creo que vamos a quedarnos –respondió el psiquiatra.

–¿Durante veinticuatro horas?

–Un poco más –respondió Walton.



Sacaron del interior del Segundo Cohete unas cajas inmensas.

–¡Ojo! ¡Cuidado ahí!

Consultaron planos y empuñaron martillos, palancas y llaves inglesas. El psiquiatra supervisaba.

–¡Por aquí! ¿Contenedor setenta y cinco? Aquí. ¿Caja cero sesenta y siete? ¡Allí! Eso es. Ábranla. La pestaña A en la ranura B. La pestaña B en la ranura C. Perfecto, estupendo. ¡Muy bien!

Antes del alba lo habían levantado todo. Bastaron ocho horas para montar los milagros salidos de cajas y contenedores. Retiraron embalajes, celofanes, cartones y desempolvieron y barrieron hasta el último rincón del conjunto. Cuando llegó el momento, los hombres del Primer Cohete se situaron en círculo alrededor del milagro, contemplándolo con una mezcla de asombro e incredulidad.

–¿Preparado, capitán?

–¿Por quién me ha tomado? ¡Por supuesto!

–Accione el interruptor.

El capitán accionó el interruptor.

La pequeña ciudad se iluminó.

–¡Dios mío! –exclamó el capitán.

Se adentró en la única calle de la población.

Se trataba de una vía bordeada por no más de seis edificios en los laterales, con falsa fachada adornada con brillantes luces rojas, verdes y amarillas. Se oía música proveniente de media docena de gramolas escondidas en alguna parte. Las puertas se cerraron con fuerza. Un hombre con delantal blanco salió de una barbería con unas tijeras azules y un peine negro en la mano. El poste de la barbería a rayas rojas, blancas y azules giraba sobre sí lentamente a su espalda. Al lado había una tienda de comestibles con un revistero en el escaparate y periódicos que flameaban al viento mientras el ventilador giraba sobre su eje en el techo y el burbujeo de la gaseosa que procedía del interior recordaba al siseo de una serpiente. Tras franquear la puerta contemplaron el interior. Había una joven sonriente, tocada con una almidonada gorra verde.

Una sala de billar, con mesas de tapete verde como una jungla, aterciopelada, invitadora. Bolas de billar de muchos colores dispuestas en triángulo, a la espera. Al otro lado de la calle, una iglesia, con ventanas de color zarzaparrilla, fresa y limón. También hay un hombre allí, con traje negro y alzacuellos. Al lado, una biblioteca. A continuación, un hotel. «Colchones blandos, primera noche gratis y aire acondicionado». Un recepcionista tras el mostrador tiene en la mano la campanilla de

plata. Pero el lugar al que iban, el lugar que los atrajo como el olor del agua atrae al ganado por la llanura polvorienta, era el edificio situado al principio de la calle.

THE MILLED BUCK SALOON.

Un hombre con pelo sucio y rizado, remangado por encima de los codos peludos con manguitos elásticos de color rojo, recostado en una columna. Desapareció tras las puertas vaivén. Cuando alcanzaron las puertas, limpiaba la barra al tiempo que retiraba la espuma de treinta vasos alineados, relucientes, en la hermosa barra alargada. Una lámpara de cristal resplandecía en el techo. Había una escalera que llevaba arriba y algunas puertas en la primera planta, dispuestas a lo largo del pasillo. Se respiraba en el ambiente un olor a perfume.

Entraron todos en el bar, en silencio. Tomaron cada uno un vaso, que apuraron sin más, sin limpiarse los labios. Les escocían los ojos.

–Menudo gasto, por Dios –susurró el capitán al psiquiatra, ambos de pie junto a la entrada.

–Decorados, materiales de saldo, material plegable. En la iglesia, por supuesto, un sacerdote de verdad. Tres barberos auténticos. Un pianista.

El hombre sentado al piano de teclas amarillentas arrancó a tocar *St. Louis Woman with Your Diamond Rings*.

–Un farmacéutico, dos camareras que sirven refrescos, un dueño de sala de billar, un chaval limpiabotas, un mozo de billares, dos bibliotecarios, cachivaches, obreros, lampistas, etcétera. Un total de un millón de dólares. El hotel es completamente auténtico. Hasta la última habitación con baño. Comodidad. Buenas camas. Los demás edificios son falsos en sus tres cuartas partes. Pero toda la construcción rebosa belleza, con sus ranuras y pestañas, un niño podría armarlo como un juguete en una hora.

–Pero ¿servirá?

–Mire esas caras, ya han empezado a relajarse.

–¿Por qué no me lo había contado?

–Porque si llega a saberse, si llega a saberse este absurdo, este ridículo dispendio, la prensa se habría abalanzado sobre mi cuello: senadores, el Congreso, sabe Dios cuánta gente habría metido baza. Es una bobada, una condenada memez, pero funciona. Es la Tierra. Es todo lo que me importa. La Tierra. Es un pedazo de la Tierra al que los hombres pueden aferrarse y decir: «Esto es Illinois, éste es el pueblo donde crecí. Estos son los edificios de toda la vida. Es un trozo de la Tierra que está aquí para hacerme compañía hasta que podamos traer más y logremos desterrar para siempre la soledad».

–Ingenioso, maquiavélico, inteligente.

Sonrientes, los hombres pidieron otra ronda de whisky.

–La gente de nuestra nave, capitán, procede de catorce poblaciones pequeñas. Los escogimos por ello. Cada uno de los edificios de esta calle es un calco de esas poblaciones. El dueño de la taberna, el propietario de la tienda de comestibles, el

sacerdote, toda la gente que ha desembarcado del Segundo Cohete procede de esos pueblos.

–¿Treinta? ¿Además de la dotación de refuerzo?

Con una expresión feliz, el psiquiatra volvió la mirada hacia la escalera que llevaba a la balaustrada y las puertas cerradas. Se entreabrió una de las puertas, a través de cuya rendija miró al exterior por un instante un hermoso ojo azul.

–Cada mes traeremos más luces, más pueblos. Más gente. Más Tierra. Lo familiar tiene prioridad. Lo familiar comporta cordura. Hemos ganado la primera mano. Seguiremos ganando si continuamos por este camino.

Los hombres empezaban a reír y se daban fuertes palmadas en el hombro unos a otros. Algunos salieron y cruzaron la calle para cortarse el pelo, otros se reunieron en torno a la mesa de billar, y un puñado fue a comprar algo de comer mientras otros se dirigían a la silenciosa iglesia de cuyo interior escaparon unas notas de órgano antes de que el pianista de la taberna tocase las primeras notas de *Frankie and Johnny*. Dos hombres subieron riendo la escalera que llevaba a las puertas repartidas a lo largo de la balaustrada.

–Yo no bebo, capitán. ¿Qué le parece si tomamos una cerveza de piña en la tienda de comestibles?

–¿Cómo? Ah, bueno, yo estaba pensando... Smith. –El capitán se volvió–. En la nave, ¿cree usted que podríamos traerlo aquí, que esto le sentaría bien, que esto podría hacerle feliz?

–Lo que es seguro es que debemos intentarlo –respondió el doctor.

El pianista interpretaba *That Old Gang of Mine*. Todo el mundo cantaba, algunos se habían puesto a bailar, y la ciudad era como una joya que relucía en la desolación y la negrura que la envolvían. Marte solitario, el cielo oscuro tachonado de estrellas, el rugido del viento, las lunas en pleno ascenso, los mares y las ciudades antiguas muertas. Pero el poste de la barbería giraba y giraba, y los ventanales de la iglesia tenían el color de la Coca-Cola y la limonada y el fosfato de mora.

El pianista jugueteaba con las notas de *Skip to My Lou* media hora más tarde cuando el capitán, el psiquiatra y un tercer hombre entraron en la tienda de comestibles y tomaron asiento en unos taburetes situados en un rincón.

–Tres cervezas de piña –pidió el capitán.

Y permanecieron sentados, hojeando revistas, girando lentamente en los taburetes, hasta que la joven camarera que los atendía se acercó para servirles tres cervezas de piña.

Los tres hicieron ademán de alcanzar la pajita.

CHARLA DE DESALMOHADA

–Dios mío.

–¡Santo Dios!

Se recostaron mirando al techo. Hubo una larga pausa que aprovecharon para recuperar el aliento.

–Ha sido fantástico –dijo ella.

–Fantástico –admitió él.

Otra larga pausa mientras ambos examinaban el techo.

–Fantástico, pero... –dijo ella finalmente.

–¿A qué viene ese «pero»? –interrumpió él.

–Decía que ha sido fantástico, pero que lo hemos echado todo a perder.

–¿Cómo?

–Nuestra amistad –dijo–. Era algo estupendo, pero lo hemos perdido.

–No lo creo –dijo.

Inspeccionó el techo incluso con mayor atención.

–Sí –continuó ella–. Era maravillosa. Había durado tanto tiempo. ¿Cuánto? ¿Un año? Y ahora, como si fuésemos un par de idiotas, hemos acabado con ella.

–No somos un par de idiotas –dijo él.

–Yo lo veo así. Todo por un momento de debilidad.

–No, de pasión.

–No importa cómo lo expases –dijo ella–. Lo hemos echado todo a perder. En serio, ¿cuánto? ¿Un año? Éramos camaradas, compañeros, íbamos juntos a la biblioteca, jugábamos a tenis, bebíamos cerveza en lugar de champán, y míranos, ha bastado una hora para echarlo todo a perder.

–Disiento.

–Piénsalo. Piensa en la última hora y compárala con el año pasado. Acabarás opinando como yo.

Él observó el techo para ver si veía allí alguna de las cosas que ella decía.

Ella oyó un suspiro.

–¿Eso significa que sí, que estás de acuerdo?

Cuando él asintió, ella percibió el cabeceo.

Yacieron tumbados, recostando cada uno la cabeza en su almohada, mirando el techo un buen rato más.

–¿Cómo recuperarlo? Ha sido una tontería. Con otros no nos hemos comportado así. Sabíamos que esto podía arruinarlo todo, a pesar de lo cual hemos seguido adelante y lo hemos matado. ¿Se te ocurre algo? ¿Ahora qué hacemos?

–¿Salir de la cama? –sugirió él–. Y desayunar.

–No bastará con eso –opinó ella–. Sigamos aquí un rato, tal vez se nos ocurra

algo.

–Pero tengo hambre.

–También yo estoy hambrienta. Pero de respuestas.

–¿Qué haces? ¿Qué es ese ruido?

–Creo que estoy llorando. Es una pérdida terrible. Sí, creo que estoy llorando.

Yacieron tumbados más rato hasta que él se revolvió en las sábanas.

–Se me ha ocurrido una locura –anunció.

–Qué.

–Si seguimos aquí tumbados con la cabeza en la almohada y miramos al techo y hablamos sobre lo que ha pasado durante esta última hora, y luego de la semana pasada y desentrañamos cómo hemos llegado aquí, antes de repasar el pasado mes y todo el año, quizá eso podría ayudarnos.

–¿De qué manera?

–Una charla de desalmohada –dijo él.

–¿Desalmohada?

–No, de desalmohada. Llevamos toda la vida oyendo eso de la «charla de almohada», la que se lleva a cabo tarde, de noche, o a primera hora de la mañana. La charla de almohada entre un matrimonio o entre amantes. Solo que en este caso quizá podamos hacer las cosas al revés, dar marcha atrás. Si podemos hablar y desandar el camino hasta el lugar donde estábamos anoche, a las diez, y luego a las seis de la tarde, y seguidamente a mediodía, puede que logremos de algún modo deshacernos con palabras de lo sucedido. Una charla de desalmohada.

Ella soltó una risilla.

–Supongo que podríamos intentarlo. ¿Cómo lo hacemos?

–Bueno, nos quedamos aquí tumbados, muy quietos, y nos relajamos mirando al techo con la cabeza en la almohada y nos ponemos a hablar.

–¿Por dónde empezamos?

–Cierra los ojos y di cualquier cosa que quieras decir.

–Pero no sobre esta noche –dijo ella–. Si hablamos de la última hora igual acabamos empeorando la situación.

–Olvídate de la última hora –dijo–, o recuérdala rápidamente, y después volvamos al inicio de la velada.

Ella permaneció inmóvil, los ojos cerrados, con los puños crispados a los costados.

–Creo que fueron las velas –dijo.

–¿Las velas?

–No debí traerlas. No debí encenderlas. Ha sido nuestra primera cena a la luz de las velas. No sólo eso, sino el champán en lugar de la cerveza; eso ha sido un error tremendo.

–Velas –dijo–. Champán. Ajá.

–Era tarde. Sueles irte a casa temprano. Nos despedimos pronto y nos reunimos

temprano para jugar a tenis o ir a la biblioteca. Pero tú te quedaste hasta muy tarde y abrimos la segunda botella de champán.

–Se acabó eso de abrir segundas botellas.

–Tiraré las velas –dijo ella–. Pero antes, dime: ¿Qué te ha parecido este año?

–Me ha parecido estupendo –dijo–. Nunca había tenido una amiga como tú, has sido muy buena compañía.

–Lo mismo te digo –dijo ella–. ¿Dónde nos conocimos?

–Fue en la biblioteca. Durante una semana te veía a diario hurgando en las pilas de libros. Parecías buscar algo concreto. Tal vez no era un libro.

–Vaya, puede que después de todo te estuviese buscando a ti –dijo ella–. Te vi vagabundeando entre los estantes, o sentado estudiando. Lo primero que me dijiste fue: «¿Qué opinas de Jane Austen?». Qué cosa más peculiar en labios de un hombre. La mayoría no lee a Jane Austen, o si lo hace jamás lo admitiría o rompería el hielo de esa manera.

–No pretendía romper el hielo –dijo él–. Me pareció que tenías aspecto de leer a Jane Austen, o quizá a Edith Wharton. Fue un comentario de lo más normal.

–A partir de allí empezamos a hablar de verdad. Recuerdo que anduvimos juntos entre los estantes y que tú sacaste una edición especial de las obras de Edgar Allan Poe para mostrármela, y aunque nunca he sido muy aficionada a Poe, me hablaste de tal forma de él que me entraron ganas de releerlo, cosa que hice al día siguiente a pesar de lo terrible que me parece ese hombre.

–Por tanto –concluyó él–, fueron Austen, Wharton y Poe. Nombres insignes para una compañía.

–Después me preguntaste si jugaba al tenis, y respondí que sí. Dijiste que se te daba mejor el bádminton pero que probarías a jugar conmigo a tenis. Así que jugamos juntos y fue fantástico... Creo que uno de los errores que cometimos fue que esta semana, por primera vez, jugamos juntos un dobles contra otra pareja.

–Sí, eso fue un error grave. Mientras jugaba contra ti, no había lugar para velas o champán. Puede que eso no sea del todo cierto, pero debo admitir que el hecho de que no dejases de ganarme dificultaba las cosas.

Ella rió entre dientes.

–De acuerdo. Yo debo admitir que ayer cuando jugamos dobles en la pista y ganamos el partido, no mucho después de eso, sin pensar, salí a comprar las velas.

–Dios mío –dijo él.

–Sí. ¿No te parece que la vida es muy extraña? –Hizo una pausa y miró de nuevo al techo–. ¿Crees que estamos cerca?

–¿De qué?

–Del lugar donde tendríamos que estar. De vuelta a hace un año, a un mes; mierda, incluso una semana atrás. Me conformaría con eso.

–Sigue hablando –dijo.

–No, hazlo tú. Tienes que colaborar.

–De acuerdo. Fueron aquellos días que pasamos en coche yendo costa arriba y abajo. Nunca pasamos una noche fuera. Nos gustaba conducir en el descapotable con el viento y el mar, y nos parábamos de reír.

–Sí –admitió ella–. Eso es, ¿verdad? Cuando piensas en todas tus amistades y en los momentos más importantes de la vida, la risa es el mayor de los dones. Hemos tenido mucho de eso.

–De hecho acudiste a algunas de mis conferencias sin quedarte dormida.

–¿Cómo iba a hacerlo? Siempre has sido brillante.

–No. Puede que sea un genio –dijo–, pero no brillante.

Ella rió de nuevo en voz baja.

–Últimamente has leído mucho a Bernard Shaw.

–¿Se nota?

–Sí, pero no me importa. Genio o brillante, la charla estuvo bien.

–¿Qué tal va?

–Creo que nos estamos acercando –dijo ella–. Casi he vuelto seis meses atrás. Si seguimos así, alcanzaremos el año. Y toda esta noche no será más que un recuerdo precioso, brillante, visto a través de un vidrio opaco.

–Bien dicho. Sigue, anda.

–Otra cosa –continuó ella–. En todos nuestros viajes, desde el desayuno a orillas del mar hasta la comida en la montaña o la cena en Palm Springs, siempre nos retirábamos antes de medianoche. Me dejabas en la puerta de casa y te alejabas en el coche.

–Exacto. Qué viajes tan estupendos. ¿Cómo te sientes? –preguntó.

–Me siento como si estuviera allí –respondió ella–. Esta charla de desalmohada ha sido muy buena idea.

–¿Te ves de vuelta a la biblioteca, caminando, sola?

–Sí.

–Te seguiré dentro de un rato –aseguró él–. Una cosa más.

–¿Sí?

–Mañana, a mediodía; tenis, pero esta vez estarás al otro lado de la red y jugaremos enfrentados, como en los viejos tiempos, y yo ganaré y tú perderás.

–No estés tan seguro. Mediodía. Tenis. Como en los viejos tiempos. ¿Algo más?

–No olvides comprar cerveza.

–Cerveza –repitió ella–. Sí. Bueno, ¿ahora qué? ¿Amigos?

–¿Cómo?

–¿Amigos?

–Por supuesto.

–Genial. Estoy muy cansada; necesito dormir, pero me encuentro mejor.

–Yo también.

–Así que voy a quedarme en mi almohada, y tú en la tuya, pero antes de que nos rindamos al sueño hay una cosa más.

–Dime.

–¿Puedo tomarte la mano? Sólo eso.

–Pues claro.

–Porque tengo la terrible sensación de que la cama podría dar vueltas y arrojarte fuera, y que al despertar no me estarás tomando de la mano.

–Adelante.

Ambas manos se entrelazaron. Permanecieron rígidos, muy quietos.

–Buenas noches –dijo él.

–Ahí, sí, buenas, buenas noches –dijo ella.

VENGA CONMIGO

Joseph Kirk fue incapaz de explicar inmediatamente por qué hizo lo que hizo, por qué impulso. Tan sólo recordó en ese instante incidentes similares de años atrás que le habían hecho perder los nervios.

En una sencilla cena particular, cuando un insoportable productor cinematográfico había alardeado de haber traicionado sus propios principios, dando a entender que era lo que hacía todo hijo de vecino, Joseph Kirk había dejado cuchillo y tenedor en el mantel y había ordenado al productor que abandonara la mesa. El productor obedeció.

En otra ocasión, cuando una actriz de cine pasó media hora regañando a su marido en presencia de los invitados, Kirk intervino, le dijo lo horrible persona que era, y se fue a la habitación contigua, donde se puso a leer un libro. Más tarde, al marcharse, ella se disculpó sin que él le dirigiera la mirada.

Esta noche había vuelto a suceder. Se oyó decir algo increíble. Era como si alguien le hubiese tendido una granada de mano y, sin pensarlo siquiera, él hubiera tirado de la anilla y se hubiese quedado mirando el proyectil sin lanzarlo mientras hacía explosión.

Echaba un vistazo en un puesto de periódicos a última hora de la tarde, hojeando unas revistas, cuando oyó voces airadas que se acercaban. Una alta, aguda y despectiva; la otra, ahogada, medio muda, ya derrotada. El puesto de prensa se encontraba situado al sur de Hollywood Boulevard, y las voces provenían de esa dirección.

Joseph Kirk echó un vistazo por el rabillo del ojo. Vio a un joven atractivo insultando mientras caminaba a alguien que iba detrás. Daba la impresión de llevar puesta una capa invisible. Parecía también llevar puesta una máscara. Ni una cosa ni otra; era el modo en que sostenía la cabeza, la mueca gélida de odio que componía mientras elaboraba sus diatribas.

A su espalda, más bajito, dócil, y desde luego no tan indiscreto, caminaba su amigo, que era igualmente atractivo, pero sin capa invisible ni máscara, tan sólo la expresión de quien soporta un chaparrón sorprendido por la que está cayendo.

–Dios mío –exclamó el joven que iba en cabeza, contemplando la calle que se extendía ante su mirada–, ¿es que eres incapaz de hacer algo a derechas?

–¿Qué he hecho ahora?

–Anoche, esta mañana. Justo ahora. Te comportas como una vaca. ¿Es que no puedes ser educado? ¿No puedes actuar con propiedad? En la fiesta, madre de Dios. ¿Eres incapaz de sonreír, o de reír, o simplemente de charlar? ¡Te has quedado de pinote como el poste del indio de madera!

–Es que...

–Y hoy en la comida, mientras Teddy procuraba entretenernos con sus chistes, tú te has quedado sentado sin decir ni pío. ¡Por Dios! Eres...

Ambos pasaron por su lado, la primera parte del desfile con pompa y circunstancia, alto y engallado con su gracia felina; la segunda parte del desfile, derrotada, arrastrando los pies, extraviada. A Kirk se le erizó el vello de la nuca. Se descubrió apretando con fuerza los dientes, cerrando los ojos.

–Y lo de esta tarde. ¿Sabes qué has hecho esta tarde?

–¿Qué he hecho? ¿Qué?

–Has...

–Cierre la boca, ¿quiere? –exclamó Kirk.

El mundo se quedó paralizado. El desfile hizo un alto. La pomposa mitad se volvió como si una bala acabara de perforarle el corazón. Su derrotado amigo permaneció inmóvil, levantando lentamente la cabeza con una mirada de consternación mezclada con alivio y curiosidad.

–¿Cómo? –preguntó a gritos el hombre de la máscara invisible.

Kirk sintió que sus labios se movían e, incapaz de creer su propia reacción, continuó:

–He dicho que cierre la boca.

–¿Y quién demonios es usted? –gritó el primer joven.

–¡Nadie que sea de su incumbencia, maldita mierda!

«¿Adónde pretendo llegar con esto?», se preguntó Kirk. Pero entonces, miró a la cara al segundo joven y halló una respuesta. Había en ella un resquicio de esperanza, de asombro, una necesidad de escapar.

–Mire –dijo Kirk–. Usted se viene conmigo.

–¿Qué? –se sorprendió el segundo joven.

–No querrá usted seguir con este monstruo, ¿verdad? –preguntó Kirk–. No. Vamos, venga conmigo. Le haré más feliz de lo que él sería capaz. Empezaré dejándole en paz y seguiremos a partir de ese punto, ¿qué le parece? Bueno, ¿él o yo?

El segundo joven, dividido, paseó una mirada de incredulidad entre su amigo y Kirk, y finalmente miró al suelo, incapaz de escoger.

–Eh, mírame –dijo el primer joven, cuya máscara empezaba a fundirse–. Tú...

–No –le interrumpió Kirk, que acercó la mano al codo del segundo joven–. Por fin será usted libre. ¿No le parece estupendo? ¡Usted, apártese de mi camino! Usted, venga conmigo.

Kirk se situó rápidamente entre ambos, obligó al segundo joven a girar con él y ambos se alejaron en la dirección opuesta.

–Eh, no puede hacer eso –protestó el otro, aturdido.

–¡Pues mire cómo me alejo! –gritó Kirk.

Y siguió andando con su cautivo hasta doblar la esquina, rápidamente, mientras el otro lanzaba a su espalda gritos de cormorán, o de aguilucho o de lo que fuera.

–Siga andando –ordenó Kirk.

–Ya lo hago.

–No vuelva la vista atrás.

–No.

–Más rápido.

–Estoy corriendo.

–Perfecto.

Llegaron a la siguiente esquina, donde hicieron un alto, mirándose.

–¿Quién es usted? –preguntó el segundo joven.

–Su salvador, supongo.

–¿Por qué lo ha hecho?

–No lo sé. Tenía que hacerlo. Era terrible.

–¿Cómo se llama?

–Kirk. Joseph Kirk.

–Yo me llamo Willy-Bob.

–Santo Dios, tiene pinta de llamarse Willy-Bob.

–Ya. Lo sé. ¿Nos seguirá?

–Probablemente siga aturdido. Sigamos moviéndonos. Tengo el coche aparcado ahí enfrente.

Llegaron al vehículo, y mientras Kirk abría la puerta del pasajero, Willy-Bob dijo:

–¡Usted ni siquiera es uno de los nuestros! Ni siquiera es... Bueno, ya sabe.

Hubo un largo silencio mientras ambos entraban en el coche. Antes de que Kirk arrancase el motor, oyó decir a Willy-Bob:

–¿Usted es...?

Kirk se volvió para mirarle, riendo entre dientes.

–No, no.

–Entonces, ¿por qué? ¿Por qué?

–La idea de permitir que siguiera yendo por la calle con ese hijo de perra me ponía de los nervios. No podía permitirlo.

–Es que yo le quiero.

–Ya, pues qué lástima. Pero ahora está usted conmigo.

–¿Qué se ha propuesto hacer conmigo?

–Yo soy un hombre sin nariz. Usted es una caja de pañuelos. Pensaré en algo.

Kirk se echó a reír. Willy-Bob rió también.

–Ay, esto es increíble. ¡Tremendo!

Las lágrimas rodaron por las mejillas de ambos.

–¿No se lo parece? –preguntó Kirk, que al cabo arrancó el coche acompañado por su cautivo.



Encontraron un lugar para comer en el automóvil y terminaron de reír allí. Pidieron dos hamburguesas, patatas fritas y dos cervezas, y aguardaron sentados a

que cesaran las risas.

–¡Dios mío, la cara que puso! Ay, qué bien me siento –exclamó Willy-Bob.

–Eso pretendía –dijo Kirk.

–Es la primera vez, ¡la primera vez que hablo en mi vida!

«Pero no lo hiciste», pensó Kirk, reservándose sus palabras.

–Me lo estoy imaginando en este preciso momento, dando/a zancadas arriba y abajo del boulevard, intentando encontrarme, furioso...

La voz de Willy-Bob fue perdiendo intensidad.

–Demonios, ¡ya verá cuando me encuentre! Todas mis cosas están en su piso.

–¿Ese lugar no es también de usted?

–Compartimos apartamento en Fountain.

–¿Cuántas cosas tiene allí?

–Muchas. Una muda de ropa. El neceser. Una vieja máquina de escribir baqueteada. Supongo que nada del otro mundo.

–No, nada del otro mundo.

Las hamburguesas llegaron a tiempo para interrumpir el creciente silencio. Comieron sin hablar. Cuando tenía el bollo a medio terminar, Willy-Bob tragó ruidosamente y dijo:

–Bueno, insisto, ¿qué se ha propuesto usted hacer conmigo?

–Nada.

–Puede, ya sabe. Se lo debo.

–Usted no me debe nada. Pero sí tiene una deuda consigo mismo. Marcharse con viento fresco. Irse con viento fresco.

–Tiene razón. Pese a todo, no lo entiendo, ¿por qué lo hizo? ¿Por qué estoy aquí con usted?

Kirk dio otro mordisco, pensativo, la vista en el parabrisas, donde los insectos aplastados habían encontrado la muerte. Intentó leer sus restos secos.

–Dos perros se enganchan en plena calle, no pueden soltarse, salgo corriendo y les enchufo un manguerazo. Una lechuza en un campo, caída de un árbol, la llevé a casa, le di leche tibia. Mierda.

–¿Soy una lechuza caída de un árbol?

–Existe un parecido considerable.

–Sigo sin poder volar.

–Por eso intervine.

–Pero usted no sabía nada sobre mí.

–Eso no es verdad. Me bastó con verle pasar. Con escucharle.

–Pero no sabía nada sobre él.

–Eso no es cierto. Bastaba con verlo pasar, con escuchar toda su vida entera, y también la de usted.

–Se le da muy bien ver y escuchar.

–No es una virtud. Me crea problemas. Mírenos aquí, a usted y a mí. Y ahora,

¿qué?

Terminaron las hamburguesas y volcaron su atención en los restos de cerveza.

–Quizá podamos disfrutar de una vida juntos –sugirió entonces Willy-Bob.

–De ninguna manera –dijo Kirk, brusco–. Quiero decir que no soy más que un analista, un buen samaritano, ambas cosas me pierden y hacen que me sienta tan incómodo como usted. En realidad no nos servimos de nada mutuamente. La única cosa que nos mantiene unidos es mi compasión y su miedo.

–Tendrá que bastar con eso –concluyó Willy-Bob–. ¿Le acompaño a casa esta noche? Es decir, si voy a casa con usted.

–A cada segundo que pasa parece menos convencido.

–Tengo un miedo del demonio. Me siento como si hubiera vomitado en la iglesia.

–Dios nunca le perdonará, ¿verdad?

–Nunca lo ha hecho.

Kirk apuró la cerveza.

–Ese amigo suyo no es Dios, sino Lucifer. Y su apartamento es el infierno en la Tierra. Más le valdría volarse la tapa de los sesos antes que volver allí.

–Lo sé. –Willy-Bob asintió con los ojos cerrados.

–A pesar de lo cual se lo está planteando, ¿verdad?

–En efecto.

–Busquémosle habitación para pasar la noche. Verse en un sitio distinto le proporcionará más...

–¿Coraje?

–No quiero predicar.

–Es que necesito que me prediquen. Un hotel, vale. Pero no tengo dinero...

–Creo que puedo permitírmelo –dijo Kirk.

Kirk arrancó el vehículo.

–De camino, si no queda lejos, ¿podríamos pasar por su casa, para que pueda ver...?

–¿Qué?

–Para verla desde fuera, la casa donde vive. Porque está casado, ¿no es así? Me gustaría ver algo estable. Basta con pasar por delante, ¿de acuerdo?

–Bueno... –Kirk titubeó.

–¿Vale? –insistió Willy-Bob.

Condujeron, circulando por Hollywood. Por el camino, Kirk dijo:

–¿Tiene trabajo? No. Mañana le traeré los anuncios de ofertas de empleo, para que pueda vivir solo un tiempo y descubra quién diablos es en realidad. ¿Cuánto lleva viviendo, si se puede decir de ese modo, con ese hijo de puta?

–Un año. El mejor año de mi vida. Un año entero. El año más horrible de todos.

–Mitad y mitad. Conozco esa sensación.

Llegaron al bungalow blanco de Kirk, que pasaron lentamente de largo. Un luz color albaricoque relucía en la ventana frontal. Tenía aspecto cálido, incluso a Kirk se

lo parecía, cuando estuvieron a punto de frenar.

–¿Ésa es su ventana? –preguntó Willy-Bob–. Tiene un aspecto estupendo.

–No está mal.

–Por Dios que es usted una buena persona. Yo debo de estar muy mal para no relajarme y dejar que me salven. ¿Qué me pasa? –se quejó Willy-Bob antes de romper a llorar.

Kirk le tendió un pañuelo de papel, y a continuación, llevado por un impulso, se inclinó para darle un beso en la frente. Sorprendido, Willy-Bob levantó la cabeza, las mejillas surcadas de lágrimas.

Kirk se apartó.

–¡No quería ofenderle! ¡No pretendía ofenderle!

Ambos rieron mientras circulaban por Hollywood en busca de un motel.

Kirk se apeó del vehículo.

–Será mejor que vuelva –dijo Willy-Bob.

–¿No va a pasar la noche aquí?

–Sabe que no puede ser.

Kirk siguió de pie, esperando. Por fin Willy-Bob añadió:

–¿Tuvo usted muchas novias?

–Unas cuantas.

–Ya me lo parecía. Es guapo y tiene buenos modales. ¿Es feliz en su matrimonio? ¿Su amabilidad ayuda?

–No nos va mal –respondió Kirk–. Echo de menos cómo era antes, cuando empezamos.

–Ah. Me gustaría echarlo de menos alguna vez y poder superarlo. Ahora mismo siento náuseas.

–Lo superará, si se da una oportunidad.

–No. –Willy-Bob negó con la cabeza–. Nunca lo conseguiré.

Bastó con eso.

Kirk subió al coche y permaneció sentado observando al frágil joven secarse las lágrimas.

–¿Adónde quiere que le acerque?

–Le señalaré el camino.

Kirk introdujo la llave en el contacto y aguardó.

–Aquí está el motel. Última oportunidad en la vida. A la una, a las dos y a las tres. Nueve, ocho, siete...

Kirk reparó en la cerveza que Willy-Bob tenía en la mano. Willy-Bob rió entre dientes.

–La última cena del condenado a muerte.

Aplastó la lata en la mano y la arrojó por la ventanilla.

–Ahora no es más que un deshecho. Como yo. ¿Qué le parece?

Kirk ahogó una maldición y arrancó el vehículo.



–¡Ahí está!

Habían conducido por Santa Monica Boulevard y se acercaron a un lugar llamado Blue Parrot. A medio entrar o medio salir por la puerta estaba el hombre de la máscara y capa invisibles. En ese momento la máscara colgaba a medias del rostro, los ojos maltrechos, la boca herida, pero allí estaba de pie igualmente, con los brazos cruzados a la altura del pecho, zapateando impaciente con el pie.

Al ver que el coche de Kirk frenaba la marcha y distinguir quién iba sentado en el asiento del pasajero, todo su cuerpo se abalanzó hacia delante. Pero en ese momento la máscara recuperó su lugar habitual, irguió la espalda, los brazos aplastaron su propio pecho y alzó la barbilla mientras sus ojos relampagueaban en silencio.

Kirk frenó el vehículo.

–¿Está seguro de que quiere estar aquí?

–Sí –respondió Willy-Bob con la mirada gacha y las manos hundidas entre las piernas.

–Es consciente de lo que va a pasar, ¿verdad? La semana que viene será un infierno, o, si leo correctamente la situación, más bien el próximo mes.

–Lo sé. –Willy-Bob cabeceó lentamente en sentido afirmativo.

–¿A pesar de ello quiere irse con él?

–Es lo único que puedo hacer.

–No, puede alojarse en el motel y yo le compraré una brújula.

–¿Qué clase de futuro es ése? –preguntó Willy-Bob–. Usted no me quiere.

–No, no le quiero. Y ahora, salga del vehículo y eche a correr como alma que lleva el diablo, ¡y solo!

–Por Dios, ¿acaso no piensa que me gustaría ser capaz de hacerlo?

–Pues entonces hágalo por mí. Por usted. Corra. Encuentre a otro.

–No hay nadie más en todo el mundo. Él me quiere. Si lo dejo lo mataré.

–Y si vuelve a su lado será él quien le mate a usted. –Kirk llenó de aire los pulmones y soltó un suspiro–. Tengo la sensación de estar arrojando un yunque a alguien que se está ahogando.

Willy-Bob acarició con los dedos la cerradura de la puerta. La abrió. El hombre que se hallaba de pie a la entrada del Blue Parrot reparó en ello. De nuevo, echó hacia delante el cuerpo, de nuevo recuperó el equilibrio mientras un rictus macabro se dibujaba en sus labios.

Willy-Bob salió del coche. Los huesos de su cuerpo se disolvieron con cada movimiento. Cuando se situó de pie en el asfalto, dio la impresión de haber perdido un palmo de altura respecto a la que tuvo diez minutos antes. Se inclinó para introducir la cabeza por la ventanilla del vehículo, como quien se dirige al juez que preside un tribunal donde se dirimen infracciones de tráfico.

–Usted no lo entiende.

–Sí lo entiendo –dijo Kirk–. Y eso es lo triste.

Extendió el brazo para dar unas palmadas en la mejilla de Willy-Bob.

–Procure disfrutar de la vida, Willy-Bob.

–Usted ya lo ha hecho. Nunca le olvidaré –prometió Willy-Bob–. Gracias por intentarlo.

–Hubo un tiempo que trabajé de socorrista. Puede que me acerque esta noche a la playa, suba a la caseta y vigile a ver si hay más bañistas que se ahogan.

–Hágalo –dijo Willy-Bob–. Salve a alguien a quien valga la pena salvar. Buenas noches.

Willy-Bob se dio la vuelta y anduvo en dirección al Blue Parrot.

Su amigo, el hombre de la recuperada máscara y la ostentosa capa, había entrado en el local, seguro, convencido, sin siquiera esperarle. Willy-Bob parpadeó ante el movimiento brusco de las puertas hasta que permanecieron inmóviles. Entonces, con la cabeza gacha bajo una lluvia que nadie más veía, entró en el local.

Kirk no quiso esperar. Arrancó el motor y se alejó en coche.

Llegó al mar veinte minutos después, y allí observó la vacía caseta de socorrista bañada por la luz de la luna, atento al rumor del oleaje.

«Qué mierda, no queda nadie a quien salvar», pensó. Y condujo de vuelta a casa.

Se metió en la cama con lo que le quedaba de la cerveza, que apuró lentamente, atento al techo hasta que su mujer, con la vista vuelta hacia la pared, preguntó:

–A ver, esta vez ¿en qué te has metido?

Apuró la cerveza, recostó la cabeza en la almohada y cerró los ojos.

–No lo creerías aunque te lo contara.

CORAZÓN DE MANZANA BALTIMORE

De camino al cementerio, Menville decidió que necesitaban algo de comer, así que pararon el vehículo ante un puesto de fruta que había en un lateral de la carretera, lleno de plátanos, manzanas, arándanos y, por supuesto, naranjas.

Menville tomó dos espléndidas, grandes y relucientes manzanas que tendió a Smith.

–¿Y esto? –preguntó Smith.

Menville, con expresión enigmática, se limitó a responder:

–Come, come.

Dejaron las chaquetas en el coche, y cubrieron a pie el resto del trayecto que los separaba del cementerio.

Una vez hubieron franqueado las puertas de entrada, anduvieron un buen trecho hasta que finalmente alcanzaron una lápida concreta.

Smith agachó la vista y dijo:

–Russ Simpson. ¿No era un viejo amigo tuyo de la escuela?

–Sí –respondió Menville–. El mismo. Era parte de la pandilla. De hecho era mi mejor amigo. Russ Simpson.

Permanecieron de pie un rato, mordisqueando la manzana, masticando en silencio.

–Debió de ser muy especial –dijo Smith–. Para que hayas venido hasta aquí. Aunque no has traído flores.

–No. Sólo estas manzanas. Ya ves.

Smith miraba fijamente la lápida.

–¿Qué hacía de él alguien tan especial?

Menville dio otro mordisco a la manzana y dijo:

–Era constante. Allí se plantaba cada mediodía, en el autobús escolar y luego a la vuelta a casa. A diario. Ahí en los descansos, sentado enfrente de mí en el aula, y juntos nos apuntamos a una clase de relato corto. Esa clase de cosas. Ah, sí, claro que sí; a veces hacía locuras.

–¿Cómo por ejemplo? –preguntó Smith.

–Verás, teníamos una modesta panda de cinco o seis tipos que nos veíamos a la hora de comer. Todos éramos distintos, pero, por otro lado, de algún modo éramos parecidos. Russ la tomaba conmigo, ya sabes, como lo hacen los amigos.

–¿Que la tomaba contigo? ¿Cómo?

–Le gustaba jugar a un juego. Nos miraba a todos y decía: «A ver, que alguien diga “Granger”». Me miraba y decía: «Di “Granger”». Y yo decía «Granger», y él negaba con la cabeza y decía: «No, no. Que otro diga “Granger”», así que otro decía «Granger» y todos se reían a mandíbula batiente porque había dicho «Granger» como

debía hacerse. Entonces Russ se volvía hacia mí y decía: «Ahora te toca a ti, dilo». Y yo decía «Granger» y nadie se reía, y yo me quedaba ahí, sintiéndome excluido.

»La cosa tenía truco, pero yo era tan bobo, tan inocente, que nunca se me pasó por la cabeza que fuese una broma, la clase de jugarretas que me hacían.

»Entonces hubo una vez en que, estando en casa de Russ, un amigo suyo llamado Pipkin se inclinó sobre la barandilla del balcón para arrojarme un gato encima. ¿Puedes creerlo? El gato cayó justo sobre mi cabeza y me arañó la cara. Luego se me ocurrió pensar que podría haberme sacado los ojos. A Russ le pareció una broma de primera. Russ se reía y Pip también, y yo arrojé al gato a la otra punta del salón. Russ se indignó: “¡Cuidado con lo que haces con el gato!”, dijo. “¡Mira lo que me ha hecho el gato!”, protesté yo. Ahí tienes el chiste que contó a todo el mundo. Todos se reían, menos yo.

–Menudo recuerdo –dijo Smith.

–Ahí estaba a diario, conmigo en la escuela, mi mejor amigo. De vez en cuando, a la hora de comer, comía una manzana y al terminar decía: «Corazón de manzana», y otro del grupo decía: «Baltimore». Russ decía entonces: «¿Tú de quién eres amigo?». Los demás me señalaban y él me arrojaba, con fuerza, el corazón de la manzana. Pura rutina, esto pasó al menos una vez por semana durante un par de años. Corazón de manzana Baltimore.

–¿Y ése era tu mejor amigo?

–Claro, mi mejor amigo.

Siguieron de pie ante la tumba, comiendo sus respectivas manzanas. El sol ardía cada vez con mayor fuerza y apenas soplaba el viento.

–¿Qué más? –preguntó Smith.

–Ah, no gran cosa. Bueno, a veces a la hora de comer pedía al profesor de mecanografía que me dejase usar una de sus máquinas de escribir, ya que yo no tenía una propia.

»finalmente tuve ocasión de comprarme una muy barata, así que pasé alrededor de un mes sin comer para ahorrar el dinero. Al cabo, reuní lo bastante para comprar mi propia máquina de escribir para trabajar cuando quisiera.

»Un día, Russ me miró y dijo: “Dios mío, ¿te das cuenta de lo que eres?”. A lo que respondí: “¿Qué?”. Y él dijo: “Eres un viejo loco, no se te ocurre otra cosa que regalar tu dinero para comprar esa maldita máquina de escribir. Un viejo chiflado”.

»Ese mismo día, más tarde, pensé que algún día, cuando acabase la gran novela americana, la titularía así: *El viejo chiflado*.

–Mejor que *Gatsby*, ¿no?

–¿Qué *Gatsby*? Sí, claro. En fin, el caso es que conseguí la máquina de escribir.

Guardaron silencio, el único sonido lo hacían al masticar los últimos bocados de manzana.

Una expresión distante cubrió el rostro de Smith, que pestañeó y susurró de pronto:

–Corazón de manzana.

A lo que, rápidamente, añadió Menville:

–Baltimore.

–¿Tú de quién eres amigo? –se apresuró a preguntar Smith.

Menville, mirando la lápida cerca de sus pies, los ojos muy abiertos, dijo:

–Granger.

–¿Granger? –preguntó Smith, mirando fijamente a su amigo.

–Sí –dijo Menville–. Granger.

Al oír aquella respuesta, Smith levantó la mano para arrojar el corazón de su manzana sobre la tumba.

Al verlo, antes de que pudiera finalizar el movimiento, Menville también arrojó el suyo, se agachó, lo recogió y volvió a lanzarlo, de modo que las pepitas no tardaron en esparcirse por toda la tumba, tantas pepitas que era imposible distinguir con claridad el nombre del muerto.

Ambos se quedaron mirando aquel desorden.

Entonces Menville se dio la vuelta y echó a caminar, serpenteando entre las lápidas, mientras las lágrimas le resbalaban por las mejillas.

–¿Adónde vas? –preguntó Smith a su espalda.

Menville, sin volver la vista atrás, respondió con voz ronca:

–A por más manzanas, maldita sea, a por más manzanas.

EL REENCARNADO

Al cabo de un tiempo superas lo de vivir con miedo. No hay nada que puedas hacer; límitate a tener cuidado cuando camines de noche.

El sol es terrible; las noches de verano no ayudan. Debes esperar al tiempo frío. En los primeros seis meses estás en tu mejor momento. En el séptimo mes, el agua se filtra lentamente con abandono. Al octavo mes se desvanece tu utilidad. Al décimo mes yaces lamentándote inmerso en una pena sin lágrimas, momento en que comprendes que nunca volverás a moverte.

Pero antes de que eso suceda hay tanto que terminar. Debes dar vueltas a muchas filias y fobias antes de que se te funda la mente.

Todo es nuevo para ti. ¡Has renacido! Y tu lugar de nacimiento es seda y huele a nardo y ropa blanca, y no hay sonido alguno antes de tu nacimiento, exceptuando el latido del millón de millones de corazones de insectos. Este lugar es raso y madera y metal, no ofrece alimento alguno, tan sólo una implacable porción de aire estancado, una bolsa en la tierra. A partir de ese momento únicamente existe un modo de sobrevivir. Debe haber una ira que te despierte a bofetadas, que te empuje a moverte. Un deseo, un anhelo, una necesidad. Tiemblas y te incorporas para golpearte la cabeza contra la madera forrada de lino. La vida te llama. Creces con ello. Te sirves de las garras para ascender, lentamente, y encuentras el modo de desplazar poco a poco la tierra pesada, y una noche te derrumbas a la negrura, concluida la salida, momento en que asomas a contemplar las estrellas.

Te yergues mientras las emociones te embargan. Das un paso, como un niño, trastabillas, tanteas en busca de apoyo y encuentras una fría losa de mármol. Bajo las yemas de tus dedos reparas en la historia de tu vida, grabada en la piedra con brevedad: Nacimiento-Muerte.

Eres una vara de madera que intenta caminar. Te alejas del terreno de las estatuas en dirección a las calles crepusculares, solo en las frías aceras.

Sientes que hay algo inacabado. Una flor aún por ver, un lugar que debes contemplar, un lago que espera a que te bañes en sus aguas, un vino sin probar. Te diriges a alguna parte, a terminar algo inacabado.

Las calles son extrañas. Caminas por una ciudad nunca vista, un sueño a orillas de un lago. Al poco rato caminas con mayor firmeza, empiezas a moverte con cierta soltura. Recuperas la memoria.

Reconoces ahora hasta el último jardín de esta calle, hasta el último rincón donde en verano burbujea el asfalto entre las fisuras de cemento en ese horno en que se ha convertido. Sabes dónde ataban a los caballos sudorosos en la verde primavera, a la entrada de las casas de hace tanto tiempo que el recuerdo las ha envuelto en bruma. La encrucijada, donde cuelga una lámpara como araña brillante que despide luz y

horada la oscuridad. Huyes de su red hacia las sombras del sicomoro. Deslizas los dedos por la valla de madera. De niño, corrías riendo a su lado con un palo, haciendo ruido de ametralladora.

Estas casas, con sus gentes y sus recuerdos. El fuerte olor a limón de la anciana señora Hanlon, que vivía allí, una dama con manos marchitas que te dedicó una marchita regañina por pisarle las petunias. Ahora está completamente marchita como un viejo papel quemado.

El silencio reina en la calle, a excepción del sonido de alguien que camina. Doblas una esquina e inesperadamente topas con un extraño.

Ambos reculáis. Os examináis mutuamente por un instante, entonces lo comprendes.

Los ojos del extraño son ascuas profundamente arraigadas. Es alto, delgado y viste traje oscuro. Hay una intensa blancura en sus pómulos. Sonríe.

–Eres nuevo –dice.

Sabes lo que es. Él camina y es distinto, como tú.

–¿Adónde vas con tanta prisa? –pregunta.

–Aparta –dices–. No tengo tiempo. Debo ir a alguna parte.

Extiende el brazo y te aferra con fuerza del codo.

–¿Sabes qué soy? –Se inclina sobre ti–. ¿No comprendes que somos iguales? Somos como hermanos.

–Yo... No tengo tiempo.

–No –concede–. Tampoco yo tengo tiempo que malgastar.

Intentas dejarlo atrás, pero camina a tu lado.

–Sé a dónde vas.

–¿Ah, sí?

–Sí –responde–. A un lugar de tu infancia. A un río. Una casa. Un recuerdo. Tal vez una mujer. A la cama de una vieja amiga. Ah, lo sé muy bien. Sé todo acerca de nuestra especie. Lo sé. –Inclina la cabeza ante las luces y las sombras junto a las que pasan.

–¿De veras?

–Ésa es la razón de que los perdidos caminemos tanto. Es raro si piensas en todos los libros escritos sobre fantasmas y almas en pena, es decir, ninguno de los autores de esos venerables volúmenes ha abordado siquiera la verdadera razón de que caminemos. Pero siempre se debe a un recuerdo, a un amigo, a una mujer, una casa, un trago de vino, a todo y a cualquier cosa que esté ligada a la vida y... ¡A los seres vivos! –Crispa el puño como para aferrar sus propias palabras–. ¡Los seres vivos! ¡A los seres que viven de verdad!

Avivas el paso, sin palabras, pero su susurro te persigue.

–Reúnete conmigo más tarde, amigo. Nos veremos más tarde con los otros, esta noche, mañana, y todas las noches hasta que al fin logremos vencer.

–¿Quiénes son los otros?

–Los muertos. Nos reunimos en contra de... –Hubo una pausa–. En contra de la intolerancia.

–¿La intolerancia?

–Los recientemente fallecidos, los recién sepultados, somos una minoría, una minoría perseguida. ¡Piensa que legislan en nuestra contra!

Dejas de caminar.

–¿Una minoría?

–Sí. –Te toma del brazo–. ¿Somos queridos? ¡No! Nos temen, nos llevan como ganado a una cantera, nos gritan y nos apedrean como a los judíos. Te diré una cosa, eso no está bien. ¡Es injusto! –Levanta las manos, furioso, y golpea el aire–. ¿Te parece justo que nos deshagamos en nuestras tumbas mientras el resto del mundo ríe, canta y baila? Justo. ¿Es justo que puedan amar mientras nosotros yacemos rígidos, que puedan tocar mientras nuestras manos se convierten en piedra? ¡Pues no! ¡Yo digo que abajo con ellos! ¿Por qué tenemos que morir? ¿Por qué no lo hacen los demás?

–Tal vez...

–Nos cubren la cara con tierra y luego ponen una lápida de piedra para lastrarnos. Nos traen flores y dejan que se pudran ahí, una vez al año, ¡a veces ni siquiera eso! Ah, cómo odio a los vivos. ¡Estúpidos insensatos! Bailando toda la noche y haciendo el amor hasta el amanecer mientras nos tienen abandonados. ¿Acaso te parece correcto?

–No me lo había planteado de ese modo.

–Bueno, pues vamos a solucionarlo –exclama.

–¿Cómo?

–Esta noche se reúnen miles de los nuestros en el cementerio Elysian. Yo dirigiré a nuestro ejército. ¡Marcharemos! Estamos hartos de que nos ignoren. ¡Si no podemos vivir, tampoco ellos lo harán! ¿Nos acompañarás, amigo? He hablado con muchos. Únete a nosotros. Esta noche las tumbas se abrirán y los perdidos saldrán dispuestos a asfixiar a los infieles. ¿Nos acompañarás?

–Sí. Puede. Pero ahora mismo tengo que irme. Estoy buscando algo... Luego. Luego me reúno contigo.

–De acuerdo –dice.

Te alejas, dejándolo atrás en las sombras.

–¡De acuerdo, de acuerdo, de acuerdo!



Colina arriba, a paso vivo. Gracias a Dios que la noche es fría.

Jadeas. Ahí, resplandeciente en la oscuridad, pero con una majestuosidad sencilla, se alza la casa donde la abuela acogió y dio de comer a sus huéspedes. En el interior de la alta y regia casa se celebraban las comidas de sábado. Allí te sentabas de niño en el porche, viendo los cohetes que ascendían encendidos, la pólvora petardeando en

tus oídos después de que tu tío Bion prendiera la mecha del cañón de bronce con el cigarrillo liado a mano.

Temblando con el recuerdo, sabes por qué caminan los muertos. Para ver noches como ésta. Ahí, donde el rocío cubre la hierba con su manto y pisaste el césped húmedo, peleando, y conociste la dulzura del presente, el presente, que mañana se esfuma, el ayer perdido, ¡esta noche rebotas vida!

Y ahí, y también allí. ¿Recuerdas? La casa de Kim. Esa luz amarilla en la parte trasera corresponde a su habitación.

Abres la puerta de par en par y caminas a buen paso por el camino.

Te acercas a la ventana y dejas tu aliento estancado en la fría superficie del cristal. Cuando se aclara, aparece la forma de su habitación: cosas esparcidas en la cama pequeña y blanda, el suelo de madera recién encerado, y alfombras que parecen perros peludos durmiendo en el suelo.

Ella entra en el cuarto. Parece cansada, pero se sienta y empieza a cepillarse el cabello.

Sin aliento, pegas la oreja al cristal, y como si procediera de las profundidades del mar la oyes cantar con voz tan baja que parece un eco más que un canto.

Golpeas con suavidad el marco de la ventana.

Pero ella no se vuelve; sigue cepillándose el pelo con suavidad.

Vuelves a golpear, esta vez más fuerte.

En esa ocasión, deja el cepillo y se levanta para acercarse a la ventana. Al principio no ve nada; estás en sombras. Luego mira más de cerca. Ve una silueta indefinida más allá de la luz.

—¡Kim! —No puedes evitarlo—. ¡Kim, soy yo!

Pegas la cara al cristal para que quede iluminada. Palidece. No lanza un grito, pero abre mucho los ojos y la boca como si un rayo hubiese caído a un paso de ella. Recluta un poco.

—¡Kim! —gritas—. ¡Kim!

Pronuncia tu nombre, pero no puedes oírla. Quiere echar a correr, pero en su lugar abre la ventana entre sollozos y retrocede mientras te encaramas al alféizar y entras en la luz.

Cierras la ventana y te incorporas, tambaleándote un poco, para verla en el extremo opuesto del cuarto, el rostro medio vuelto.

Intentas pensar en algo que decir, pero no se te ocurre nada, y entonces la oyes llorar.

Finalmente es capaz de hablar.

—Seis meses —dice—. Ése es el tiempo que llevas fuera. Lloré a tu marcha. Nunca había llorado tanto en la vida. Pero ahora no puedes estar aquí.

—Pero ¡aquí estoy!

—¿Por qué? No lo entiendo —dice—. ¿Por qué has venido?

—Estaba perdido. Estaba muy oscuro y empecé a soñar; no sé cómo. Y tú estabas

en el sueño y no sé cómo, pero tenía que encontrar el camino de vuelta.

–No puedes quedarte.

–Puedo hasta que se haga de día. Te sigo queriendo.

–No digas eso. No debes, ya no. Yo pertenezco a este lugar y tú a ese otro lugar, y ahora mismo tengo mucho miedo. Ha pasado mucho tiempo. Las cosas que hicimos, las bromas y las risas, todas esas cosas las atesoro aún, pero...

–Aún tengo esos pensamientos. Les doy vueltas una y otra vez, Kim. Por favor, intenta comprenderlo.

–No buscarás compasión, ¿verdad?

–¿Compasión? –Te vuelves a medias–. No, no es eso lo que busco. Kim, escúchame. Podría venir de visita cada noche, podríamos charlar como solíamos. Puedo explicarme, hacerte comprender, si me dejas.

–No serviría de nada –dice ella–. No podemos volver atrás.

–Una hora cada noche, Kim, o media hora, a la hora que tú digas. Cinco minutos. Sólo para verte. Eso es todo, es todo lo que pido.

Intentas tomarle las manos, pero ella se aparta.

Cierra los ojos con fuerza y dice:

–Tengo miedo.

–¿Por qué?

–Me han enseñado a tener miedo.

–¿Por eso?

–Sí, supongo que se debe a eso.

–Pero yo quiero hablar.

–Hablar no servirá de nada.

Paulatinamente sus temblores ceden y adopta cierta calma. Se relaja. Se hunde en el borde de la cama y su voz suena anciana en una garganta tan joven.

–Tal vez... –Una pausa–. Tal vez. Supongo que con unos minutos cada noche igual me acostumbro a ti, y puede que deje de tener miedo.

–Lo que tú digas. ¿No tendrás miedo?

–Lo intentaré. –Aspira aire con fuerza–. No tendré miedo. Te veré fuera de la casa en unos minutos. Deja que me recomponga y podremos despedirnos.

–Kim, sólo tienes que recordar una cosa: Te quiero.

Sales por la ventana, que ella cierra.

De pie allí, en la oscuridad, lloras debido a algo que trasciende el pesar.

En la calle hay un hombre que camina solo, y reconoces en él al hombre con el que hablaste hace un rato, esa misma noche. Está perdido y camina como tú, solo en un mundo que apenas conoce.

De pronto Kim está a tu lado.

–No pasa nada –dice ella–. Me encuentro mejor. No creo que tenga miedo.

Y juntos paseáis a la luz de la luna, tal como lo habíais hecho tantas veces. Te lleva a una heladería y te sientas en la barra y pides un helado.

Contemplas el helado con crema, frutas y nueces, y piensas qué bien, con la de tiempo que hacía.

Tomas la cuchara llena de helado y te la llevas a la boca, haces una pausa y sientes cómo desaparece la luz de tu cara. Echas la cabeza hacia atrás.

–¿Pasa algo? –pregunta el dependiente de la heladería.

–Nada.

–¿El helado tiene un sabor raro?

–No, está bien.

–No está comiendo –insiste.

–No.

Apartas el helado y sientes cómo se adueña de ti una terrible soledad.

–No tengo apetito.

Envaras la espalda, mirando la nada. ¿Cómo decirle a Kim que no puedes tragar, que no puedes comer? ¿Cómo explicarle que es como si todo tu cuerpo estuviese hecho de una sola pieza, que es sólido como un tronco de madera, que nada se mueve dentro, que no hay nada que puedas saborear?

Te apartas de la barra y esperas a que Kim pague los helados, luego abres la puerta y sales a la noche.

–Kim...

–No pasa nada –dice ella.

Camináis hacia el parque. Sientes su mano en tu brazo como algo muy lejano, la sensación es tan imperceptible que apenas está ahí. Bajo los pies la acera pierde solidez. Te mueves sin altibajos ni tropiezos, es como si caminaras en sueños.

–¿Qué te parece? Huele las lilas –dice Kim.

Aspiras el aire pero no hay nada. Presa del pánico, vuelves a intentarlo, pero no percibes el olor de las lilas.

Dos personas pasan por vuestro lado en la oscuridad. Al hacerlo sonrían a Kim. Cuando se alejan, una de ellas dice en voz baja:

–¿Hueles eso? Algo huele a podrido en Dinamarca.

–¿Qué?

–No veo...

–¡No! –grita Kim. De pronto, tras oír las voces, echa a correr.

La tomas del brazo. Forcejeáis en silencio. Ella te golpea. Apenas sientes los golpes.

–¡Kim! –gritas–. No. No tengas miedo.

–¡Suéltame! –grita–. Suéltame.

–No puedo.

De nuevo esas palabras. No puedo. Ella cede y llora a tu lado. Cuando la tocas, tiembla.

La acercas, temblorosa.

–No me abandones, Kim. Tengo planes. Iremos de viaje a cualquier parte. Nos

dedicaremos a viajar. Escúchame. Piénsalo. Comeremos manjares, visitaremos los mejores sitios. Tomaremos el mejor vino.

Kim te interrumpe. Ves sus labios moverse. Inclinas la cabeza.

–¿Qué?

Habla de nuevo.

–Más alto –le pides–. No puedo oírte.

Habla. Mueve los labios, pero no oyes absolutamente nada.

Entonces, como proveniente de detrás de una pared, oyes una voz que dice:

–No sirve de nada. ¿No lo ves?

La sueltas.

–Quería ver la luz, las flores, los árboles, todo. Quería ser capaz de tocarte, pero, ay, Dios, primero, allí, con el helado que probé, todo había desaparecido. Y ahora es como si no pudiera moverme. Apenas oigo tu voz, Kim. Un viento sopla en la noche, pero ni siquiera lo siento.

–Escucha –dice ella–. Así no se hacen las cosas. Hace falta más que quererlas para tenerlas. Si no podemos hablar, oír, tocar, incluso probar, ¿qué nos queda a ti y a mí?

–Aún puedo verte y recuerdo cómo éramos.

–Pero no basta con ello. Tiene que haber algo más.

–No es justo. Dios mío, ¡quiero vivir!

–Lo harás. Te lo prometo. Pero no así.

Detienes el paso. Te das la vuelta, poco a poco. Con la mano en torno a su muñeca, miras su rostro cambiante.

–¿A qué te refieres?

–A nuestro hijo. Estoy embarazada. ¿Lo ves? No tenías que volver, siempre estás conmigo, siempre estarás vivo. Ahora date la vuelta y regresa. Créeme, todo saldrá bien. Deja que conserve un recuerdo mejor que esta noche horrible que hemos pasado juntos. Vuelve por donde has venido.

Ni siquiera puedes llorar, tienes los ojos secos. La aferras de las muñecas y entonces, de pronto, sin decir palabra, ella se hunde lentamente hasta sentarse en el suelo.

–Al hospital. Rápido –la oyes susurrar.

La llevas por la calle. Una niebla te llena el ojo izquierdo y comprendes que no tardarás en quedarte ciego.

–Aprisa –susurra–. Rápido.

Echas a correr con torpeza.

Pasa un coche al que paras con aspavientos. Al cabo de unos instantes, Kim y tú estáis en el coche con un extraño, circulando en la noche.

Y en el raudo trayecto escuchas cómo repite que cree en el futuro y que debes marcharte pronto.

Llegáis por fin y Kim desaparece; un auxiliar del centro se la ha llevado sin

siquiera despedirse.

Te quedas allí, indefenso, te das la vuelta e intentas echar a andar. El mundo es un borrón.

Finalmente caminas en la penumbra, intentando ver a la gente, intentando oler las lilas que pueda haber ahí fuera.

Te ves entrando en la quebrada que hay a la salida del parque. Los caminantes se han reunido allí, los caminantes nocturnos que se reúnen. ¿Recuerdas qué te dijo aquel hombre? Todos los extraviados, todos los perdidos, se reúnen esta noche para destruir a quienes no los comprenden.

Tropiezas en el sendero de la quebrada, caes, vuelves a levantarte, pero caes de nuevo.

El extraño, el caminante, se encuentra de pie ante ti cuando te adentras en la silenciosa rivera. Miras a tu alrededor y no hay nadie más en toda aquella oscuridad.

El extraño líder grita, furibundo:

–¡Ah, no han venido! ¡Ni uno de los caminantes! ¡Ni uno! Sólo tú. Ah, los muy cobardes, ¡malditos sean esos condenados cobardes!

–Estupendo. –Tu aliento, o la ilusión de aliento, pierde intensidad–. Me alegra que no escucharan. Debe haber algún motivo. Quizá... Tal vez les sucedió algo que no podamos comprender.

El líder niega con la cabeza.

–Tenía planes. Pero estoy solo. Aunque todos los solitarios se alzasen, no serían lo bastante fuertes. Bastaría con un soplido para derribarlos. Nos cansamos. Yo me canso...

Lo dejas atrás. Sus susurros mueren. Un latido sordo retumba en tu cabeza. Abandonas la quebrada y vuelves al cementerio.

Tu nombre está grabado en la lápida. La tierra descarnada te aguarda. Te introduces por el túnel angosto hacia el lino y la madera, ya sin nervios ni temor. Yaces suspendido en la tibia negrura. Te relajas.

Te inunda la opulencia de un cálido sustento, como si estuvieras a un paso de una enorme marmita; sientes como si tirase de ti una marea que susurra.

Respiras poco a poco, sin anhelos, despreocupado. Eres un ser amado. Estás a salvo. Este lugar donde yaces y sueñas rebulle, cambia.

Somnoliento. Tu cuerpo se funde, es pequeño, compacto, ingrávito. Adormilado. Lento. Callado. Tranquilo.

¿A quién intentas recordar? Un nombre se escabulle hacia el mar. Corres en su busca, pero las olas lo alejan de ti. Alguien hermoso. Alguien. Un momento. Un lugar. Adormilado. Oscuridad, tibieza. La tierra muda. Oleaje tenue. Tranquilo.

Un río oscuro te lleva más y más rápido.

Irrumpes en el exterior. Suspendido en la ardiente luz amarilla.

El mundo es inmenso como una montaña nevada. El sol resplandece y una enorme mano roja te aferra de los pies mientras que otra te da una fuerte palmada

para arrancarte un llanto.

Hay cerca una mujer. Tiene la frente perlada de sudor, y la estancia, el mundo, está envuelto por una atmósfera fabulosa, irreal, y por gritos desaforados. También tú gritas, boca abajo, y te columpian para ponerte boca arriba, mimado, en brazos.

En tu ansia pequeña olvidas cómo hablar, olvidas todas las cosas. La voz de ella, susurra encima de ti:

–Mi bebé. Te pondré su nombre. El nombre de... él.

Estas palabras no significan nada. Hubo un tiempo en que temiste algo negro y aterrador, pero ahora está olvidado en el calor que te envuelve. Un nombre se perfila en tus labios, intentas pronunciarlo, pero no sabes qué significa y sólo eres capaz de gritarlo alegre. La palabra se desdibuja, se desvanece, convertido en un borrón hecho risas en tu mente.

–¡Kim! ¡Kim! ¡Ay, Kim!

REMEMBRANZA, OHIO

Corrieron a través del ardiente polvo de la población, arrastrando tras ellos su propia sombra quemada al sol.

Se mantuvieron pegados a las vallas de madera. Aferrados a los troncos de los árboles. Aprovecharon los arbustos de lilas, que abandonaron pronto al no encontrar en ellos el apoyo que buscaban, siguieron corriendo y volvieron la vista atrás. Con un enfoque abrupto, la calle vacía se abalanzaba sobre ellos. Ahogaron un grito y siguieron adelante con su torpe danza.

Entonces lo vieron y profirieron los sonidos propios de los viajeros que a mediodía se encuentran con el espejismo de un oasis, una increíble isla que promete vientos frescos, vergeles nacidos a las faldas de montañas nevadas.

Al frente se alzaba una casa blanca con un porche cuyo tejado estaba compuesto por arcos de enredaderas donde zumbaban abejas de pelaje dorado.

–El hogar –dijo la mujer–. ¡Ahí estaremos a salvo!

El hombre pestañeó sorprendido, mirando la casa.

–No entiendo...

Pero se apoyaron el uno en el otro para subir al porche y sentarse con cuidado en el columpio, que colgaba como una balanza especial que sopesaría a ambos, arrojando un total cuyo valor temían.

Pasó un rato largo en que el único movimiento fue el balanceo de aquellas dos personas encaramadas con precariedad al asiento, como si fueran pájaros. La calle se cubrió con su ardiente manto de polvo donde apenas duraban las huellas de neumáticos o las pisadas. Hubo veces en que se alzó un viento que provenía de todas y de ninguna parte, y que barría la carretera polvorienta hasta morir al pie de la frescura de los árboles verdes. Más allá, todo estaba cocido. Si ponías el pie en cualquier porche y escupías en cualquier ventana para quitar la suciedad, podías echar un vistazo al interior y ver a los muertos, momias de arcilla diseminadas en suelos sin alfombra. Pero nadie corría, escupía ni miraba.

–Shhh –susurró ella.

En sus rostros inmóviles jugueteaba la luz del sol que se filtraba a través de las hojas.

–¿Lo has oído?

A lo lejos flotaba un rumor de voces huidizas. Se alzó el estruendo de una sirena que no tardó en morir. El polvo se asentó. Los ruidos del mundo se adelgazaron poco a poco hasta el silencio.

La mujer se volvió hacia su marido, sentado a su lado en el asiento.

–¿Nos encontrarán? Hemos logrado escapar, somos libres, ¿verdad?

Él apenas asintió. Tenía unos treinta y cinco años, era hirsuto y de piel rosada.

Las venas rosas de sus ojos hacían que el resto pareciese infinitamente más rubicundo, cálido, más irritable. A menudo decía a su mujer que llevaba dentro una enorme bola de pelo que le dificultaba el habla, y también la respiración, cuando el termómetro subía. El pánico era para ambos una forma de vida constante. Si una gota de lluvia le cayera en la mano procedente del cielo plomizo, saldría disparado, dejándola atrás.

Ella se humedeció los labios.

Aquel movimiento imperceptible le inquietó. Su frialdad era una preocupación.

Ella se arriesgó a hablar de nuevo.

—Está bien poder sentarse.

El cabeceo afirmativo de él bastó para que el columpio se balanceara un poco.

—En cualquier momento, la señora Haydecker tomará esta calle con un cesto lleno de fresas recién recogidas —aseguró ella.

Él arrugó el entrecejo.

—Recogidas en su propio jardín —puntualizó ella.

La parra se extendía sobre el oscuro y frío porche. Se sentían como niños que se esconden de sus padres.

La luz del sol resplandeció en los diminutos pelos argénteos de un tallo de geranio que crecía en una maceta que reposaba en la barandilla. Hizo que el hombre se sintiera atrapado en su ropa interior de invierno.

Ella se levantó de pronto y fue a echar un vistazo al timbre de la puerta, haciendo ademán de presionarlo.

—¡No lo hagas! —advirtió él.

Demasiado tarde. Había presionado el botón con la yema del dedo.

—No funciona. —Se llevó la mano a los labios y siguió hablando a través de los dedos—: ¡Qué tonta! Mira que llamar a mi propia puerta. ¿Para ver si salgo a abrir y me veo a mí misma?

—Apártate de ahí. —Se puso en pie—. ¡Vas a echarlo todo a perder!

Pero ella no pudo impedir que su mano hiciese el gesto infantil de alcanzar el pomo de la puerta y girarlo.

—¡Está abierta! Pero ¡si siempre estaba cerrada!

—¡Aparta las manos!

—No voy a entrar. —De pronto, estiró el brazo para pasar los dedos por la parte superior del marco de la puerta—. Alguien ha robado la llave, eso lo explica. La ha robado y ha entrado y me apuesto a que ha robado toda la casa. Nos hemos ausentado demasiado tiempo.

—Pero si llevamos una hora fuera.

—No mientas —dijo ella—. Sabes que han pasado meses. No... ¿Cómo? Años.

—Una hora —insistió él—. Siéntate.

—Ha sido un viaje tan largo. Creo que me sentaré. —Pero siguió con la mano en torno al pomo de la puerta—. Quiero estar descansada cuando llame a mamá: «¡Aquí

nos tienes, mamá!»». Me pregunto dónde anda *Benjamin*. Es un perro estupendo.

–Está muerto –respondió el hombre–. Hace diez años.

–Ah... –Retrocedió y dijo con un tono de voz más suave–: Sí... –Miró la puerta, el porche y, más allá, el pueblo–. Algo no encaja. No sé de qué se trata, pero ¡hay algo que no encaja!

El único sonido lo hacía el sol mientras quemaba el cielo.

–¿Estamos en California o en Ohio? –preguntó ella, volviéndose por fin hacia él.

–¡No hagas eso! –La tomó de la muñeca–. Estamos en California.

–¿Y qué hace nuestro pueblo aquí? –preguntó con tono exigente, falta de aliento–. ¡Antes estaba en Ohio!

–¡Tenemos suerte de haberlo encontrado! ¡No lo menciones en voz alta!

–O tal vez estemos en Ohio. Puede que años atrás no llegásemos a viajar al oeste.

–Esto es California –aseguró él.

–¿Cómo se llama este lugar?

–Coldwater.

–¿Estás seguro?

–¿En un día tan caluroso como éste? Coldwater.

–¿Estás seguro de que no es Mellow Glen? ¿O Breezeway Falls?

–A mediodía cualquiera de esos nombres suena prometedor.

–Puede que estemos en Inclemencia, Nebraska. –Esbozó una sonrisa–. O en Colmillo del Diablo, Idaho. O en Arenas Ardientes, Montana.

–Pasemos a nombres relacionados con el frío –propuso él.

–Sauce de Menta, Illinois.

–Ahh. –Cerró los ojos.

–Montaña Nevada, Missouri.

–Sí. –Bastó con un ademán para que el columpio los meciera un poco.

–Espera que yo me sé el mejor –dijo ella–. Remembranza. Es ahí donde estamos, en Remembranza, Ohio.

Y por el silencio de él, por su sonrisa y por el modo en que cerraba los ojos mientras se columpiaban, ella supo que, en efecto, allí era donde se encontraban.

–¿Nos encontrarán en este lugar? –le preguntó, invadida por una súbita inquietud.

–No si tenemos cuidado, no si nos escondemos.

–¡Ah!

Porque en el extremo opuesto de la calle, a la ardiente luz del sol, apareció de pronto un grupo de hombres levantando el polvo a su paso.

–¡Están aquí! Ay, ¿qué habremos hecho para que nos persigan con tanto encono? ¿Acaso somos ladrones, Tom, o asaltamos un banco, o asesinamos a alguien?

–No, pero de todos modos nos han seguido hasta Ohio.

–¿No habías dicho que esto era California?

Echó la cabeza atrás para mirar el cielo quemado.

–Dios mío, yo qué sé. Puede que hayan puesto el pueblo sobre unos patines.

Los extraños, a poca distancia en su propio mundo polvoriento, hicieron un alto. Se oían sus gritos bajo los árboles.

–¡Tenemos que huir, Tom! ¡Vamos, en marcha! –Tiró de su brazo, intentando ponerle en pie.

–Sí, pero mira. Mira todas las cosas pequeñas que parecen fuera de sitio. El pueblo... –Se columpió, la mirada perdida, boquiabierto, en el asiento–. Esta casa. Hay algo raro en el porche. Había tres peldaños hasta alcanzarlo. Ahora son cuatro.

–¡No!

–Sentí el cambio, bajo los pies. Y esos cristales tintados en la ventana de la puerta principal, colores azules y rojos. Antes eran naranja y blanco lechoso.

Señaló con un cansado gesto de la mano.

–Y las aceras, los árboles, las casas. Todo el maldito pueblo. No tengo ni idea de a qué se debe.

Ella abrió los ojos como platos cuando empezó a cobrar conciencia de a qué se debía. Alguien con una mano enorme había tomado la totalidad del pueblo que conocieron en su infancia, con sus iglesias, los garajes, las ventanas, porches, desvanes, arbustos, jardines y farolas del alumbrado público, para meterlo en una urna de cristal que introdujo en el horno, en cuyo interior lo había sometido a una fiebre tan fuerte que todo se fundía y doblaba. Las casas se dilataban algo más de la cuenta, o encogían respecto a su anterior tamaño, las aceras se inclinaban, los campanarios se estiraban. Quienquiera que hubiera recompuesto el pueblo había perdido los planos. Era hermoso, pero extraño.

–Sí –murmuró ella–. Sí, tienes razón. Tenía controlada hasta la última grieta de la acera cuando iba en patines. No es el mismo lugar.

Los extraños se acercaron corriendo y doblaron una esquina.

–Van a doblar la manzana –advirtió ella–. Luego vendrán a por nosotros aquí.

–No sé –dijo él–. Puede. Puede que no.

Permanecieron sentados, inmóviles, atentos al ardiente silencio verde.

–Sé lo que quiero –dijo ella–. Quiero entrar en la casa, abrir la nevera y tomar un buen trago de leche fría, entrar en la despensa y oler los plátanos colgados del cordel del techo, y comer una rosca cubierta de azúcar.

–No entres en la casa –le advirtió él con los ojos cerrados–. Lo lamentarás.

Ella se inclinó para mirar su rostro cansado.

–Tienes miedo.

–¿Yo?

–¡Temes hacer las cosas más sencillas, como abrir la puerta principal!

–Sí –admitió él finalmente–. Tengo miedo. No podemos seguir huyendo. Nos alcanzarán y nos llevarán de vuelta a ese lugar.

Ella rompió inesperadamente a reír.

–¿No te parecen raros? Mira que no estar dispuestos a aceptar dinero para costear nuestra estancia. Me gustaban los uniformes de ellas, almidonados, blancos.

–A mí no me gustaban las ventanas –admitió él–. Las rejas de metal. ¿Recuerdas cuando hice un ruido como de sierra y llegaron corriendo esos hombres?

–Sí. ¿Por qué corren siempre?

–Porque sabemos demasiado, por eso.

–Yo no sé nada –dijo ella.

–Te odian por ser tú misma, y a mí por ser yo mismo.

Oyeron voces en la distancia.

La mujer sacó un espejito que guardaba enrollado en pañuelo del bolsillo, le echó el aliento y sonrió contenta.

–Estoy viva. A veces, en ese lugar, me tumbo en el suelo y me convengo de estar muerta y de que ya no pueden incordiarne más. Pero me arrojan agua y me obligan a levantarme.

Seis hombres doblaron la esquina a cincuenta metros, gritando, corriendo hacia la casa donde el hombre y la mujer se sentaban en el columpio, abanicándose el rostro con la mano.

–¿Qué hicimos para que nos den caza de este modo? –preguntó la mujer–. ¿Van a matarnos?

–No, hablaran en voz baja, serán muy amables y nos llevarán de vuelta a la ciudad.

De pronto se puso en pie.

–¿Qué pasa ahora? –preguntó ella.

–Voy a entrar, a ver si despierto a tu madre de la siesta –dijo–. Nos sentaremos a la mesa redonda del salón y tomaremos pastel de melocotón con nata, y cuando esos tipos llamen a la puerta, tu madre les dirá que se marchen. Vamos a comer con la cubertería de plata que tu madre compró al *Chicago Tribune*, con aquellas imágenes de Thomas Meighan y Mary Pickford en los mangos.

Ella esbozó una sonrisa.

–Pondremos en marcha el fonógrafo. Que suene *The Three Trees, There, There, and... There!*

–Vamos. ¡Tenemos que irnos!

Los seis hombres espiaban al hombre y a la mujer que se columpiaban en el porche. Los vieron gritar y entrar en la casa.

–¡Aprisa! –exclamó ella–. Adentro, llama a mi madre y mi hermana. ¡Ay, deprisa que aquí vienen!

Él abrió la puerta de par en par.

Ella corrió tras él, cerró con un portazo y se dio la vuelta.

No había nada al otro lado de la fachada frontal de la vivienda, exceptuando montantes, lonas, tablones, un prado de modestas dimensiones y un riachuelo. Había unas luces a ambos lados. Escrito con plantilla en una de las paredes interiores de papel maché figuraba la leyenda STUDIO #12.

Unos pasos retumbaron en el porche.

La puerta se abrió. Los hombres se apiñaron en la entrada.
–¡Eh, como mínimo podrían llamar a la puerta! –gritó la mujer.

SI LOS CAMINOS VUELVEN A CRUZARSE

Ni siquiera podían creerlo cuando se enteraron. Dave Lacey no pudo creerlo, y Theda ni se atrevía. Los sacudió a ambos de una forma suave, aturdiéndolos, y luego los dejó fríos, y posteriormente les invadió a un tiempo la tristeza y el asombro.

–No, no puede ser –insistió Theda, estrujándole la mano–. Es que no puede ser. Fui a Central School, octavo curso, y eso fue en mil novecientos treinta y tres, y tú...

–Claro –dijo Dave, satisfecho y sin aliento–. Llegué a Brentwood, Illinois, en mil novecientos treinta y tres, te lo juro, y me alojé durante seis meses en el edificio de la Asociación de jóvenes cristianos situado enfrente de Central School. Mis padres tenían problemas con su divorcio en Chicago, ¡y me enviaron allí entre abril y septiembre!

–Dios mío. –Suspiró–. ¿En qué planta vivías?

–En la quinta –respondió él, que encendió un cigarrillo, se lo tendió, encendió otro y se recostó en la pared de cuero de la coctelería La Bomba. La música suave envolvía la penumbra que reinaba en el interior, pero ninguno de ellos prestaba atención a la melodía. Chascó los dedos–. Comía en Mick’s, media manzana abajo desde el edificio de la Asociación.

–¡Mick’s! –exclamó Theda–. Yo también comía allí. Mi madre decía que era un lugar sucio y espantoso, así que iba allí a comer a escondidas. Ay, David, con la de años que hace de eso, y ni siquiera lo sabíamos.

La mirada de él era distante, pensativa. Cabeceó lentamente en sentido afirmativo.

–Pues iba a comer a diario hacia el mediodía. Me sentaba al final porque desde allí podía ver a las chicas del instituto pasar andando con sus bonitos vestidos.

–Y aquí estamos, en Los Ángeles, a tres mil kilómetros y medio de distancia y diez años después. Yo con veinticuatro años –dijo Theda–, y tú con veintinueve, ¡y hemos tardado todo este tiempo en conocernos!

Él sacudió la cabeza como quien es incapaz de comprender algo.

–¿Por qué no te conocería entonces?

–Quizá porque no era momento de conocernos.

–Puede –dijo él–. Tenía miedo. Probablemente se debiera a eso. Era asustadizo. Las chicas tenían que tomar la iniciativa. Llevaba gafas de pasta y libros, auténticos tochos, bajo el brazo, en lugar de lucir bíceps. Dios mío, Theda, Dios, Dios mío, querida. La de hamburguesas que comí en Mick’s.

–Con aquellos cortes enormes de cebolla –recordó Theda–. Y las tortitas con sirope, ¿te acuerdas? –Se puso a pensar, pero le miraba y le costaba hacerlo–. No me acuerdo de ti, Dave. Cuando revuelvo el pasado en una búsqueda frenética, cuando me remonto una década en el tiempo, soy incapaz de acordarme de ti. Al menos no

cómo eres ahora.

–Tal vez me diste calabazas.

–Lo hice si tonteaste conmigo.

–No. Sólo recuerdo mirar a una chica rubia.

–Una chica rubia en Brentwood en el año mil novecientos treinta y tres –dijo Theda–. En Mick’s, a las doce del mediodía de un día primaveral. –Theda se esforzó por recordar–. ¿Cómo iba vestida?

–Lo único que recuerdo es un lazo azul en el pelo, atado con un nudo grande, y me parece recordar un vestido de lunares azules y dos pechos jóvenes que empezaban a crecer. Era muy guapa.

–¿Te acuerdas de su cara, Dave?

–Sólo de que era una preciosidad. Cuando ha pasado tanto tiempo cuesta recordar las caras de la gente con la que te cruzas. Piensa en la de gente que habrás visto por la calle a diario, Theda.

Ella cerró los ojos.

–Si llego a saber que con el tiempo acabaríamos conociéndonos, te habría buscado.

Él rió, burlón.

–Pero esas cosas nunca se saben. Ves cada semana a tanta gente, por no mencionar cada año. Todos están destinados a la oscuridad. Lo único que puedes hacer, después, es desandar en el recuerdo el paso de los años y ver dónde se rozaron por un instante vuestras respectivas vidas. La misma ciudad, el mismo restaurante, la misma comida, el mismo ambiente, pero dos caminos y estilos de vida distintos, ajenos el uno del otro. –Le besó los dedos–. También yo debí haber prestado más atención. Pero la única chica de la que me acuerdo es la rubia del lazo en el pelo.

Ella se sentía molesta.

–Nos cruzaríamos en más de una ocasión por la calle. Apuesto a que las noches de verano bajabas a la feria que había en el lago.

–Sí, claro que sí. Contemplaba el reflejo de las luces de colores en el lago, consciente de la música alegre que tintineaba en las estrellas.

–Me acuerdo, me acuerdo –se apresuró a confirmar ella–. ¿Es posible que algunas noches fueses al Academy Theatre?

–Ese verano vi allí la película de Harold Lloyd *¿Qué fenómeno!*

–Sí, sí. Yo también fui a verla. Y había un número corto con Ruth Etting cantando *Shine On, Harvest Moon*. «Siga la pelota que bota».

–Tienes buena memoria –dijo él.

–Querido, tan cerca pero tan lejos. ¿Te das cuenta de que prácticamente nos pasamos seis meses enteros tropezando el uno con el otro? ¡Es tremendo! Aquellos pocos meses juntos y, después, diez años hasta este año. Pasa continuamente. Vivimos a una manzana de gente en Nueva York a quien no vemos jamás, viajamos a Milwaukee y nos presentan en una fiesta. Y mañana por la noche...

Se interrumpió. Su rostro perdió color y apretó con más fuerza los fuertes dedos bronceados de él. Las luces jugueteaban en la insignia de teniente de él, cuyas barras despedían un parpadeo hipnótico.

Tuvo que terminar la frase por ella, lo cual hizo con lentitud.

–Mañana por la noche volveré a marcharme. Al otro lado del océano. Tan pronto, tan condenadamente pronto. –Crispó la mano en un puño y golpeó lentamente la mesa, sin hacer ruido. Al cabo, consultó la hora en el reloj de pulsera y suspiró–. Será mejor que nos vayamos, cariño. Es tarde.

–No –dijo ella–. Por favor, Dave, sólo un rato más. –Le miró a los ojos–. Tengo una sensación terrible. Estoy muerta de miedo. Lo siento.

Él cerró los ojos, volvió a abrirlos, miró a su alrededor y vio los rostros. Theda hizo lo propio. Puede que ambos concibieran los mismos pensamientos extraños.

–Mira a tu alrededor, Theda –dijo él–. Recuerda todas esas caras. Si no regreso, puede que conozcas a alguien, que salgas con él durante seis meses, y que de pronto descubras que vuestros caminos se cruzaron antes, una noche de julio de mil novecientos cuarenta y cuatro, en una coctelería llamada La Bomba de Sunset Strip. Y, ay, sí, estabas acompañada por el joven teniente David Lacey esa noche, ¿qué fue de él? Ah, se fue a la guerra y no volvió. En fin, qué diablos, descubrirás que una de esas caras presentes en la sala estaba presenciando esto, me estaba viendo hablar contigo en este momento, y que reparó en tu belleza y me oyó decir «te quiero, te quiero». Recuerda estas caras, Theda, y puede que ellas se acuerden de nosotros y...

Ella le cerró los labios con los dedos, impidiendo que pronunciara más palabras. Estaba llorando, tenía miedo y una película de humedad le cubría los ojos, a través de los cuales vio muchas caras de las personas que la miraban, y pensó en todos los caminos y las pautas, y fue terrible, el futuro, David...

Se volvió de nuevo hacia él, abrazada a él muy, muy fuerte. Le dijo que le quería, y lo repitió una y otra vez.

Y durante el resto de la velada él fue un joven con gafas de pasta gruesa y un puñado de libros bajo el brazo, y ella fue una chica rubia y una cinta muy, muy azul en torno a su largo cabello de color claro...

LA SEÑORITA APPLETREE Y YO

Nadie recuerda cómo empezó todo con la señorita Appletree. Daba la impresión de que estaba presente desde el albor de los tiempos. Cada vez que Nora horneaba mal una galleta o no se pintaba los labios antes de sentarse a la mesa del desayuno, George se reía diciendo:

–¡Cuidado que voy a fugarme con la señorita Appletree!

O cuando George disfrutaba de su noche de juerga con los muchachos y volvía a casa algo erosionado y cansado por las arenas del tiempo, Nora decía:

–Bueno, ¿cómo estaba la señorita Appletree?

–Bien, bien –decía George–. Pero yo sólo te quiero a ti, Nora. Es estupendo estar en casa.

Como puede verse, la señorita Appletree pasó años alrededor de la casa, invisible al olor de la hierba en abril, o al aroma de las hojas del castaño que caían en octubre.

George incluso la describió del siguiente modo:

–Es alta.

–Yo mido uno setenta y cuatro sin calzado –dijo Nora.

–Ella es esbelta –dijo George.

–Yo con los años también me estoy estirando –dijo Nora.

–Y tiene el pelo rubio como un hada.

–Mi cabello se está volviendo castaño oscuro –admitió Nora–. Pero antes relucía como el sol.

–Ella es más bien callada –dijo George.

–Yo parloteo demasiado.

–Y me ama ciegamente, apasionadamente, sin un atisbo de duda en la mente o el alma, con locura, inmensamente –continuó George–, como ninguna otra mujer con la cabeza en su sitio ha querido jamás a un vergonzoso y viejo zángano balbuceante como yo.

–Parece que hables de una avalancha –dijo Nora.

–Pero ya lo sabes –dijo George–. Cuando cesa la avalancha y la vida debe continuar, siempre recurro a ti, Nora. La señorita Appletree es una mujer imposible. Siempre vuelvo a mi único y gran amor, la mujer que después de todo duda de que yo sea un dios, la mujer que sabe que voy a ponerme el zapato que no es en el pie equivocado y que tiene la diplomacia suficiente para darme dos zapatos de pie derecho en momentos así, la mujer que comprende que soy una veleta que se deja llevar por todos los vientos, pero que nunca me dice que el sol sale por el este y se pone en el oeste. Entonces, ¿por qué me extravió? Nora, conoces hasta el último poro de mi rostro, hasta el último pelo de las orejas, hasta la última cavidad de mi dentadura; pero te quiero.

–¡Adiós, señorita Appletree! –exclamó Nora.

Y así fueron transcurriendo los años.

–Alcánzame el martillo y un puñado de clavos –pidió un día George.

–¿Para? –preguntó su mujer.

–El calendario –respondió él–. Voy a clavarlo. Las hojas caen como las cartas de un mazo de naipes que hubiera resbalado de las manos de alguien. Dios santo, ¡hoy cumplo cincuenta años! ¡Alcánzame el martillo, rápido!

Ella se le acercó para darle un beso en la mejilla.

–No te importa mucho, ¿verdad?

–Ayer no me importaba –dijo–. Pero hoy sí. ¿Qué tienen las decenas que tanto espantan a un hombre? Cuando cumples veintinueve años y nueve meses ni siquiera enarcas una ceja. Pero en cuanto cumples treinta años, oh, destinos, oh, furias, la vida se acabó, el amor muerto y enterrado, y una de dos: la carrera se te ha escapado de las manos o se desliza corriente abajo. El hombre sigue adelante los diez siguientes años, luego veinte, supera los treinta, pasa de los cuarenta hasta los cincuenta, manteniendo razonablemente al margen al Tiempo, procurando no aferrarse con mayor fuerza de lo debido a los días, dejando soplar al viento y que las aguas del río discurran con calma. Pero, Dios mío, de pronto tienes cincuenta años, número redondo, regio, donde los haya, y... ¡bam! Depresión y horror. ¿Adónde se han ido todos estos años? ¿Qué has hecho con tu vida?

–Pues has educado a una hija y a un hijo, casados ambos muy jóvenes, fuera ya de casa –dijo Nora–. ¡Dos hijos muy orgullosos de su padre!

–Es cierto –admitió George–. Sin embargo, en días como éste, a mediados de mayo, me siento triste como el otoño. Tú me conoces, soy de carácter cambiante. Soy hijo de Thomas Wolfe, oh tiempo, oh río, oh el lamento del viento, perdido, para siempre extraviado.

–Necesitas a la señorita Appletree –sugirió Nora.

Él pestañeó.

–Que necesito ¿qué?

–A la señorita Appletree –repitió Nora–. La dama que inventamos hace tanto, tanto tiempo. Alta, esbelta, locamente enamorada de ti. La señorita Appletree, la magnífica, la hija de Afrodita. Al cumplir los cincuenta, todos los hombres que se compadecen de sí mismos y se sienten tristes necesitan una señorita Appletree. El romance.

–Ya, pero yo te tengo a ti, Nora –protestó él.

–Ya, pero ni soy joven ni tan bonita como fui en tiempos –dijo Nora, tomándole del brazo–. Todos los hombres tendrían que disfrutar de un lío una vez en la vida.

–¿De veras lo crees?

–¡Estoy segura de ello!

–Pero eso acaba en divorcio. Hombres mayores, insensatos, que huyen en busca de la juventud perdida.

–No si la mujer tiene la cabeza sobre los hombros. No si comprende que él no lo hace con mala intención, que sencillamente está triste y perdido y cansado y hecho un lío.

–Conozco a tantos hombres que se han fugado con señoritas Appletree, abandonando a su esposa e hijos, y convirtiendo su vida en un infierno...

Permaneció pensativo unos instantes, y dijo a continuación:

–Bueno, he estado pensando mucho cada minuto de cada hora de cada día. Uno no debería pensar tanto en mujeres jóvenes. Eso no es bueno y podría desencadenar alguna fuerza de la naturaleza, y no creo que deba pensar de ese modo, ni tanto ni tan intensamente.

Terminaba el desayuno cuando sonó el timbre de la puerta principal. Nora y él cruzaron la mirada, y se oyó un golpe suave en la puerta.

Tenía aspecto de querer levantarse pero ser incapaz de ello, así que Nora se levantó y anduvo hasta la puerta principal. Giró lentamente el pomo y asomó la cabeza. Siguió una conversación.

George cerró los ojos y escuchó y creyó oír a dos mujeres que conversaban en el vestíbulo de la entrada. Una de las voces era suave y la otra parecía ir cobrando fuerza.

Al cabo de unos minutos, Nora regresó a la mesa.

–¿Quién era? –preguntó.

–Una vendedora –respondió Nora.

–¿Qué?

–Una vendedora a domicilio.

–¿Qué vendía?

–Me lo ha dicho, pero hablaba tan bajito que apenas la oía.

–¿Cómo se llamaba?

–Ni idea, no lo he oído.

–¿Qué aspecto tenía?

–Era alta.

–¿Cómo de alta?

–Mucho.

–¿Atractiva a los ojos?

–Atractiva.

–¿De qué color tenía el pelo?

–Del color de la luz del sol.

–Vaya.

–Vaya. Bueno, ahora tómate ese café, levántate, sube y vuelve a la cama.

–Repite eso –dijo él.

–Tómate el café, levántate...

Se quedó mirándola, tomó lentamente la taza de café, apuró el contenido e hizo ademán de levantarse.

–Pero si no estoy enfermo –protestó–. No tengo que volver a la cama a esta hora de la mañana.

–No tienes muy buen aspecto –dijo Nora–. Te estoy dando una orden. Sube, quítate la ropa y métete en la cama.

Él se dio lentamente la vuelta y subió la escalera y sintió cómo se quitaba su propia ropa y cómo se tumbaba en la cama. En cuanto recostó la cabeza en la almohada, tuvo que esforzarse para evitar quedarse dormido.

Al cabo de unos instantes percibió movimiento en la estancia débilmente iluminada.

Notó que alguien se tumbaba en la cama y se volvía hacia él. Con los ojos cerrados, se oyó a sí mismo preguntar medio adormilado:

–Pero bueno, ¿quién es?

–La señorita Appletree –murmuró una voz desde la almohada contigua.

–¿Cómo?

–La señorita Appletree –susurró la voz.

ENCUENTRO LITERARIO

Llevaba mucho tiempo así, pero quizá la primera vez que reparó en ello fue la noche de otoño en que Charlie paseaba al perro y se encontraron a la vuelta de la tienda de comestibles. Llevaban casados un año, pero no pasaba a menudo que se encontraran de ese modo, como dos extraños, en plena calle.

–¡Dios mío, cuánto me alegro de verte, Marie! –exclamó él, tomándole el brazo con energía. Le relucían los ojos oscuros mientras aspiraba con fuerza el aire fresco–. ¡Dios mío, no es una noche perdida!

–Es agradable. –Le miró en silencio mientras caminaron hacia su casa.

–Octubre –dijo él–. Dios, me encanta sumergirme en él, engullirlo, respirarlo, oler su olor. De acuerdo, es un mes desolador, triste. Mira cómo los árboles se consumen en él. En octubre el mundo es un incendio; piensa en todos los muertos que nunca volverás a ver. –Apretó su mano.

–Un momento, el perro quiere parar.

Esperaron en la fría negrura mientras el perro olisqueaba el tronco de un árbol.

–¡Por Dios, huele ese incienso! –El marido enderezó la espalda–. ¡Esta noche me siento más alto, como si pudiera recorrer toda la tierra con un par de zancadas, arrancar de cuajo las estrellas, hacer bramar a los volcanes!

–¿Se te ha pasado el dolor de cabeza que tenías esta mañana? –pregunta ella en voz baja.

–Ha desaparecido, Dios santo, ¡para no volver! ¿Quién es capaz de pensar en dolores de cabeza en semejante noche? ¡Escucha el rumor de las hojas! Presta atención a ese viento que sopla en lo alto de los árboles pelados. Dios mío, ¿acaso no es un tiempo perdido, solitario? Me pregunto adónde vamos nosotros, almas perdidas y vagabundas que transitan los adoquines de las ciudades y los pueblos pequeños y solitarios por donde pasan con estruendo los trenes nocturnos. Me encantaría viajar esta noche, ¡ay, ir a cualquier parte, estar fuera, bebiendo de su estado salvaje, de su triste dulzura!

–¿Por qué no tomamos esta noche el tranvía hasta Chessman Park? Es un trayecto agradable –dijo ella, asintiendo.

Él levantó una mano, dirigiendo un gesto de apremio al perro rezagado.

–No, ¡me refiero a viajar de verdad! A pasar por puentes y colinas y junto a fríos cementerios, a pasar de largo pueblos escondidos cuyas luces están todas apagadas, de tal forma que nadie sabe que circulas de noche sobre los ruidosos raíles.

–Bueno, en ese caso supongo que podríamos tomar el North Shore hasta Chicago y pasar allí el fin de semana –sugirió ella.

La miró con cara de pena en la oscuridad y aplastó en su manaza la mano de ella, pequeña y fría.

–No –dijo con total simplicidad– No. –Se volvió hacia ella–. Vamos. Disfrutemos de una cena regia. ¡Tres filetes, un festín para un glotón! Vinos exóticos, succulentas salsas y una sopera humeante llena de sopa cremosa con un licor de postre y...

–Hay lomo con guisantes. –Giró la llave para abrir la puerta principal.

De camino a la cocina se deshizo del sombrero, que aterrizó sobre un ejemplar abierto de *Del tiempo y el río*, de Thomas Wolfe, que descansaba al pie del quinqué. Miró de reojo a su marido y fue a vigilar las patatas.

Hubo tres noches en las que el fuerte viento le despertó. Se quedaba mirando con los ojos muy abiertos el cristal que temblaba a merced de la tormenta otoñal. Luego se relajaba.

A la noche siguiente, cuando ella volvió dentro después de descolgar unas sábanas del tendedero, lo encontró hundido en el sillón con un cigarrillo colgado del labio inferior.

–¿Te apetece tomar algo? –preguntó él.

–Sí.

–¿Qué?

–¿A qué te refieres con eso?

Un asomo de irritación se desplazó por la expresión impasible y fría de su rostro.

–¿Qué te apetece?

–Whisky.

–¿Con agua?

–Sí. –Tuvo la sensación de que su rostro adquiriría la misma inexpresividad que el suyo.

Se apresuró hacia el mueble bar, tomó un par de vasos anchos y los sirvió con descuido.

–¿Así? –Le tendió el vaso.

Ella lo miró.

–Bien.

–¿La cena? –La miró con frialdad mientras tomaba un sorbo.

–Bistec.

–¿Tortitas de patata?

–Exacto.

–Buena chica. –Rió un poco, sombrío, apurando de un trago el whisky con los ojos cerrados.

Ella levantó el vaso.

–Porque tengamos suerte.

–Tú lo has dicho. –Lo pensó con disimulo, paseando la mirada por la habitación–. ¿Otra?

–Adelante.

–Buena chica –dijo él–. Buena chica.

Puso agua en el vaso. En el silencio que reinaba sonó como una manguera contra

incendios. Se dirigió al inmenso sillón para repantigarse en él como un niño. Justo antes de sepultarse bajo un ejemplar de *El halcón maltés*, de Dashiell Hammet, dijo arrastrando la palabra:

–Avísame.

Ella volvió lentamente el vaso en su mano, que era como una pequeña tarántula blanca.

–Hecho.

Lo estuvo observando durante otra semana. Se sorprendió arrugando el entrecejo continuamente. En varias ocasiones tuvo ganas de gritar.

Una tarde, mientras lo observaba, lo vio sentarse a la mesa y decir:

–Señora, hoy está usted preciosa.

–Gracias. –Le ofreció el plato de maíz.

–Hoy se ha producido una circunstancia extraordinaria en la oficina –dijo–. Un caballero llamó para interesarse por mi salud. «Señor –le dije educadamente–, disfruto de un equilibrio excelente y no necesito de sus servicios». «Oh, pero, señor –dijo él–, soy representante de la compañía de seguros tal y cual, y tan sólo me propongo poner en su conocimiento esta espléndida e irreprochable póliza». Pues tuvimos una conversación muy agradable y, de resultas de ello, esta tarde soy el orgulloso titular de un nuevo seguro de vida familiar, que también te cubre a ti en cualquier circunstancia, querida señora, amor de mi vida.

–Qué bien –dijo ella.

–Tal vez también te complazca saber –continuó él–, que durante estos últimos días, empezando por la noche del jueves pasado, me dejé seducir por la prosa inteligente y precisa de un tal Samuel Johnson. Ahora mismo estoy en mitad de su *Vida de Alexander Pope*.

–Ya lo suponía –dijo ella–. A juzgar por tu comportamiento.

–¿Cómo? –Levantados cuchillo y tenedor con delicadeza.

–Charlie –dijo ella con tristeza–. ¿Podrías hacerme un enorme favor?

–Lo que quieras.

–Charlie, ¿te acuerdas de cuando nos casamos hace un año?

–Pues claro, ¡cada dulce y preciso instante de nuestro noviazgo!

–Claro, Charlie, ¿te acuerdas de los libros que leías durante nuestro noviazgo?

–¿Tiene eso importancia, querida?

–Mucha.

Hizo memoria arrugando el entrecejo.

–No me acuerdo –admitió finalmente–. Pero intentaré recordarlo durante la tarde.

–Me gustaría que lo hicieras –le apremió ella–. Porque, bueno, porque me gustaría que volvieras a leer otra vez esos libros, estén donde estén, los que leías cuando nos conocimos. Entonces te comportaste de una forma que me hizo volar. Pero desde entonces has... cambiado.

–¿Que he cambiado? ¿Yo? –Se echó hacia atrás como si lo hubiese alcanzado una

corriente de aire frío.

–Me gustaría que leyeras otra vez esos mismos libros –insistió ella.

–Pero ¿por qué?

–Pues porque sí.

–Menudo razonamiento femenino. –Se dio una palmada en el regazo–. Pero quiero complacerte, así que en cuanto pueda me pondré a leer esos libros otra vez.

–Ah, Charlie, otra cosa. Prométeme que los leerás durante el resto de tu vida.

–Como desees, mi querida dama, a tus órdenes. Pásame la sal, por favor.

Pero fue incapaz de recordar los títulos de los libros. La larga tarde pasó, y ella se miró las manos, mordiéndose el labio.

De pronto, a las ocho en punto, ella dio un respingo.

–¡Ya me acuerdo!

En unos instantes se puso al volante del coche y condujo por las oscuras calles de la ciudad, hasta una librería donde compró diez libros sin parar de reír.

–¡Gracias! –dijo el librero–. ¡Buenas noches!

La puerta se cerró acompañada por un campanilleo.

Charlie leía hasta bien entrada la noche, y se arrastraba a la cama, ciego de literatura, a las tres de la mañana.

Pero esa noche, a las diez, antes de retirarse, Marie entró en la biblioteca, dejó los diez libros junto a Charlie, y salió de puntillas.

Le observó a través del ojo de la cerradura mientras el corazón le latía con fuerza, inmersa en una fiebre perfecta.

Al cabo de un rato, Charlie levantó la vista a la superficie del escritorio. Pestañeó sorprendido al ver los libros nuevos. Titubeando, cerró el libro de Samuel Johnson y siguió sentado, inmóvil.

–Adelante –susurró Marie a través del ojo de la cerradura–. ¡Adelante!

Charlie se humedeció los labios, pensativo, y entonces, lentamente, extendió la mano. Tomó uno de los libros, lo abrió, acomodó la postura y se puso a leer.

Marie, canturreando, se fue a la cama.

Entró en la cocina a la mañana siguiente con un grito de alegría.

–¡Hola, preciosa mujer! ¡Hola, adorable, comprensiva, atenta y maravillosa criatura que vive en este ancho y dulce mundo!

Ella le miró, feliz.

–¿Saroyan? –preguntó.

–¡Saroyan! –confirmó él, y desayunaron juntos.

NORTEAMÉRICA

*Somos, nosotros, el sueño de otros.
La tierra donde otros aterrizan.
De noche, tarde,
planean volar
y, volando, llegan aquí,
donde nosotros, insensatos, medramos mudos.
Nos negamos a comprender que
somos lo que todo el mundo querría ser.
Como anidamos en este proyecto,
el sueño, por evidente, nos es ajeno.
Como no nos importa el milagro que somos
se nos llena la boca de soberbia.
Mientras todo el mundo hace planes
para venir aquí a quedarse,
nosotros planeamos irnos a otra parte.
¡Qué absurdo!, exclaman los recién llegados del Chad.
¡Estáis locos!, protestan los iraquíes.
Venderíamos el alma por estar en vuestro lugar.
¿Cómo es posible que no podáis veros a través de nuestros ojos?
Camináis a vuestro antojo por el bosque de la libertad.
¡Maldita sea! Los árboles no os dejan ver el bosque.
Diez mil vagabundos por semana
alcanzan vuestras playas,
os preguntáis qué claman.
¿A qué viene su alegría?
Cálida tienen el alma: ¿Tan mala es Norteamérica?
Sentaos, miradles a la cara, ¿lo veis?
Sois aquello a lo que aspira un mundo sin esperanza.
En las oleadas de inmigrantes que llegan este año
seguís siendo el fuego al que desean arrimarse.
A medianoche, abrazados a mapas, proyectos y planes
sois, vosotros, el sueño de otros.*



RAY DOUGLAS BRADBURY. (Waukenaun, Illinois, 1920 — Los Ángeles, California, 2012). Novelista y cuentista estadounidense conocido principalmente por sus libros de ciencia ficción. Alcanzó la fama con la recopilación de sus mejores relatos en el volumen *Crónicas marcianas* (1950), que obtuvieron un gran éxito y le abrieron las puertas de prestigiosas revistas. Se trata de narraciones que podrían calificarse de poéticas más que de científicas, en las que lleva a cabo una crítica de la sociedad y la cultura actual, amenazadas por un futuro tecnocratizado. En 1953 publicó su primera novela, *Fahrenheit 451*, que obtuvo también un éxito importante y fue llevada al cine por François Truffaut. En ella puso de manifiesto el poder de los medios de comunicación y el excesivo conformismo que domina la sociedad.

Pero Bradbury no sólo cultivó la ciencia ficción y la literatura de corte fantástico, sino que escribió también libros realistas e incluso incursionó en el relato policial. Su prosa se caracteriza por la universalidad, como si no le importara tanto perfeccionar un género como escribir acerca de la condición humana y su temática, a través de un estilo poético.

Aparte de los mencionados, son también muy conocidos títulos como *El árbol de las brujas* o *Cementerio para lunáticos*.